

REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO

2



AYUNTAMIENTO DE MADRID

1935

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

DIRECTOR: Manuel Machado.

SECRETARIO:

Agustín Millares Carlo.

SECRETARIO ADJUNTO:

Eulogio Varela Hervías.

COMITÉ DE REDACCIÓN: Artiles, Jenaro. Díaz Galdós, Timoteo. García Pérez, Ramón. Gómez Iglesias, Agustín. Muñoz Rivero, Mariano. Pérez Chozas, Angel. Rincón Lazcano, José. Sáinz de Robles, Federico.

SUMARIO

AMÉRICO CASTRO.—*Perspectiva de la novela picaresca.*

ENRIQUE FINKE.—*Las cartas reales diplomáticas del Archivo de la Corona de Aragón en Barcelona.*

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Notas sobre la cursiva visigótica.*

VICENTE CASTAÑEDA.—*Etiquetas de encuadernadores.*

JOSÉ SUBIRÁ.—*El operetista Manuel García en la Biblioteca Municipal de Madrid.*

EULOGIO VARELA HERVIÁS.—*Índice general del Archivo de la Secretaría.*

MISCELANEAS: OTIS H. GREEN: *Documentos para la biografía de don Francisco de Moncada.*—F. ARRIBAS: *Algunos sellos de la Villa de Madrid.*

JENARO ARTILES: *Dos nuevos documentos en el Archivo de Villa.*—E. V. H.: *Algunas estrofas de Jorge Manrique en un memorial del siglo XVI.*

RESEÑAS: Vindel, Francisco.—*Origen de la imprenta en España* (AGUSTÍN MILLARES CARLO).—Schultze, Werner.—*Aus deutschen Chroniken.*—*Bibliographisches Institut* (MARÍA PILAR LAMARQUE).—*González de la Calle, Pedro Urbano.*—*Oposiciones a cátedras en la Universidad de Salamanca durante el primer decenio de la segunda mitad del siglo XVI (1550 a 1560)* (A. M. C.).—*Par, Alfonso.*—*Shakespeare en la literatura española* (FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES).—*Pagnin, Beniamino.*—*Il più antico codice della Biblioteca Universitaria di Padova* (A. M. C.).—*Scheffer, Thassilo D.*—*Die Kultur der Griechen* (E. VARELA HERVIÁS).—*Millares Carlo, Agustín.*—*Los códices visigóticos de la catedral toledana* (A. GÓMEZ IGLESIAS).—*Odrizola, Antonio.*—*Nota bibliográfica sobre los libros impresos en Bilbao por Matías Mares* (A. M. C.).—*Sáinz de Robles, Federico Carlos.*—*Elipando y San Beato de Liébana* (LUIS DE SOSA).

Esta REVISTA se publicará cada tres meses.

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Secretaría de la REVISTA, Plaza Mayor, 27, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado, y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

Precios de suscripción: Madrid, 20 pesetas año. Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, 22 pesetas año. Demás países, 24 pesetas año. Número suelto, 6 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XII

Abril, 1935

Número 46

PERSPECTIVA DE LA NOVELA PICARESCA¹

Ha contribuido mucho a no ver claro en el fenómeno de la novela picaresca el no distinguir y precisar las diferencias profundas que separan los comienzos del género (*Lazarillo*) y su lejano y dispar desarrollo (*Guzmán de Alfarache*). Ambas obras, singulares y densas, son marco a bien distintos panoramas: la España de hacia 1540 y la de 1599. Los tipos, bastante estafalarios, que pueblan la breve y maravillosa novelita, discurren al margen de una sociedad que adivinamos sólida, y cuya mole, después de todo, el autor no pretende derruir. Son escenas de suburbio, que dejan intacta la ciudad mayor, erguida severamente en la última lejanía del paisaje lazariillesco. Mas el del *Guzmán* es ya un marco sinuosamente barroco. Sobre las luces agrisadas del atardecer, los planos se cruzan y retuercen, las figuras caminan sin sentido, como hormiguero sorprendido por un cataclismo. La ciudad, el arrabal y la campiña han borrado sus linderos. Paisaje de ruinas, donde no faltan el jaramago y el buho. Se adivinan las zarabandas y retorcimientos del Bosco, con figuras engañosas que hacen dudar de la autenticidad de cuanto se contempla. En suma, un mundo opaco, hueco de valores, y un arte y un estilo prodigiosos.

¹ Doy aquí un trozo de un estudio mucho más amplio acerca del fondo histórico sobre que se proyecta este género literario. La novela picaresca moldea ajustadamente algunos inmediatos aspectos de la sociedad coetánea, que hará falta destacar para que tan singulares obras nos entreguen, con su razón de ser, la clave de su éxito. Es tarea para un libro.

La cuestión de las fuentes del *Lazarillo* será de importancia secundaria mientras no las relacionemos con la voluntad de hacer manifiesta en el autor. Los temas, más o menos, siempre están ahí. El *fabliau* del *Garçon et l'aveugle* es del siglo XIII. Masuccio Salernitano cuenta en su *Novellino* (1476) algo parecido al episodio del buldero. La tradición popular contendría otras muchas menudencias cómicas o satíricas. Nada de ello explica la resolución del anónimo autor a decidirse a tomar por el cuello a su insignificante sujeto y a empujarlo hasta el primer plano a fin de que nos refiera su vida: «Pues sepa vuesa merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes.» Una vida insignificante, el reverso de la proeza, que se cuenta a sí misma. Es este un hallazgo genial. Porque si no hubiese sido así, ¿quién iba a reparar en aquella vida? Audazmente, las pobres experiencias de Lázaro se deciden a tomar forma, y para compensar tamaña avilantez, el autor verdadero se queda en la sombra. Autobiografía de Lazarillo y anonimato, dos caras de un mismo hecho. El autor se justifica en el prólogo: «vemos cosas *tenidas en poco* de algunos, que de otros no lo son... De esta *nonada*, que en este grosero estilo escribo, no me pesara que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren».

Desde la Edad media son frecuentes las sátiras anticlericales y antinobiliarias; en el siglo XV, los mitos épicos se despeñan por las risotadas que provoca el *Morgante*, de Luís Pulci; más tarde, Rabelais hará estallar con estruendo las fábulas gigantescas del Medio Evo. Pues bien, Lazarillo, desde su insignificancia, va también a enfrentarse con el mundo para examinar sus lados valiosos o desdeñables. Lo va a realizar como individuo, como persona que saca el pecho y dice «aquí estoy yo»: «...vean que vive *un hombre* con tantas fortunas, peligros y adversidades.» No se trata, pues, de una discusión objetiva en que indirectamente se examine este o el otro valor social, sino que el eje de la obra será la experiencia vital y actual de un individuo. En eso se reconoce que el *Lazarillo* fué escrito en la época del Renacimiento, en tiempo de afirmaciones individualmente vitales. Hacia 1558, Benvenuto Cellini narra las cosas importantes que le han acaecido¹; poco antes, Lázaro relata a su modo las experiencias

¹ Muchas de esas cosas, sin embargo, no habrían salido de la sombra de no haberlas referido el sujeto de ellas.

humanas en que ha intervenido. Renacentismo, humanismo en nivel popular, como el gusto por los refranes, que responde igualmente a la ideología del tiempo.

Al autor del *Lazarillo* le interesa acentuar que la gloria de este mundo es a menudo vanagloria. No importa tanto hacer bien como la resonancia de lo hecho. El siglo anterior había armado el vivir sobre las puntas diamantinas de la fama honrosa: «a este propósito dice Tulio: La honra cría las artes.» Pero el afán de honra llega a suplantarse los contenidos valiosos de la acción misma, y llevará a deformaciones, como la de aquel desventurado Escudero. A todo ello sigue aludiendo el prólogo del *Lazarillo*: «Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dió el sayete de armas al truhán, porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera.»

Según vengo diciendo tiempo ha, el pícaro es el antihéroe, y la novela picaresca nace sencillamente como una reacción antiheroica, en relación con el derrumbamiento de la caballería y de los mitos épicos. La originalidad española consistió en oponer a la tradición popularizada de lo heroico, de la aventura tensa, una crítica vulgar, de «filosofía vulgar». Visto así de abajo arriba, el espectáculo del mundo iba a ser de gustoso solaz. Lo insignificante entra en escena con audacia desvergonzada —por mucho que se excuse—, y exhibiendo únicamente su carencia radical de heroísmo. De ahí que conceda mucho alcance al prurito genealógico de todos estos antihéroes, muy urgidos por manifestarse, no hijos de algo, sino hijos de tal. Semejante alarde se debe a haber sido concebida tal forma literaria como reacción agresiva contra las maneras de arte que tienen como tema la vida noble y ascendente. El pícaro, cuya ambición repta y no vuela, va a ostentar una ascendencia contrapuesta a la alzada progenie del héroe y del caballero. Porque, según dice el esencial prólogo del *Lazarillo*, se trata de que «consideren los que heredaron nobles estados, *cuán poco se les debe*, pues fortuna fué con ellos parcial; y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto»¹. Resentimiento. Al fondo apunta

¹ En 1551, en Sevilla, se publica también la *Comedia pródiga*, de Luis de Miranda, donde encuentro idea semejante:

«Que las casas y herederos,
los linajes, los estados,

confusa una idea que la picaresca no sabrá o no podrá desarrollar: la del hombre desnudo de antecedentes que se basta y justifica por sus propios méritos, el *self made man*.

Este es el nuevo modo de interpretación del *Lazarillo* que he expuesto en cursos y conferencias, y que con gran demora presento al público. Dicho supuesto tal vez sea más fructífero que los hasta ahora usados: 1.º Abundancia de pícaros y vagabundos en España, —explicación que satisfará al materialismo histórico, y que al historiador de literatura le deja indiferente. 2.º Erasmismo anticlerical, actitud que, como luego diré, no cubriría la totalidad del *Lazarillo*, ni aun siquiera lo que tiene de anticlerical. 3.º Gusto hispánico por el realismo, idea imprecisa que se limitaría a aludir a la preferencia de la picaresca por las realidades de tipo menor o insignificante, excluidas antes de la zona del arte. Real es, empero, tanto lo alto como lo bajo; el anhelo místico y las hambres mortales de Lázaro de Tormes. La sobada frase, «realismo de la novela picaresca», en última instancia, carece de todo sentido claro.

Mas no olvidemos el afán genealogista del primer gran pícaro. Su entronque inmediato es la *Celestina*, donde la portentosa alcahueta, después de informar a Pármeno sobre quién fuese su madre, añade:

«Trabaja por ser bueno, pues *tienes a quien parezcas*: que lo que tu padre dejó, a buen seguro lo tienes.» En cuanto a la madre, la prendieron cuatro veces, «e aun la una le levantaron que era bruja», etc. (acto VI). Aquí, por vez primera, se afrontan polémicamente el mundo heroico y el de sus adversarios, los que viven afilando o rompiendo sus dientes contra la armadura de los poderosos. «¡Qué duro nombre, y qué grave y soberbio es *señora* contino en los labios!» dice la mozuela Areusa, que desearía hablar «tú por tú» a quienes ella frecuenta, y no puede; nadie le dice: «¿Qué cenaste? ¿Estás preñada?... y otras cosas de *igualdad* semejantes.» En esta *Celestina*, plantada en el confín de dos mundos, los servidores, de hecho

de dó fueron comenzados,
sí['sino'] de hombres aventureros?

Aquel es de agradecer
que trabaja como moro,
buscando nuevo tesoro
para mejor se valer.»

(Edición *Bibliófilos andaluces*, págs. 33-34.)

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

casi siervos, se rebelan contra el señorío: «Dejaos morir sirviendo a ruines e hacé locuras en confianza de su defensión. Veslos a ellos alegres e abrazados, e sus servidores con harta mengua degollados.» Coetáneo de la *Celestina* es el escrito impropriamente llamado *Libro de los pensamientos variables* —publicado por J. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la Literatura española*, VII, 578—, en donde un aldeano razona con el monarca, en tal forma, que el manuscrito de la Biblioteca Nacional que contiene tan significativo texto fué mutilado por alguien que no pudo tolerar tamañas insolencias: «Nosotros, llenos del afán e del cuidado, pasamos los días sin ningún placer; nosotros, llenos de mil miserias, somos por muchas maneras despechados; nosotros, llenos de crecido trabajo de que los reyes e grandes señores os llevais todo el provecho. ...¿E qué mayor mal puede avenir, maguer que sí aviene, que ver el triste labrador del trabajo e sudor suyo mantenerse los gastos reales, la pompa de los grandes señores, la desgastadiza ¹ locura de los cortesanos, la crecida riqueza de aquellos que en la real hacienda entienden?» Este diálogo de un rey y un aldeano está dedicado a la Reina Católica; su gran trascendencia no había sido observada aún.

Hay, por consiguiente, mucho antes del *Lazarillo* una tradición de rebeldía popular, un alzamiento moral de los siervos, que cínica y agresivamente arrojan a la faz del mundo su genealogía antihonrosa. Lázaro de Tormes es hijo de un ladronzuelo que «padeció persecución por justicia»; su madre tuvo conocimiento con cierto negroito mozo de caballeriza, de donde un rapaz prieto como la tizne. Ese pórtico de la vida del pícaro quedará ya establecido para siempre:

«Mi padre fué cuatrero
y mi madre zahorí,
y mi hermana fué una cosa
que no se puede decir.»

En nuestros días, cuando Máximo Gorki tenga que referir la vida de un vagabundo, lo hará pasar todavía por el mismo embudo: «Mi papá era hombre rígido y piadoso...; la mamá poseía buen corazón y

¹ Desplifarradora.

sangre ardiente, por lo cual es probable que mi papá no sea mi padre»¹.

Cuando en 1918 prologaba el *Buscón* de Quevedo² dije, con expresión poco exacta, que «la vida canallesca de Pablos parece impuesta por la ley de la herencia». L. Spitzer³ observó luego que no se halla aquí ninguna observación en el sentido de «de tal palo, tal astilla», y cree más bien «que el joven caballero de industria se aparta de sus padres desde el primer capítulo, y que el niño no es sólo fruto y resultado, sino individuo con una actividad propia». Lo cual es inexacto. Además yo no he pensado nunca, al hablar de la ley de herencia en la novela picaresca, en el sentido moderno de esta expresión. Sin duda que el *Buscón* no fué escrito para probar una tesis como la que Ibsen llevó a sus *Espectros*: que las dolencias físicas y morales se heredan. Quevedo se sitúa en la tradición de la novela picaresca, nacida en una sociedad que funda sus valores en las nociones de categoría y de casta. Lázaro, Guzmán y Pablos estaban previamente juzgados al exhibir su ascendencia. Para nada hacía falta añadir «de tal palo, tal astilla». Sacar de tales progenitores un caballero, a nadie podía ocurrírsele, si no fuera para lograr efectos grotescos. La novela picaresca, por otra parte, no pretendía salvar a tales engendros, sino flamear ostentosamente su humana invalidez. La salvación de tales ruindades se cumplía, fuera de la novela picaresca, gracias al heroísmo bélico o a la santidad del claustro, esponja mística que borraba los orígenes más sombríos. Mas en el caso del pícaro, su condición es de tal modo necesaria y evidente, que todos sus ensayos para mudar de vida resultarán por fuerza tan fallidos como rodeados de sarcasmo. Cuando Pablos, el *Buscón*, parece hallarse en el más aparente auge, en inicio de festín con la linda doña Anica, rodeado de señores en la Casa del Campo, entonces hablará el *fatum* por boca de D. Diego: «Su madre era hechicera, su padre ladrón, su tío verdugo, y él, el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo.»

Así pues, cuando en este caso hablo de herencia me refiero a

¹ *Der Vagabund und andere Erzählungen*, traducción de Bertuch; edición Reclam, pág. 25.

² Edición Nelson, Paris-Edimburgo.

³ *Zur Kunst Quevedo's in seinem Buscón*, en *Archivum Romanicum*, 1927, XI, página 550.

que en la novela picaresca el personaje central aparece previamente situado mediante un hereditario determinismo, prensado dentro de una clase moral de la cual no podrá zafarse. Los actos del pícaro demuestran *a posteriori* que todo acontece como era de esperar dada su ejecutoria negativa.

Está lleno de significación (no notada) el enlace establecido hace largos años entre el *Lazarillo* y el *fabliau* de *Le garçon et l'aveugle*. Lo mismo que en tantos otros casos, las direcciones medievales continúan manifestándose sin tener en cuenta los cortes algo artificiosos con que la historia tradicional separa las edades; de esa suerte pervive en el umbral de la novela picaresca la tendencia satírica de los siglos anteriores, tan ricamente cultivada por la poesía en latín y en romance ¹. Esa misma actitud antiheroica que destaco en el *Lazarillo* ahonda sus raíces hasta llegar al siglo XII, aunque sólo lograra su máxima expansión entre los siglos XV y XVI. Es curioso notar que ya el más antiguo *fabliau* con fecha conocida, el de *Richeut* (1159), encierre una caricatura de la vida nobiliaria, que aspira a remedar con mueca grotesca. Richeut, ramera de alto rango, pretende achacar a varios sujetos la paternidad del pequeño Sansonnet. A la misa de parida asiste Richeut cual si fuese gran dama, arrastrando por el polvo la larga cola. Sansonnet, desvergonzado bellaco, heredará diversos rasgos de sus numerosos padres putativos: un burgués, un caballero, un clérigo y algunos más. «En las nobles canciones de gesta—dice Bédier ²—, cuando el recién armado caballero se parte del castillo familiar para ir a sus aventuras por el ancho mundo, es costumbre que su madre le exponga sus nuevos deberes, lo adoctrine antes del último adiós y le dé «castigamientos». Así Richeut, antes de separarse de su hijo, ha de comunicarle su extraña moral: deberá siempre hablar cortésmente, obrar con ferocidad, prometer siempre a las mujeres y siempre quedar en deuda con ellas». Me sorprende que a continuación añada Bédier: «l'intention du poète n'est nullement satirique». Sea o no satírica la intención, es manifiesto que las odres se vaciaron de vino añejo, y en su lugar pusieron vinagre.

No está aún bien conocida la tradición apicarada. A su cuenta

¹ Aparte de los tan conocidos *Carmina Burana*, véase, por ejemplo, *Chansons satiriques et bachiques du XIII^e siècle*, éditées par A. Jeanroy et A. Langfors, 1921. Algunos epigramas son característicos: «Contre le clergé», «Contre l'amour», «Contre les femmes».

² *Les Fabliaux*, 1925, pág. 307.

han de llevarse, con los dos Arciprestes y la *Celestina*, las canciones de escarnio y mal decir, la literatura satírica del siglo xv y el teatro del siglo xvi. Ha debido perderse mucha cosa de ésta, lo mismo que se desvanecieron los textos dramáticos; aunque también es pensable que la crítica mordaz fuera aquí menos abundante que en otros países, por ser también menor el caudal de las composiciones de tipo elevado y aristocrático. De todas suertes, es muy de subrayar el que la primera novela picaresca se enlace con un tema popular, tratado en un *fabliau*, y que seguramente figuraría —o figurará— en el acervo de nuestros cuentos tradicionales.

El *Lazarillo*, impreso en 1554, ha debido ser compuesto unos veinte años antes ¹. Siendo esto así, es curioso que haya transcurrido tanto tiempo entre el comienzo del género picaresco y las obras que posteriormente habrían de continuarlo. Aunque sólo partamos de la fecha de publicación del *Lazarillo* (1554) y la de *Guzmán de Alfarache* (1599), hay casi medio siglo entre ambos escritos ¿Puede hablarse en realidad de ser una obra punto de arranque de una manera literaria, cuando entre aquélla y sus consecuencias media tan largo espacio? Este, por lo demás, aparece henchido de libros de caballería y de novelas pastoriles o moriscas. Piénsese, en cambio, que después del *Guzmán*, las obras picarescas se suceden sin interrupción: *Picara Justina*, *Buscón*, *Marcos de Obregón*, *Lazarillo*, de J. de Luna, *El donado hablador*, *Estebanillo González*.

Han de mirarse, pues, como distintas las condiciones en que surge el *Lazarillo*, frente a aquellas otras que prestan sentido al gran despliegue de las gestas apicaradas. El *Lazarillo* es obra de ataque, nace en una atmósfera de mordacidad; no es libro triste ni desengañado, lo que no impide que haya en aquél elementos que permanecerán siendo esenciales para el género picaresco. Ya hemos visto como partiendo de temas humanistas («dice Tulio: La honra

¹ Para la cuestión de la fecha véase el estudio de Ch. Ph. Wágner al frente de la traducción inglesa de L. How, Nueva York, Kennerley, 1917. La frase «en aquel tiempo no me debían quitar el sueño los cuidados del rey de Francia» (tratado II) y la otra del final: «esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes», parecen exigir la fecha de 1525. Después de Pavía, Carlos I podía recibir como nunca el título de victorioso. El 27 de abril de 1525 entró el emperador en Toledo en medio de grandes fiestas; entre tanto, Francisco I, prisionero, tendría cuidados que le quitarían el sueño. M. Bataillon, *Le roman picaresque*, 1931, pág. 8, cree que se escribió la novellita entre 1530 y 1540.

cría las artes»), el afán de gloria se ostenta aquí con significación invertida, no como estímulo animador, sino como vanidoso revés de las acciones humanas: «Predica muy bien el presentado... mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: ¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!» Ahora bien, y esto es lo decisivo, lo fundamental en este relato no es el negativismo sin salida. Se condensa y afina en el breve y exquisito *Lazarillo* una tendencia satírica antes señalada, y que en el siglo xv había dado origen a manifestaciones muy diversas: las *coplas de la Panadera*, del *Provincial* y de *Mingo Revulgo*, con alusión determinada y concreta a hechos coetáneos. O la *Danza de la muerte*, cuya generalidad temática permite ver con claridad que lo importante no son tanto los criticados como el prurito de criticismo en quien les hace danzar. Ese espíritu crítico, modelándose en un arte cada vez más elaborado, animará luego las producciones de Gil Vicente, Torres Naharro, Sánchez de Badajoz, Sebastián de Horozco, Villalón y bastantes otros. La nueva época reelaboraba motivos de la tradición medieval: de la crítica de las costumbres eclesiásticas se llegaría incluso a la revisión de las doctrinas. En 1494 el estrasburgués Sebastián Brand había publicado en Basilea el *Narrenschiff* (la nave de los locos), que en 1497 salía en latín (*Stultifera navis*), y en el mismo año en francés, *La nef des fols du monde*. En 1512 escribe Gil Vicente la *Barca do inferno*, a seguida del *Encomium moriae* de Erasmo, todos ellos en armonía con una inclinación ampliamente difundida en toda Europa¹ y que en España encontró mucho eco, aunque hasta ahora fué difícil precisarlo por no haber sido suficientemente examinadas esas intimidades de la historia, mediante un índice de cuestiones previas².

A mi entender el *Lazarillo* es una réplica popular respecto de esas obras en que la controversia asume tono dramático, o doctrinalmente más austero. La crítica religiosa se envuelve en temas de

¹ En 1500 publica Jean Bouchet los *Regnards traversant les périlleuses voies des folles fiances du monde*, donde hay frases como ésta: «Vous faictes du sanctuaire de Dieu et de son Eglise une fosse à larrons, une banque de trischerie». (Véase RENAUDET, *Préforme et humanisme à Paris*, 1916, pág. 320.)

² No puedo ahora entrar en análisis detallados, que reservo para ocasión distinta. Una ligera muestra daré solamente, para que se comprenda a qué aludo. En 1491 se imprime en Zaragoza el *Espejo de la vida humana*, de Rodrigo Sánchez de Arévalo, escrito bastantes años hacía. De una parte hallamos una exaltada valoración de la honra, como era de esperar: «No sin causa e sin misterio este nombre, honra, se escribe con *h*, la cual no se

índole tradicional y en el estilo de la conversación no refinada. Hagamos sin embargo dos observaciones. El autor tiene conciencia de su rudeza: «en este grosero estilo escribo»¹. Además, el brío y la espléndida firmeza de su arranque responden a la actitud adoptada por el pueblo en aquel comienzo de revuelta religiosa, que nació como crítica de un régimen social y económico, y envuelta en sentimentalidad vulgar, más que como resultado de posturas dogmáticas o ideológicamente constructivas. Ese proceso se vió truncado al finalizar el primer tercio del siglo, porque los grupos directores de la sociedad y las gentes medias se quedaron en el punto de vista tradicional. Pero lo que hubo de germen de disidencia tuvo también más sabor de movimiento popular, oral y de protesta económica, que de docta y superior inquietud (iluminismo, las primeras manifestaciones de la mística, y aun el mismo movimiento erasmista). Ahí radica la importancia singular del *Lazarillo*, aguda muestra de espiritualidad, no obstante su «grosero estilo», y que comienza citando a Plinio y a Tulio, matizando de sentido complejo e irónico cuanto roza su pluma.

Característico del *Lazarillo* es que los temas eclesiásticos estén vistos a la luz de la desvaloración picaresca (he dicho lo que entiendo por picaresco en *El pensamiento de Cervantes*, pág. 230), crítica y mordazmente. Tal hecho es significativo de la diferencia existente entre la España de Carlos I y la de Felipe II, entre una época de pre-reforma balbuceante, que no llega a ninguna efectiva reforma, y otra de contrarreforma proyectada hacia el exterior. Aquel ambiente de prerreforma se reflejaba en actitudes populares, de crítica y de sorna. En el *Lazarillo*, el tratado primero con su plebeya mendicación y sus agudezas ultrasutiles, es el plano desde donde va a ser contemplada y enjuiciada la sociedad eclesiástica y civil, visión totalizadora. Hacia entonces se abre camino la tendencia a considerar globalmente el conjunto de la vida nacional, como si cada español llevase a España

puede pronunciar sino muy con grande aspiración de las entrañas; por lo cual claramente se muestra ser natural cosa a los hombres el deseo de la honra e el ir tras ella» (fol. 11 v.). Pero la honrosa caballería se derrumba: «Por cierto, el moderno estudio de los caballeros se es vuelto a todo lo contrario, ca estudian e velan en ver a quien dañarán... e no se contentan de deshonorar la arte de la caballería... fázense mercaderes, la cual arte en ellos es sucia, vil e diforme» (fol. 23 v.). Etcétera.

¹ El profesor de español H. de Luna corregirá más tarde esta obra, «porque su lenguaje es tosco, el estilo llano y la frasis más francesa que española», para que su lectura sea provechosa a los extranjeros. (Véase Gallardo, *Ensayo*, III, pág. 242.)

en la faltriquera: «O iglesia, o mar, o casa real», según se decía para inventariar todos los posibles rumbos del hombre coetáneo. En 1552, dice Vasco Díaz Tanco haber compuesto un libro así encabezado: «Los seis aventureros de España, y cómo el uno va a las Indias, y el otro a Italia, y el otro a Flandes, y el otro está preso, y el otro anda en pleito, y el otro entra en religión. E como *en España no hay más gente de estas seis personas sobredichas*»¹. Grandiosidad y, a la vez, simplismo.

Mas veamos qué aspecto presentan la sociedad eclesiástica y las cosas divinas, enfocadas desde donde pueden ser vistas por el mozo del Tormes. Los clérigos son avariciosos y ganan sus dineros a pura charla; así resulta que, comparado con el clérigo de Maqueda, el miserable ciego parecía un «Alexandre Magno», símbolo de la esplendidez. «Toda la laceria del mundo estaba encerrada en este [clérigo]; no sé si de su cosecha era, o *lo había anejado con el hábito de clerecía*», al cual Dios le daba lo suyo «*de lengua suelta*». Hay además comparaciones irreverentes: «Como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recebillo», y así se parangonan los bodigos con la eucaristía. Lázaro habla «alumbrado por el Espíritu Santo»; Lázaro sirve luego a un fraile de la Merced, a quien ciertas mujercillas llamaban «pariente», «gran enemigo del coro y de comer en el convento». Aunque al punto máximo de la mordacidad no se llega sino con las escenas del buldero, «el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamás yo vi». No sé si se ha reparado en que el buldero era un sacerdote, porque no sólo sube al púlpito a predicar, sino que dice misa: «el ardidez que el sutil de mi amo [el licenciado Pascasio Gómez] tuvo para hacer despendar sus bullas, fué que este día dijo la misa mayor», etc. Se trata de un clérigo ignorante que, al encontrarse con gentes doctas, «no hablaba palabra en latín por no dar tropezón»; lengua que usaba sin empacho cuando los otros clérigos «eran de los reverendos, digo que con más dinero que con letras se ordenan». Bulas e indulgencias salen mal paradas de la crítica lazarillesca; alguien pregunta «si la bulla aprovechaba para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres»².

¹ Gallardo, *Ensayo*, II, pág. 788.

² Si no estuviera puesta sarcásticamente en boca del buldero, tendría más valor esta frase: «¿Qué os parece cómo a estos villanos, que con sólo decir «cristianos viejos somos», sin hacer obras de caridad, se piensan salvar?»

En suma, las referencias a lo religioso y eclesiástico, si no son audaces, son siempre irrespetuosas. Deseoso de polemizar con un mundo endurecido, «porque ya la caridad se subió al cielo», el autor se agazapa en la mordacidad popular para dar mayor campo a su desenvoltura. El estilo es, por tanto, lo menos ingenuo que pudiera imaginarse. La cruda realidad está salvada mediante ironías y merced a atisbar la distancia existente entre lo que es y lo que debería ser, junto con rasgos de comprensión y suavidad (actitud ante el escudero y su criado).

Pero no mediremos discretamente el alcance de la postura crítica del *Lasarillo*, si no cotejamos tan gentil novelita con obras coetáneas, por las cuales se difunde la raigambre de la picaresca, en lo que tiene de reacción y protesta contra el mundo nobiliario y eclesiástico. Me limitaría ahora a recordar algunas fechas bibliográficas en torno a 1554, cuando sale a luz el *Lasarillo*:

1552 (Valladolid). Vasco Díaz Tanco, *Jardín del alma cristiana* ¹.

1552 (Alcalá). Antonio Porras, *Tratado de la oración* ².

1554 (Valladolid). Fr. Felipe de Meneses, *Luz del alma cristiana* ³.

1554 (Sevilla). Diego Sánchez de Badajoz, *Recopilación en metro*.

1557 (Toledo). Miguel de Carvajal. *Cortes del casto amor y Cortes de la muerte*.

¹ En el prefacio al Cabildo y clerecía de Orense hay este significativo pasaje: «Otros de esa catedral dicen que están mal conmigo; y no porque digo las verdades, mas porque soy tan inconversable, que por no tratar con ellos estoy ocupado en leer y en escribir. A lo cual respondo que yo estoy peor con ellos, no porque son conversables con todos, mas porque jamás les veo tomar libros a las manos para estudiar, salvo el de 48 hojas, que es el continuo manual de los tales.»

En otras obras de Díaz Tanco se hallan alusiones de tipo semejante. Hablando de ciertos cenobitas de Italia, inserta este comentario: «Entre éstos yo pienso que no hallarán | jamás uno solo que amiga tuviese, | que aunque hermosa, si tal se sintiese, | los otros, yo pienso, se la tirarán ['quitarán'].» (*Los veinte triunfos*, s. l. n. a.). En la misma obra el autor fulmina su cólera contra un tal fray Juan de Roa, por haberle dicho que el conde de Feria se llamaba D. Fernando Suárez de Figueroa, en vez de D. Pedro de Córdoba y de Aguilar. Las maldiciones de Díaz Tanco son de rara violencia: «Maldición | venga por tal bigardón, | que se le tulla la lengua... | O mal rallo se la asierre... | falsísimo, cauteloso | de su propia condición», etc.

² Libro de carácter fuertemente erasmista; algo digo en *Revista de Filología Española*, 1931, XVIII, págs. 348 y 355.

³ He analizado a fondo este libro erasmista en *Revista de Filología Española*, 1931, XVI, págs. 344 y siguientes.

En fin, junto a otros muchos escritos, recordemos el *Cancionero* de Sebastián de Horozco.

De esta enumeración, que podría aumentarse sobre todo con obras dramáticas de la época, destaco ante todo la *Recopilación*, de Diego Sánchez de Badajoz, texto poco leído, y que sale a luz el mismo año que el *Lazarillo*, libro éste que, si se compara con la exuberancia de Sánchez de Badajoz, aparece henchido de medidas y referencias. He aquí unas muestras. En la *Farsa del colmenero*¹ dialogan un fraile y un pastor:

- FRAILE. Las mujeriles beldades
ha mofado el boquirroto.
- PASTOR. Vos debéis selles devoto;
en fin, fin, frailes y abades,
chuza, rayo, pestilencia,
sarna, gota y quebradura,
frío, hambre y desventura,
pleito, cuestión y dolencia;
arcaduces de venencia,
fuego de mil alquitrantes,
frailes, cregos, sacristanes,
hablando con reverencia.
- FRAILE. ¡O cuán claro se parecen
las bestiales intenciones!
Clérigos y religiones
son lo que el mundo esclarecen.
- PASTOR. Esclarecen, desque crecen
los vientres de algunas dueñas...
Todos [abades y frayres] viese yo
[en los aires,
puestos a la resolana.

En la *Farsa militar* se complica la burla de los frailes con el ataque a Roma:

¿Que vais padre para Roma,
y que no lleváis moneda?

¹ *Libros de antaño*, 1882, tomo XI, págs. 304 y 314.

El fraile falsifica una bula y está dispuesto a empeñar hasta la crisma ¹. En la *Farsa del Santísimo Sacramento* unos rústicos lanzan contra un fraile las más soeces groserías ², lo que se repite en la *Farsa del molinero*, junto con insinuaciones menos inocuas sobre el sentido de los actos del culto:

PASTOR. ¿Qué haz ['hace'] tanta gente junta?

FRAILE. ¡Donosa está la pregunta!
Honran a Dios consagrado.

PASTOR. Ora yo estoy espantado:
Dios de infinito poder
¿nuestra honra ha menester?
¿El no se está harto honrado?

El fraile explica lo que significan las fiestas sacramentales, y el pastor insiste tozudamente:

Esa debe ser la cuenta.
Mas decí ¿mejor no fuera,
remembrando la pasión,
que no andar de esta manera?
Pues vivimos en espera
de lo que ora estamos faltos,
¿para qué bailes y saltos,
en vida tan lastimera? ³.

El anterior es uno de los pasajes más audaces en la literatura antieclesiástica del siglo xvi: Dios no necesitaría el culto de los humanos, y la vida religiosa debe consistir en rememorar la *Vita Christi* y en aguardar mansamente la plenitud de los tiempos. Si Sánchez de Badajoz pensaba así, las pullas y desprecios contra clérigos y frailes dejan de ser chistes sin malicia. Sus rústicos consideran, en efecto, como sus peores enemigos a los eclesiásticos y a los palaciegos:

¹ *Ibidem*, págs. 396, 397 y 398.

² *Ibidem*, XII, 48.

³ *Ibidem*, XII, págs. 108 a 110.

PASTOR. Debe de ser algún crego
o algún fraile malicioso,
que vien vestido el raposo
para darme al chozo huego;
o será algún palaciego
de estos fieros fanfarrones ¹.

Para los villanos del teatro de Sánchez de Badajoz, el eclesiástico es el expoliador de sus dineros, el causante de sus sudores, que vive en holganza y empreña a las mozas. Más bien que pugna teológica, hay aquí rivalidades sociales y económicas, según demostraré suficientemente en el libro de que es parte este artículo. El pueblo se ha estremecido ya a fines del siglo xv, y comienza a exteriorizar enojos y disconformidades; y, por lo pronto, zahiere y protesta. Las leves sacudidas que rizan ligeramente el manso lago de la religiosidad hispana, se deben, en gran parte, a causas económicas: «A la guerra me lleva mi necesidad; si hubiera dineros, no fuera en verdad». A la guerra y a las Indias lleva la necesidad. Y entre tanto, conventos y canónigos (según muchos escritores religiosos y profanos) nadan orondos en un mar de ocios y placeres, no sin que en torno a ellos se perciba un rechinar de dientes. Porque, además, aquellos buenos varones se mostraban soberbios e infatuados. Vasco Díaz Tanco dirige el prólogo de su *Jardín del alma cristiana* (1552) al Cabildo y clerecía de Orense, a quienes echa en rostro su ociosidad e insipiencia, en contraste con la actividad de Vasco Díaz, autor de una pasmosa cantidad de libros, cuyos títulos enumera ²: «Estos 48 libros son, en parte, traducidos y, en parte, recopilados ...porque sepáis que seyendo mancebo no comía el pan en balde viviendo ociosamente, como algunos que veo en esa tierra al presente; ni me empleaba en jugar naipes ni dados, ni en andar hecho cantonero de calle en calle, sin propósito, como se usa entre vosotros... Yo tengo por mejor el perder por hablar y escribir verdades, que el ganar con decir lisonjas mentirosas, como entre vosotros se usa... Otros desa catedral dicen que están mal conmigo... a lo cual también respondo que yo estoy peor con ellos, porque jamás les veo tomar

¹ *Farsa de la hechicera*, XII, pág. 226.

² Gallardo, *Ensayo*, II, págs. 784 y 790.

libros en las manos para estudiar, salvo el de 48 hojas, que es el continuo manual de los tales»¹.

Diego Sánchez de Badajoz, a su vez, dirige el introito de la *Farsa de la muerte* a los canónigos de Badajoz «porque se quejaron que les dijo en una farsa 'Dios mantenga'». Los canónigos procedían como el Escudero del *Lazarillo*, irritado porque un artesano le saludaba con un «Mantenga Dios a vuesa merced». Lázaro no se explica el porqué de la ofensa: «Mira mucho de enhoramala —dijo él—; a los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de 'beso las manos de vuesa merced', o, por lo menos, 'besoos, señor, las manos', si el que me habla es caballero.» La cortesía palaciega expulsaba del uso las fórmulas ingenuas, y el autor del *Lazarillo*, lo mismo que Sánchez de Badajoz, hacen ver cómo el orgullo mundano de clérigos y caballeros desdeña una fórmula de saludo inspirada en sentimientos cristianos, lo cual es un rasgo más que les asemeja en su actitud religiosa. En la *Farsa del molinero* dice el enharinado personaje²:

Husen ['fuesen'] los hombres hermanos
y las buenas obras luengas;
y esténse los «Dios mantengas»
en inviernos y en veranos;
mas ora ['ahora'] los palancianos
sabéis que tienen por mañas
remorderos las entrañas,
y después, «beso las manos.

La *Farsa de la muerte*, dirigida a los canónigos de Badajoz, comienza:

¡Dios mantenga! Estoy mirando
si supe habraros bien.
¡Dios mantenga! Si mantien,
mas que, ¡monta!, trabajando³.

¹ Véase antes, pág. 134.

² *Recopilación en metro*, en *Libros de antaño*, XII, pág. 106.

³ *Ibidem*, pág. 253. Puntuó de otra forma para hacer el texto inteligible. *Monta*, interjección rústica, no en el *Diccionario* de la Academia, pero sí en el *Quijote*, I, pág. 30: «Pues ¡monta que es mala la reina!» Véase la edición de Rodríguez Marín, 1927, II, páginas 173 y 451.

¡O cuerpo de San Herrando!
 ¿Quixérades que os dijera,
 para vivir sin cansera,
 que os mantenga Dios holgando?
 Esto es lo que yo reniego:
 querer los hijos de Adán
 sin sudor comer el pan,
 y grolla ['gloria'] ¹ al cabo del juego...

Sois *caballeros* nombrados
 de esta provechosa guerra,
 que nos dió Dios a la tierra
 para hermosos coronados;
 baste caminar calzados
 y vestidos tantos hatos;
 que *pobres y sin zapatos*
fueron los primos pelrados.

Vivió Cristo, hecho humano,
 hasta la muerte en trabajo;
 y quier acá un espantajo,
holgando, ser buen cristiano.
 Entendé, entendé al villano,
 trepetalde ['interpretalde'] bien la lengua,
 por qué os dije «Dios mantenga»:
 que os tenga Dios de su mano.

El pasaje es claramente erasmista: el clérigo debiera ser *caballero* de Cristo ², habrá de volver a la simplicidad santa de la iglesia primera, cuando Cristo y los suyos iban descalzos y no conocían vagar. Mas los «mayorales» descuidan el menester cristiano y, llenos de codicia, viven devorando a los humildes:

Haz ['hace'] el diablo la presa
 en grandes, porque se ciegan;
 y en chicos, porque reñegan
 de verse hechos su mesa ³.

¹ Cfr. «Y a los que junta el amor | y más crapula carnal | no ay grolla más terrenal», (*Farsa del matrimonio*, edición Medina del Campo, 1530, fol. 1 v.) En la edición de *Libros de antaño*, XII, pág. 2, «no hay grolla.»

² Véase ERASMO, *Enquiridion o Manual del Caballero Cristiano*, edición de M. Baillaon y Dámaso Alonso, 1932.

³ Edición citada, pág. 255.

Este rebelarse contra lo que se juzga social y anticristiana injusticia (la iglesia y la nobleza desuellan por igual al humilde) es un rasgo importante, con matiz popular y villanesco, dentro de aquel ensayo malogrado de reforma social y religiosa, en el que el erasmismo venido de fuera no hace sino sumarse a tendencias enraizadas desde hacía tiempo en la conciencia española. Sánchez de Badoz, como vengo mostrando, es un excelente recopilador de temas de esa índole, y confirma plenamente mis supuestos. En la *Farsa de la fortuna*, por ejemplo, se enfrentan un pastor y un caballero, y he aquí las palabras del rústico, que dice no viene a hacer reír, sino a «gruñir»:

¿Y queréis saber por qué?
 Porque renego del hado,
 de pranetarios y sinos,
 matematos y adevinos,
 que me han puesto en tal estado.
 ¿Cómo? ¿No soy yo criado
por [esas] manos de Dios
tan hombre como soís vos,
 tan de carne y [alifiado]? ¹.

Como se ve, la doctrina religiosa es una de las bases de esta nueva y renaciente conciencia de la personalidad, excitada y dinamizada por circunstancias que, por lo que toca a España, comenzamos a sacar a luz. Se nota en este tiempo nuevo hervor de vida: afirmación de derechos, comezón crítica, energía para formular la censura y el ataque. Se sabe mucho del activismo español a comienzos del siglo xvi: guerras, descubrimientos y proezas; se sabe muy poco, y ese poco confuso, sobre la vida interior, sobre la audacia y la aventura de quienes libran su combate sin salir del palenque estricto que señala una hoja de papel. El escritor conoce su esfuerzo y lo pregona. Díaz Tanco habla así de sus libros: «compuestos, trazados, asentados, limados, fulminados y perfeccionados con mi punto y tijera, e así les llamo los míos amados hijos legítimos, engendrados en mi vejez, con los cuales olvido las pasiones mundanas» ².

¹ Edición citada, pág. 77. El texto, por errata, *acás* y *alimado*.

² Gallardo, *Ensayo*, II, pág. 784.

Desde el siglo xv la idea evangélica de la redención aparece unida a esa conciencia, a que antes aludía, del derecho individual y de la libertad basada en él. Una buena muestra de ello nos brinda ya cierto documento dirigido por el cronista Diego Enríquez del Castillo a la Reina Católica, sin duda poco después de 1474. Sólo el infiel, dice Castillo, puede ser esclavo, porque el cristiano fué liberado por la sangre de Cristo, no sólo de la esclavitud del pecado, como exactamente diría un teólogo, *sino de la injusta sujeción a los señores de la tierra*: «La pasión y muerte del hijo de Dios, con que no solamente una vez fuimos comprados, para salut de las almas, mas otra, recomprados para eterna libertat spiritual y corporal... Sant Pablo, en aquella su epístola que embía a los Gálatas, dice: «Sabet que Jhesu Cristro con su libertat nos libró.» Que quiere dezir: «Nuestro Salvador, seyendo en la forma de Dios, tomó el hábito de la humanidad, porque el hombre cativado, con su divina libertat fuese libre así del cativerio diabólico, como *de la tirana servidumbre del mundo*, para que ninguno sin cotidiano mantenimiento pueda ser compelido contra su grado a servir.»

Todo esto lo dice aquel desaprensivo Castillo para justificar su resolución de no servir a la reina sin soldada: «apartarme de vuestro servicio, no dándome de comer»¹. Pero sea el motivo el que fuere, la idea, no inventada por aquel cronista, está ahí, estrellada de violencia y lanzada nada menos que a la faz de la reina clarísima. Esa idea, vuelta estado de ánimo, habrá de deslizarse por entre las rupturas del orden medieval, clases y estados sociales de severo e inmutable contorno. Opresión hubo siempre y angustia en el oprimido. Lo nuevo era la vislumbre de una posibilidad de escapar a aquella angustia, la noción de que no era justo lo que acontecía. La doctrina evangélica se contraponía a la vida eclesiástica del momento. Por el lado profano, el humanismo enseña que nobleza es virtud, no meramente rango hereditario². Así pues, cristianismo humanista o humanismo cristianizado es lo que prepara los ánimos a la rebeldía, lo que hace erguirse al humilde, que dice «aquí estoy yo», y se lanza a otear el panorama de su tiempo y a enjuiciarlo y a sentenciarlo

¹ El texto se halla en A. Paz y MELIÀ, *El cronista A. de Palencia*, pág. LXXXV.

² Véanse mis estudios sobre *El sentimiento del honor*, en la *Revista de Filología*, 1916.

ásperamente. Todos esos pastores, esos rústicos, esos criados de la *Celestina* que reniegan de sus señores, son antecedente de Lázaro de Tormes, no sólo porque sean tipos inferiores, audaces y truhanescos, sino porque *son rebeldes, con conciencia de que tienen derecho a ser rebeldes*, porque se sienten en un nuevo clima moral y jurídico. Y ése es el sentido de las reprimendas al clero y a su vida antievangélica y desmesurada. Un pastor dirige esta plegaria a la Virgen María en la *Farsa de los doctores*, de Sánchez de Badajoz:

Prega a Dios, Virgen María,
de guardar y defender,
lo primero a mi mujer
de frailes y clerecía ¹.

Suspendo en tal punto la exposición de un aspecto de la novela picaresca, cuya articulación humana encuentra sus antecedentes en afirmaciones nuevas de la conciencia individual y en las protestas de índole económica expresadas en autores eclesiásticos de la primera mitad del siglo, cuyos textos daré a conocer en otro lugar. En resumen anticipado diré que en el *Lazarillo* (desprovisto de doctrina erasmista, fina y sutil) afloran actitudes, aquí estéticamente agudas, que sin arte alguno hallamos en bastantes graves escritores. El Renacimiento fué también, según es sabido, un renacer del cristianismo, que muchos interpretaban desde la Edad Media finalizante como una doctrina comunista, que excluía la riqueza muelle y el disfrute individual de los placeres de este mundo. (El cristianismo de los más esclarecidos, no, por supuesto.) El Evangelio, filtrado a través de la patrística ², era interpretado como base para la organización de una sociedad austera, en provecho de los humildes y como mero tránsito para otra vida. La valoración de la pobreza se enlazaba con la conciencia de la individualidad. El pícaro es un pobre que se engríe y lanza su reto al noble orgulloso de su honra, y al eclesiástico henchido de riquezas que no debieran parar en sus manos. Ya se verá

¹ Edición citada, II, pág. 72.

² No puedo detenerme en hablar del error de interpretación histórica que supone hacer del cristianismo evangélico una doctrina comunista.

que el tono usado en algunos libros religiosos es de una violencia y de una agresividad que extrañará a quienes no conozcan lo que fué internamente España en la primera mitad de aquel siglo.

Mas pasan los años y el *Lasarillo* queda como un ademán aislado. Durante la segunda mitad del 1500 el aire vibrante en tiempos del Emperador se convierte en atmósfera densa y oprimente. Los libros sobre la muerte alcanzan una cifra insospechada. Melancolía, amargores de alma y un mundo con perfiles hirientes en su descarnadura. La ascética truena sin reposo contra todo lo que es valor terreno. La honra y la belleza, se dice, no serían más que cieno y engañifa. Y al par de tan desencantada intuición del mundo, un descendiente de judíos conversos, Mateo Alemán, escribe en 1599 el más amargo y a la vez más admirable libro que cabe hacer sobre una vida sangrada previamente de toda sustancia. Ya vislumbraba Sebastián de Horozco lo que iba a acontecer con tales conversos:

Andáis ya como corridos
en ver que sois expelidos
de honras y de favores,
y queréis vuestros rencores
secutar sin ser sentidos.

Pero hablar de todo ello y de las fuerzas que salvan y redimen el normal sentido de la vida entre los españoles de entonces, requiere bastante más larga plática.

AMÉRICO CASTRO.

LAS CARTAS REALES DIPLOMÁTICAS DEL ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN EN BARCELONA

La importancia científica internacional del Archivo estriba en sus Registros y Cartas reales diplomáticas (C. R. D.). La gran riqueza que encierran ambas secciones hizo manifestar a Emil von Ottenthal, conocido como investigador de documentos discreto y cuidadoso, cuando aparecieron las *Acta Aragonensia*, que «aquí, en el límite de la cultura occidental, se ha desarrollado una diplomática como no se conserva en ningún otro Estado, ni aun en la Curia; una administración escrita como la tenemos nosotros en la actualidad. Una época del documento en papel por doquier». En numerosas reseñas de los tres tomos de las *Actas* vuelve a aparecer siempre de nuevo el asombro por la abundancia enorme de lo que se ofrece en dicho Archivo.

En la introducción del primer tomo he dado una ojeada total sobre los Registros de la época de Jaime II, señalando la diferencia con los Registros reales y eclesiásticos de otros países. Al igual que por su número, de más de seis mil tomos, sobrepasa en cuanto a más de dos siglos el número de todos los demás Registros que conocemos, así se distinguen también por su contenido. Hojéense tan sólo los excelentes trabajos de Antonio Rubió y Lluch (*Documentos de la cultura catalana Mig-Eval*, I, II), que han surgido casi completamente de estos Registros. Series enteras no tienen nada de común con los documentos en el sentido propio. Existe en los Registros correspondencia familiar continua que trata también de amplios sectores culturales: descripción de la vida doméstica, enfermedades y muertes, educación de la infancia y casamientos. Incluso la correspondencia

política entre Jaime II y su hermano Federico III tiene un carácter muy distinto al de, por ejemplo, el *Registrum super negotio Imperii* del Vaticano o los Epistolarios del rey Sigismundo en Viena: protestas de amor fraterno alternan con amargos reproches sobre abandonos, descripciones del cambio de la vida religiosa propia con narraciones de acontecimientos bélicos o de la naturaleza destructora. Incluso la materia novelesca entra en los Registros, aunque se encuentran en las C. R. D. con más frecuencia y más sugestivas, incitando a una poética reproducción. Todo lo dicho no vale solamente para los Registros de Jaime II, aunque me parece que aquí todo es más personal y original.

Si me ocupo aquí más detalladamente de las C. R. D., y también de las cartas sueltas, lo hago porque desde la aparición de las *Actas* pude obtener una vista general de todo el material que alcanza hasta el siglo xv. Además del grupo de las C. R. D., del cual trataremos inmediatamente, fácilmente reconocible por la manera de su conservación, existe entre los pergaminos una sección especial de relaciones que hasta hace poco fueron conservados en rollos, igual que en las secciones de documentos-pergaminos propiamente dichos: documentos papales, reales, de monasterios, etc. Ahora, buena parte de los mismos está ya desenrollada y más manejable. En gran parte son extraordinariamente pequeñas, a menudo sólo tiras de papel, a veces sin huella de sello; otras veces puede reconocerse donde éste estuvo puesto. Abundan los de la época de Jaime II; de la reina Sancha de Nápoles hay, por ejemplo, gran número de escritos, la mayoría de las veces políticos, pero no siempre importantes. Muchas docenas de ellos pueden reconocerse por el pergamino especialmente fino, iguales a los de las cartas diplomáticas, por ejemplo, las cartas de Isabel, hija de Jaime y esposa de Federico el Hermoso, y a menudo también las cartas de este último, que se distinguen en seguida de los documentos propiamente dichos. Entre estos pergaminos se encuentran quizá los documentos más antiguos que se pueden llamar diplomáticos. El número más antiguo lo constituye quizá una larga carta del primer arzobispo de Génova, San Siro, a Raimundo Berenguer de Aragón. Empieza así: «R. Dei gratia Barchinonensium comiti et principi regi Aragonensi et Marchioni Provincie, Sy(rus) Januensis ecclesie servus et archiepiscopus licet indignus, salutem in Christo et de universis hostibus suis gloriosum triumphum et letam

victoriam.» Siro se alegra de tener ocasión de escribir al príncipe. Con júbilo da las gracias a Dios por las victorias que Raimundo logró «ante paucos annos» sobre los sarracenos, cuyas ciudades, castillos y riquezas desea para el príncipe. Con objeto de que pueda gozar durante largo tiempo de su victoria, el arzobispo y los canónigos de San Lorenzo le ofrecen diariamente el sacrificio, recordando siempre la donación tan valiosa de la isla Derzosa que hizo a San Lorenzo. Le envía al elocuente e ilustrado clérigo Alberto para negociar con el príncipe respecto a la protección de la isla, por lo visto amenazada. Termina el escrito con la siguiente extraña súplica: «Verum ut pro utilitate nostra singulariter etiam vobis aliquid significemus, petimus de vestra munificentia, quod vos, qui habetis in servicio vestro ultra centum milia hominum, mittatis nobis unum sarracenum vel christianum, qui noverit nobis sapienter ortum excolere et plantare pomerium. Est namque nobis persona talis valde necessaria et per legatum presentem vestre magnificentie supplicamus, ut con festim ad nostram presentiam dirigi faciat. Omnipotens Deus vitam vestram longis temporibus in continua prosperitate custodiat et penitus ab omni malo defendat. Amen.»

A las piezas más antiguas pertenecen además fragmentos de la correspondencia templaria (cfr. *Acta III* y *Papsttum und Untergang des Tempelersordens*).

La pieza encontrada posteriormente y descrita más adelante, que procede de la época de la expedición a Palestina del emperador Federico II, la encontré entre los documentos sin clasificar. Según mis conocimientos actuales del Archivo, algunos de los escritos diplomáticos comienzan en el siglo XII y otros, pocos, en la primera mitad del siglo XIII. Los documentos, denominados generalmente C. R. D. o también cartas sueltas, se guardan en doscientas sesenta y una cajas o cajones. Comienzan con Jaime I: su nombre lo llevan dos cajas; Pedro III y Alfonso III ocupan una caja cada uno; Jaime II se encuentra en ciento nueve cajas; Alfonso IV en veintisiete, Pedro IV en cincuenta, Juan I en nueve, Martín I en ocho, Fernando I en veinte, Alfonso V en veinticinco, Juan II en cuatro y Fernando II el Católico en cinco. Como hemos indicado, en las *Acta Aragonensia*, I, pág. LXVI, el número de cartas de Jaime II coleccionadas hasta entonces era de 13.474. Entretanto se han incorporado las cartas maltratadas, ya utilizadas por mí por vez primera, y algunos otros gru-

pos, de modo que aquel número llegará seguramente al de 14.000. No se ha hecho todavía la enumeración del contenido de las demás cajas; vistas las posteriores podemos decir que el número total apenas llega al duplo, si bien su número es mayor en comparación con Jaime II. Estos documentos, que comprenden muchos miles, no son útiles solamente para la diplomática: se encuentran entre ellos grandes series de copias de las cartas y documentos contenidos en los Registros, relativos a la política interior y a la historia de la administración; pero también, además, contienen las cajas numerosas pruebas de grandísimo valor para la historia económica y burocrática interna, si bien no tienen carácter diplomático propiamente dicho. En todo caso quedan aún muchos miles de cartas, relaciones de embajadores, tratados, etc., en una abundancia que asombra al que conozca la materia, sabiendo cuán escasamente se conservan tales documentos, incluso de la baja Edad Media.

Caracteres externos de estos documentos son el papel y la ausencia de fórmula completa de fecha. Sólo en pocos de ellos, y generalmente de poca importancia histórica, se indica el año. De las relaciones de Embajadas sólo un pequeño porcentaje lleva indicación de año. La fecha más corriente es la indicación del día y mes, o del día de un santo. Se comprenden, pues, las dificultades para la clasificación cronológica y para el aprovechamiento científico. Para clasificar esta enorme masa de tal modo que se pueda encontrar en seguida el acta de un soberano o de un acontecimiento determinado, se necesitaría un conocimiento universal que ningún erudito puede poseer ni tan siquiera respecto a algunos siglos. En tiempos anteriores se contentaron con varios sistemas, por ejemplo: agrupación por indicaciones, por meses, por materias (judíos, templarios), sistema que sólo era útil para quien no conociese el contenido. Pero también se comprende que en aquellos tiempos —y a veces hoy todavía— se adjudicaran indebidamente documentos a algunos soberanos, porque paleográficamente no se puede distinguir la mano de los amanuenses ni con una diferencia de treinta años. Un medio auxiliar para datar las relaciones diplomáticas de la primera mitad del siglo xiv se obtiene del hecho de que casi ninguno de los diplomáticos al servicio del rey permanecieron en el puesto más de una docena de años, y la mayoría, sólo un par de años. Mientras que repetidas veces pude atribuir piezas de un sucesor al antecesor y viceversa, sólo me ha

ocurrido una vez que perdiera una pieza en una colección posterior de más de un siglo. El documento más curioso y ameno quizá de todo el Archivo, el diario de un embajador de los tiempos de Bonifacio VIII, lo encontré entre las relaciones del Concilio de Constanza; hasta hacer mi tercer viaje de investigación a España no supe nada de los tesoros del siglo xiv. (*Aus den Tagen Bonifaz VIII*. Páginas XXXVIII-L; Apuntes de un diario hechos en la Curia de Bonifacio VIII por el cura Laurentius Martini.) Comienza: XVIII. Kal. Februarii recessit en (*sic*) Rossell. En lo que yo puedo leer, debe decir así, interpretando la frase: recessit Señor Rossell. Vid. nota 1.

A continuación hago un resumen general, destinado sobre todo a una orientación internacional.

De las dos primeras cajas, la número 1 contiene (la número 2 posee sólo copias sin valor) ciento veinticinco piezas. Entre éstas se encuentran muchas cartas escritas en papel que versan sobre asuntos administrativos internos; hay cerca de veinte cartas dirigidas al baillío de Cerdeña, R. de Pompia o Pompiano, al que se dirige también el arzobispo de Narbona. Sólo una pieza tiene verdadero carácter diplomático (el número 112). Resulta de la misma que existían vivas relaciones entre el rey y el notario papal Jordanus, más tarde diácono cardenalicio tit. ss. Cosme y Damián, y que anteriormente el canónigo barcelonés P. Alberti (?) le había escrito de un asunto secreto del príncipe heredero Pedro. Acerca de este asunto negoció con el papa (Alejandro IV), encontrándole dispuesto para un arreglo favorable; pero dado su carácter secreto, sólo quiere, dice, dar instrucciones verbales al embajador actual. Mientras él viva, añade, hará todo lo posible para que en la Curia no acontezca nada que pueda ser desagradable para el rey; pero deja entrever cómo algunos embajadores importantes del lado opuesto intrigaban en la Curia sin haber logrado hasta entonces nada positivo. La interesante pieza (pergamino original con huellas del sello y la dirección: Illustrissimo regi Aragonum) dice así: «Serenissimo principi suo tanquam domino speciali domino J. Dei gracia illustri regi Aragonum, Jordanus domini pape subdia conus et notarius, recommendationem et paratam ad eius obsequia voluntatem. Noveritis, quod omnibus aliis vestris negociis, pro quibus latorem presencium, nitarium vestrum ad sedem apostolicam destinastis, prout melius potui, expeditis super negocio secreto... primogeniti vestri, pro quo alias per P. Alberti canonicum

Barchinonensem serenitas regia michi scripsit, cum domino summo pontifice tractatum habui diligentem. Quem more solito inveni vobis in eodem negotio favorabilem et benignum. Et quia idem negotium secretum est, congruum fore non vidi, quod actum sit de eodem, vobis per litteras intimare, quia dictus notarius vester, cui ipsum negotium commisi oretenus exponendum vobis, qualiter in illo processerim, exprimet viva voce. Scituri, quod, quandiu vixero, attentus et sollicitus ero, ut nichil fieri possit in curia, quod excellencie vestre debeat displicere, licet autem pro predicto negotio magni nuncii venerint, nichil tamen consequi potuerunt.»

La carta debe de haber sido escrita antes del 20 de noviembre de 1257, porque desde entonces firma Jordanus como «notarius et vicecancellarius» (*Potthast, Regg. Pont.*, II, pág. 1473). Quizá la investigación especial catalana sepa interpretar la carta con más exactitud.

De Pedro el Grande, iniciador de la política aragonesa en el Mediterráneo y yerno del rey Manfredo, no he encontrado en la caja a él dedicada relaciones que saliesen de asuntos territoriales. Pero que deben de existir tales materiales se deduce de las negociaciones con el enviado del papa, el obispo de Grosseto, acerca de su misión pacificadora franco-castellana, así como de su plan para una Cruzada (AA, III).

Así como en los Registros de Pedro la separación de las piezas diplomáticas se muestra sólo de un modo rudimentario, está más pronunciada ya en los de Alfonso III. Klüpfel publicó algo en su libro sobre Alfonso, y La Mantia otro tanto en *Anuari*, II; otras cosas, en cuanto se refieren a la política eclesiástica del rey, serán publicadas más tarde. A pesar de ello, no se encuentra, además del informe sobre el peligro que amenazaba en Akku (1290), nada de interés internacional en la caja correspondiente. Sólo llamo la atención sobre el número 6: «Probi homines civ. Barchinonensis» comunican al escribano del rey (Jaime) de Sicilia en 1288 que han nombrado cónsul catalán en Sicilia a su conciudadano Guilelmus Pinxons para varios fines, y que piden apoyo para su actuación; y el número 10: en una carta original el infante Pedro pide a su hermano siciliano informes sobre Constanza, Federico y Jolanda, que están con él; además le pide dinero y anuncia la llegada de un embajador que conoce muy bien las negociaciones entre Alfonso y el rey Carlos II.

Después de estos restos exigüos de los tres soberanos citados aparece de repente la enorme serie (caja 109) de Jaime II, que comprende casi la mitad de las colecciones diplomáticas. Comienza con informes diplomáticos de comerciantes pertenecientes a la época en que había sido rey en Sicilia. La correspondencia crece paulatinamente alrededor de 1290; en un principio es aún sustancialmente española, interna (cartas para y de Castilla y Portugal); al pasar de un siglo a otro, la correspondencia aumenta considerablemente, manteniéndose a esta altura casi durante tres decenios (Jaime murió en 1327). Repetidas veces me han preguntado cómo se explica esta enorme preponderancia de la correspondencia de Jaime. Ya he hecho algunas indicaciones: la buena conservación de una correspondencia significa en primer lugar un buen conservador. Esto ha sucedido aquí. Sin duda es al guardasellos Bernardo d'Aversó a quien debemos la buena conservación de estos documentos. Desde que se posesionó de su cargo en 1301, apenas falta una carta o un registro; las inscripciones en los repertorios son completas; consérvanse miles de copias o borradores, al contrario de lo que ocurre en tiempos anteriores. A esto añádanse los múltiples acontecimientos políticos que atraían la atención al paso de un siglo a otro: el fin del pontificado de Bonifacio, el traslado de la Curia a la Provenza, cerca de Aragón; la catástrofe de los templarios, los sucesos en el imperio, etc. Además la extraña situación de la Casa Real, las vivas relaciones de Jaime II, especialmente con los Estados italianos y con Federico el Hermoso.

No en vano el embajador Juan de Tudela elogia en cierta ocasión a la Cancillería aragonesa como bien ordenada (Martín I, caja 9, número 91), en contraste con el desarreglo de la de la isla siciliana. En el reino de Aragón, los funcionarios escribanos de notaría y de hacienda poseían una preparación esmerada. Tenían, además, buenos sueldos; sólo se oyen quejas cuando en tiempos de apuro los pagos se aplazaban demasiado. Todo esto se duplica durante el reinado de Jaime II. Sin duda se sabía que al monarca, siempre muy activo, le gustaba mucho oír informes. Pedro de Boyl escribe una vez desde Aviñón a Averso: «Os ruego que escuchéis una vez de la boca del rey si no se aburre de que le escriba tantas palabras; seguramente hay cosas mucho más dignas de conversación que le habría referido con gusto si no hubiera temido aburrirle.» El embajador sabría que con esto excitaría la curiosidad del monarca. «Se diu clarament en

la cort, que mes hic escrivits vos, senyor, tot sol, que entre tots los altres princeps del mond», informa Vidal de Villanova, en cierta ocasión, desde la Santa Sede (*AA*, I, página 537). Lo más característico es quizá una prudente carta del archidiácono de Tarazona, primer procurador de Alfonso IV, después de la muerte de su padre (alrededor de 1328, C. R. D. Alfonso IV, número 3.774): «Algunos de nuestros amigos especiales en la corte del papa a los que importa vuestro honor, opinan que no es conveniente enviar a la Curia solemnes embajadas por cualquier motivo insignificante, como lo hizo su padre. Vuestro padre envió más embajadas solemnes a la Curia que los reyes de Francia e Inglaterra juntos en diez años. Algunos cardenales que os tienen especial afecto saben que muchos embajadores de los tiempos de Jaime vinieron a la Curia menos en interés del rey que de sus asuntos propios.»

Para la reorganización de las C. R. D. de Jaime II se han hecho muchos trabajos; ante todo, desde que F. Valls y Taberner se encargó de la Dirección del Archivo, se clasificaron muchas de las piezas hasta entonces no fechadas, y las deterioradas que antes formaban legajos sin utilizar se colocaron junto a los Apéndices generales, en una sección extra serie. Con mucha razón se han dejado subsistir grupos especiales: judíos, templarios, y necesariamente también las indicciones, etc.

Los 4.000 números aproximadamente de Alfonso IV nada tienen que envidiar a los 14.000 de su padre, considerando la duración mucho más corta del reinado de aquél (1327-1335), pero las piezas de importancia general faltan casi del todo. Los grandes informadores brillan por su ausencia, fuera de algunas excepciones. El tiempo de su gobierno transcurre más bien pasivo, continuando la política de su padre y preparando enérgicamente una expedición bélica, nunca llevada a cabo, contra los sarracenos, con objeto de conquistar Granada y expulsar de España a todos los mahometanos. Las relaciones de la Curia se refieren a los regateos y cantidad de los diezmos de la cosecha. También se arroja alguna luz sobre Juan XXII, ya en la vejez, pero cuya semblanza resulta más apagada que en los tiempos anteriores. Un nuevo embajador aparece con Ramón de Milán. Sus numerosos informes sobre las negociaciones con Felipe VI de Francia y el aventurero rey Juan de Bohemia, los ha publicado Miret y Sans en el tomo II de los *Anuari*, con una extensa introducción.

Sólo un informe se le ha escapado, en el que Ramón describe sus viajes a través de Alemania y las dificultades para capturar al rey. Por desgracia, esta relación sólo se conserva fragmentariamente, y se la debo a A. Willemssen.

Gran desilusión proporcionan las cincuenta cajas de Pedro IV. La gran masa de sus documentos (más de mil, frente a los cuatrocientos aproximadamente de Jaime II) hizo sospechar también la existencia de amplios materiales diplomáticos. De estas cajas, las primeras diez y nueve se designan como *enviadas*, es decir, que contienen copias de los Registros de Pedro y son piezas más o menos insignificantes; siguen las fechadas hasta el número 33, de las cuales apenas una docena tiene carácter diplomático; los números 39 a 50 encierran actas referentes a la práctica interior. Quedan sólo, pues, los números 33 a 38, es decir, seis cajas con documentos no datados o insignificantemente fechados que poseen valor general. El siguiente ejemplo muestra la gran diferencia frente a los anteriores. Según comunicación del doctor Vives, el mejor conocedor de la personalidad del gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, Heredia, éste se nombra en los registros más de seiscientas veces, y en más de cincuenta casos se indican sus contestaciones o relaciones. Pues bien, en realidad hasta ahora sólo se ha encontrado en el Archivo [tan sólo una carta del gran maestre! Aunque nuevas investigaciones tuvieran por resultado el hallazgo de uno u otro informe, la diferencia entre salidas y entradas es demasiado chocante. Sorprende todavía otra cosa. En tiempos de su abuelo, y aun también en los de Alfonso IV, perduran los informadores y una carta va tras otra. Obsérvense tan sólo las múltiples cartas hasta ahora encontradas de Juan Burgundio en las *Acta Aragonensia*, y en mi obra sobre los templarios, o los trece informes de Ramón de Milán que publicó Miret. Pedro recibe, en lo que ha sido posible averiguar hasta ahora, casi sólo informes aislados; el enviado informa brevemente, la mayoría de las veces sin participación personal, acerca de Mallorca, contiendas, escándalos, guerras con Génova, espionaje, etc.; dicho en una palabra, faltan los informes subjetivos de los procuradores, tan interesantes a menudo. El carácter de la correspondencia se ha perdido, y los Registros ocupan el primer plano. No puedo indicar una causa suficientemente convincente de este fenómeno frente a los anteriores y también de los posteriores; a la referencia de que se me

hizo, de que la desconfianza del rey motivó esta escasez, se opone la «cupiditas scribendi» del rey. Informes del cisma existen, pero sólo en cantidades exiguas, aunque Pedro IV vivía todavía en los primeros nueve años decisivos (1378-1387); conocemos a los procuradores de la Curia en el año 1378; ¿es posible que ninguno de ellos haya enviado un informe de la elección? ¿Quizá por precaución? Las huellas más fuertes de su actividad las encontramos en los registros y en las fuentes romanas. Pero todo lo dicho no excluye el que se encuentren también materiales importantes (por ejemplo: sobre la muerte de Felipe de Mallorca, la política itálica de Carlos IV, una extraña correspondencia secreta sobre actividades cismáticas o un documento con la inscripción «aci ha II letres de ma del papa», etc.).

Más ricos son de nuevo los informes dirigidos a Juan I y Martín I. Dos acontecimientos encuentran en ellos su reflejo diplomático: el cisma y la política eclesiástica del papa aragonés Benedicto XIII, además de un rico material para la historia siciliana que prepondera temporalmente en documentos bien concebidos, redactados a veces en dialecto siciliano. En los tiempos de Fernando I y Alfonso V, la correspondencia diplomática llega a una especie de segundo apogeo. Los informes del Concilio de Constanza están reunidos ahora en los cuatro tomos de *Acta Concilii Constanciensis*. Podemos de nuevo aquí distinguir personalidades que no ocultan sus opiniones y que saben también caracterizar. Pero no todo es agradable: envidias, denuncias y codicias oscurecen alguna que otra carta con su sombra. Incluso el informador principal, el conde de Cardona, no está exento de estas flaquezas. De un modo muy singular se deja entrever el control que los embajadores ejercían reciprocamente. De gran encanto son las tres cartas del inteligente bufón Mosén Borra, cuyos importantes datos relacionados con la Historia del Derecho y Cultura alemanes han pasado casi inadvertidos. En suma, las descripciones, por ejemplo, de la huida de Juan XXIII y de la elección de Martín V pueden equipararse con las mejores de los tiempos de Jaime II. Estos valores españoles sorprenden tanto más por su redacción y enumeración cuando se considera que de los numerosos enviados universitarios sólo los informes de Colonia y de Viena se conservan en parte.

Nueva desilusión nos espera otra vez con el legado de Alfonso V. Su recta política internacional y su representación en el Concilio de

Basilea hacía esperar muchas cosas nuevas. El complemento diplomático de los Registros no es grande, faltando en absoluto las cosas sensacionales. No puedo decir si es acertada la versión, que corre desde la época moderna, de que un barco cargado de actas del rey se perdió en la ruta de Nápoles a Barcelona.

Este resumen de las cartas reales diplomáticas, si bien trae una serie de complementos de los *AA.* (págs. LXVII y sigtes.), no ofrece grandes sorpresas. Nuestro juicio es el mismo: la actividad epistolar de Jaime II es única en la historia de las fuentes medievales. Permítaseme finalmente caracterizar a tres de los correspondientes más destacados de su época.

Vidal de Villanova, quizá el diplomático más importante de Jaime, se muestra también en sus informes como gran polemista. Creo que en los informes diplomáticos modernos apenas se encontrará una exposición más viva y atractiva. Réplicas y contrarréplicas se suceden continuamente dentro de los límites más extremos. «E el respos, yo li respos», se lee a menudo. En la polémica lleva siempre la voz cantante Vidal, nunca el benévolo Clemente V, a quien le salen las lágrimas, o el excitable Juan XXII, que se precipita en sus discusiones repeliendo siempre. Vidal trata al papa casi como a un niño inquieto que ha hecho alguna fechoría: «Pare sant, lesem aquests paraules, Deus e vos sabets la veritat sobre aço, com es.» Estos informes, redactados a menudo de noche, llevan abundantes y buenas miniaturas. ¡Qué bien dibuja a Clemente V, que se ríe de la ilustración del carácter francés, o cómo el papa lo coge de la mano llamándolo confidencialmente «En Vidal», y cómo ahora quiere hablarle sencillamente como Bertrand del Got y no como el papa Clemente VI! En todos estos informes no hay nada de solemne, nada de forzado en el idioma, sino que suena casi como una charla, aun cuando se presenten como escritos oficiales. Quizá influye aquí el uso de la lengua materna, porque Vidal escribe en catalán, igual que otros distinguidos enviados legos. Un hombre que con el vicario de Cristo habla como lo hace un hombre libre con otro su igual, de un modo distinguido, pero franco; que trata a los cardenales como a personas de su categoría, no se ata tampoco la lengua cuando habla con un monarca. El tono libre que algunos diplomáticos se permiten frente a un rey es digno de mención; es un tono que a veces pasa a ser reproches que el rey escucha pacientemente. En la Santa

Sede eran, sin embargo, más susceptibles. Cuando un dominicano emplea cierta vez expresiones demasiado fuertes dirigidas al suave Clemente, se le castiga, no obstante su carácter de embajador. Lo sabemos por su propia pluma, y su carta tiene doble valor para nosotros porque nos demuestra que la redacción latina del «libre dels feits» de Jaime I, el «liber gestorum» de fray Petrus Marsilii, que se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Barcelona, es el manuscrito original de fray Petrus Marsilii: él es el fraile castigado.

Muy distintos son los informes del procurador Johannes Burgundi. Son más sencillos en la forma, claros como su letra, de exuberante contenido, no de diálogo, sino de datos reales. Nunca se ha dibujado con más exactitud e ilustración la vida de negocios de la Curia como en sus cartas. Las negociaciones de la Curia en Francia, las costumbres debidas a la nueva residencia, los obstáculos causados por la enfermedad del papa, el penoso cargo de procurador que repetidas veces se hace anunciar en balde, siendo llamado después en plena noche para oír que no puede informar sobre lo más urgente e importante; todo esto se lee con la mayor atención. Pero este procurador tiene además el mayor interés político: él se orienta sobre los asuntos de Escocia o de Sicilia, informa sobre la Inquisición y la guerra civil en Flandes, diseña la situación en Alemania, es el informador más auténtico del proceso templario.

Cito a un tercero en esta serie de diplomáticos, aunque en realidad no es tal diplomático, hasta entonces único en la información, que más tarde no se encuentra frecuentemente: se trata de un corresponsal espontáneo, comerciante de Génova, llamado Christián Spinula, de conocida genealogía genovesa. Si Jacobo está tan bien enterado de las relaciones italianas, de la política genovesa o de la expedición a Roma de Enrique VII, debe estos conocimientos al comerciante de Génova, que incluso aprende a emplear poco a poco en sus comunicaciones con Jacobo un latín comprensible, en el supuesto de que las cartas hayan sido escritas siempre por su propia mano.

Prof. ENRIQUE FINKE.

NOTAS SOBRE LA CURSIVA VISIGOTICA

En nuestro «Discurso» de ingreso en la Academia de la Historia ¹ intentamos formar una lista de aquellos códices visigóticos, de época diversa, que ofrecen, ya en su texto mismo, ya en notas y aclaraciones marginales, una escritura cursiva peculiar, en posesión de particularidades propias, así en sus caracteres aislados como en sus nexos. Reconocíamos nosotros en esa cursiva una modalidad gráfica cordobesa o, al menos andaluza, dentro de lo mozárabe, y apoyábamos tal hipótesis en el análisis, realizado a la luz de datos históricos y paleográficos, de varios manuscritos, entre los cuales ocupaba preeminente lugar la *Collectio Conciliorum* (Madrid, Biblioteca Nacional, 10.041), códice que no hallamos dificultad en designar en lo sucesivo con el nombre de *Conciliorum Cordubensis*.

En la relación o lista antes aludida figuraban ² los códices 4 y 19 de la biblioteca monástica de Monte Casino (Italia). Al redactar aquellas páginas en las que, contra la opinión del ilustre benedictino D. de Bruyne, sosteníamos la atribución al siglo xi de la escritura marginal, sólo conocíamos el facsímil que del primero de los ejemplares en cuestión insertó C. Upson Clark en sus *Collectanea Hispanica* (París, 1920). En dicho facsímil figura, cortada por cierto, una breve nota cursiva, cuyo examen, junto con lo que del carácter de las referidas notas, escribió el citado benedictino ³, nos decidió —apremiados por premuras de tiempo— a incluir ambos manuscritos

¹ Los códices visigóticos de la Catedral toledana. Cuestiones cronológicas y de procedencia. Madrid, Hernando, 1935.

² Págs. 88-89 letra c.

³ Un document de la controverse adoptioniste en Espagne, vers l'an 800, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, 1931, págs. 507-312.

en nuestra lista. Posteriormente, y gracias a la amabilidad de dom Mario Inguanez, abad casinense, nos ha sido dado examinar buenas reproducciones fotográficas de las notas marginales en cuestión. Tal examen corrobora en todas sus partes lo que habíamos supuesto. La cursiva de los ejemplares de Monte Casino puede compararse, tal es su semejanza, con la del matritense 10.041, del cual reproducimos parte de los folios 83 r. y 216 v. en nuestro discurso citado ¹. No se trata de la misma mano, como tampoco es única la que trazó los escolios de los códices en cuestión; pero sí de la misma tendencia, del mismo «ductus», de muy parecidas peculiaridades, como el uso constante de *g* abierta por su base, *p* con caído que baja de la parte derecha del ojo superior o del punto central de éste, ausencia de *u* alta o derecha después de *g*, forma de la *x*, confundida con *t*, en las transcripciones de D. de Bruyne, idéntico uso de las tres formas del nexo *ti*, etc., etc. La escritura del texto de ambos códices nos parece poderse atribuir, sin grandes riesgos de error, al siglo ix; los escolios marginales no nos decidimos a hacerlos remontar más arriba de la centuria xi.

Cuatro reproducciones, dos por cada uno de los manuscritos estudiados, acompañan a estas notas.

Representa la primera un fragmento del folio 52 r. (número 1). Refiérese a las palabras «*imaginem paternae substantiae filius*» del texto, y dice así:

Intende *quía* pater substantia, filius quoque imago substantie dicendus est. Hinc refutatur eresis Ibinhamdon *qui* patrem negat esse substantiam. Ergo ² sequendus est, immo nec communicandus, quamdiu non crediderit patrem sue imaginis, uel sue uirtutis esse substantiam ³.

La segunda (número 2) figura entre las dos columnas del folio 172 r. y fué omitida por D. De Bruyne ⁴:

Maria est templum Dei et non Deus templi et Dominus Ihesus

¹ Pág. 93.

² D. de Bruyne: «Non ergo» (art. cit., pág. 308).

³ En la reproducción se ve el comienzo de la misma nota transcrita en escritura beneventana del siglo xi. Cfr. E. A. Lowe, *The beneventan Script*, Oxford, 1914, págs. 107 y 109-110.

⁴ Tampoco figura en el artículo de éste la larga nota del folio 262 r. del manuscrito 19.

templum Dei, secundum humanitatem et Deus templi secundum diuinitatem, similiter et Spiritus Sanctus Deus est templi, qui operatus est in Maria uirgine.

La tercera (número 3) ocupa parte del margen externo del folio 81 r. del manuscrito 19 y aparece cortada por la cuchilla del encuadernador. He aquí su lectura:

Intende, lec... recte incarn... uerbi Dei non i..., nisi mens fid... abinentiis... in operibus bon... insuper diuino ad... buta inde... quam se putas .. doctores erra... ¹ quum cepissent... natione Domini uel... mensitate uel altera...

La cuarta (número 4) aparece, también cortada, en el margen externo del folio 223 r. Véase su transcripción:

Quisquis dicit aliquit... angelos scire, hanc... tentiam uerissimam... cat, ne pernicioso e... re occurrat.

A la serie de los códices con anotaciones cursivas habrá que añadir ahora el manuscrito misceláneo recientemente encontrado en la Biblioteca de la Academia de la Historia. El padre Zarco Cuevas, en comunicación leída ante la docta Corporación, y que verá próximamente la luz en el Boletín de la misma, se pronuncia a favor de la procedencia cordobesa de dicho códice, basándose en las notas que, encabezadas con el nombre de «Alvarus», figuran en él. Esta circunstancia relaciona evidentemente el manuscrito académico con el escorialense & 1.14, al cual consagramos larga nota en nuestro «Discurso» ². Con posterioridad a la publicación de éste hemos repasado los folios del «misceláneo», tan interesante por su escritura como por su contenido, y hemos hallado en uno de ellos, el 66 r., una nota marginal escrita en la misma cursiva meridional objeto de nuestro estudio. Su presencia viene, a nuestro juicio, a corroborar la hipótesis de origen formulada por el padre Zarco Cuevas.

¹ D. De Bruyne: «esse».

² Pág. 86.

En el curso de nuevas investigaciones que estamos llevando a cabo en los fondos de San Millán de la Cogulla y San Pedro de Cardeña (Academia de la Historia), nos han salido al paso más ejemplos de anotaciones cursivas en un interesantísimo manuscrito del *De Civitate Dei* de San Agustín, señalado con el número 29 entre los procedentes del primero de los citados monasterios ¹. Loewe describió este códice en su *Bibliotheca Patrum latinorum hispaniensis* ², y llamó la atención acerca de la nota contenida en su folio 63 v., correspondiente al libro VI, en la cual se cita el año 977: «Dominico in introitum Quadragesime, era M.^a XV.^a». Pasáronle, en cambio, inadvertidas dos inscripciones ingeniosamente colocadas en el margen izquierdo de los folios 170 v. y 195 v., de las cuales la primera dice «Moterrafe diaconvs memoria», y la segunda «Moterrafe diaconi memoria». Si el personaje aquí nombrado fué poseedor, lector o copista del manuscrito no podemos decidirlo. En el último supuesto no debió escribir la totalidad del códice, ya que éste fué obra de varias manos, como lo indican de consuno la diversidad de sus escrituras y notas como «hic in quo abit alius scriba adscribere sabbato post octabas Pasce», que se lee en el folio 88 v.

La cursiva encontrada en este manuscrito se usó solamente para algunos reclamos finales de cuaderno ³ (Cfr. números 5 y 6) y, en consonancia con las diferencias que hemos establecido entre la modalidad meridional y la usada en la zona libre, aparecen en ellas la *g* cerrada y la *u* alta detrás de *q*, como en los «marginalia» del legio-nense 8 (*Antiphonarium mozarabicum*) y en los reclamos de los toledanos 11,4, 15, 12 (Madrid, Biblioteca Nacional, vit. 5-3) y 35,6.

Aún podemos añadir a lo anterior algunos escolios del códice de Roda. Dado el contenido de este famoso ejemplar no creemos que pueda dudarse de su procedencia navarro-aragonesa, tesis que su caligrafía no contradice. «El sitio donde se escribió —dice el padre García Villada— ⁴ es difícil averiguarlo. Atendiendo al lugar en que

¹ Vid. C. Pérez Pastor, *Índice de los manuscritos de San Millán de la Cogulla y San Pedro de Cardeña*. Madrid.

² Pág. 502, núm. 24.

³ Fols. 195 v., 227 v., 243 v., 251 v., 259 v., 267 v., 275 v. y 283 v. Nuestras figuras 5 y 6 reproducen los de los folios 227 v. y 243 v.

⁴ El códice de Roda recuperado, en *Revista de Filología Española*, XV (1928), página 116.

se hallaba y a los textos referentes a los reinos pirenaicos, se puede conjeturar que fué copiado en algún territorio de la Rioja, Navarra o el Alto Aragón». Pues bien, los notas (nos referimos a las que no son exclusivamente minúsculas) que en algunos de sus folios aparecen, difieren en absoluto del tipo meridional y más que cursivas¹, y atendiendo al uso de *g* minúscula que en ellas se hace, nos atreveríamos a llamarlas «semicursivas».

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

¹ *El códice de Roda recuperado*, en *Revista de Filología Española*. XV (1928), página 115.

ETIQUETAS DE ENCUADERNADORES

Cuando publicamos en el *Boletín de Bibliotecas y Bibliografía* (tomo I, número 2, 1934) nuestro pequeño estudio referente a los precios de las encuadernaciones en España (siglos XVI-XIX), indicábamos en los preliminares que el análisis de las marcas y etiquetas de los encuadernadores era realidad indispensable para conseguir más tarde el de la historia de la encuadernación en nuestra patria.

Desde hace años venimos reuniendo las obras firmadas por nuestros maestros de ligatoria, y figuran en la colección que hemos logrado algunas interesantes y curiosas, que no sólo identifican a los autores de las obras realizadas, sino que demuestran particularidades interesantes en relación con sus cualidades, aficiones y medios en que desarrollaron su actividad artística; a cierto número de ellas referiremos este trabajo.

La costumbre de colocar en la contratapa del libro la etiqueta con el nombre y domicilio del encuadernador no alcanza en general fecha anterior a los principios del siglo XIX; por excepción, sólo conozco, perteneciente al siglo XVII, la de D. Antonio Carrera, sevillano, que dice (número 1): «Este libro se encuadernó en la Imprenta y Librería de DON ANTONIO CARRERA E HIJOS, calle Génova, 29» figura en un ejemplar de mi biblioteca de la *Epinicia ad Alexandrum VII*, impresa en Roma en 1657, en 4.º. El volumen está encuadernado en cuero color avellana, con ruedas y pequeños hierros en oro finamente aplicados, ángulos característicos de abanico, y en el centro, coronado, escudo de armas de D. Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda, presidente del Consejo de Indias, etc., etc.

En el ejemplar del manuscrito de los *Pasatiempos poéticos*, de D. Rafael Mariano Boulet, marqués de Liédana, 1851, vestido en

tafilete verde sobre el que campean las armas reales de España con los collares del Toisón y Carlos III, rueda y cantoneras de plancha doradas a volante, figura la etiqueta siguiente (número 2): «Palencia. Librería de GERVASIO SANTOS, calle Mayor, núm. 80. Se encuaderna con la mayor elegancia, hermosura y equidad: hay buen surtido de libros en blanco y rayados, papel de todas clases, pautado y demás libros de primera educación».

La Fisiología del Guardia Nacional, de Luis Huart, en su versión española, impresa por Juan Oliveres en Barcelona en 1848, lleva la etiqueta de «Encuadernación de JOSÉ SANTA SUSAGNA, calle del Consulado, frente la Lonja. N.º 30. Bar.^{na}». Las tapas son de piel verde con una rueda gofreada; el lomo con diferentes hierros, en oro, de estilo romántico.

Don Nicolás Longoria y Acero es el encuadernador del ejemplar de la *Memoria de las públicas demostraciones de júbilo en la promoción del Excmo. Señor D. Gaspar de Jovellanos a la Embaxada de Rusia y Ministerio de Gracia y Justicia*. Oviedo, en la imprenta de Pedregal [1798]; así lo atestigua la etiqueta que dice: «Los encuadernó en Oviedo D. NICOLÁS DE LONGORIA Y ACERO, calle del Sol, número 8». Es una pasta española de acertado jaspeado, llevando los bordes de la tapa teñidos en negro, y sobre ellos estampada una rueda en oro, a imitación de las encuadernaciones que de este tipo ejecutaba en Valencia el bibliógrafo, librero y encuadernador Justo Pastor Fúster, quien tuvo su taller en la calle de Campaneros, esquina a la de Borriol, trasladándose luego al que antes había ocupado en dicha ciudad el encuadernador Vicente Beneyto en la calle de Caballeros, frente a la Audiencia.

La leyenda histórica en cuatro cantos, titulada *Anacaona*, por D. Juan Vila y Blanco, que imprimió en Alicante D. Rafael Jordá en 1856, encuadernada en piel marrón, plancha y ruedas en oro, lleva la siguiente etiqueta (número 3): «Taller de Encuadernación de JAIME ROLDÁN. Cartagena, calle Mayor, N.º 38. Libros de Escuela. Libros rayados. Objetos de escritorio».

Significativa y compendio de profunda filosofía mercantil es la que figura en el ejemplar que poseo de los *Siete mil pecados capitales*, de Juan Martínez Villergas, Madrid, tipografía de P. Madoz, año 1846; la encuadernación es en holandesa, lomo granate oscuro, papel verde en las tapas, lleva aquél hierros gofreados y en oro; la

etiqueta reza así (número 4): «Confitería, Encuadernación y Librería de LAUREANO FERNÁNDEZ MERINO. Vendo papel pautado, blanco y de colores de varias clases, tinta, obleas, polvos de salvadera, plumas, libros de primera educación, de caja de varios tamaños, devocionarios, semanas santas y otros artículos concernientes a estos establecimientos. Carrión, calle de la Rúa, n.º 13, 1855».

La lectura de esta etiqueta nos lleva al pequeño pueblo palentino, de tradición literaria y en el que la enseñanza estuvo siempre atendida. Vislumbramos una bien dispuesta librería en la que los escolares adquirirían el *Silabario para la nueva arte de enseñar a leer a los niños de las Escuelas, dispuesto por el orden de un alfabeto racional*, por don Vicente Naharro, maestro real, y la *Descripción de los juegos de la infancia, los más propios para desenvolver sus facultades físicas y morales y para servir de abecedario gimnástico*, obra del mismo autor; pero ni estos libros, ni la *Biblia en imágenes, adornada con grabados*, de la que se había recibido excelente surtido de la librería valenciana de López y Compañía, eran suficientes para atender con los productos de la venta a las necesidades de la casa y familia del librero.

En la tertulia de la tarde se confesó con sus amigos el buen don Laureano, y todos convinieron en la necesidad de ampliar la empresa mercantil estableciendo un taller de encuadernaciones, contando para los primeros trabajos con una partida de libros que el médico titular había heredado no hacía muchos meses de su tío el canónigo de Valladolid. El nuevo aspecto industrial del negocio proporcionó una era de mayor actividad, y el coro de tertulianos, que hasta el anochecer tenía cita y reunión en la tienda de nuestro librero, celebraba como propios los éxitos de D. Laureano; éste, por su parte, no descuidaba el emplear cuantos medios pudieran proporcionarle nuevos ingresos, y así extendió su negocio al de la papelería, bien surtida, sin olvidar el comercio de las obleas, que constituyeron un éxito por su novedad y aceptación.

Mas como está escrito que el que nace para ochavo nunca llega a real, el período de auge y prosperidad sufrió pronunciado eclipse, y las tristezas y apuros del encuadernador y librero se sucedían con inusitada frecuencia, hasta que un buen día su esposa doña Francisquita, modelo de recato, de buen decir y mejor obrar, le sugirió la idea salvadora, al observar cómo languidecían las flaman-

tes encuadernaciones, amarilleaban los papeles y se revenían las obleas. ¿Por qué, le dijo, no establecemos una confitería? Todos esos tertulianos que miran, remiran y hojean nuestros libros, adquiriendo alguno de vez en cuando, comprarán nuestros piñonates, tortas y almíbares, serán clientes a quienes espiritual y materialmente atenderemos, y, sobre todo, las obleas ya no se nos estropearán nunca: o las compran para pegar o se las comen con los bartolillos. Y así se hizo, y bajo la triple enseña de la confitería, la encuadernación y la librería, vivió feliz con su esposa D. Laureano Fernández Merino en Carrión de los Condes. La etiqueta de su establecimiento industrial es testimonio de nuestra afirmación.

La alarma que en Santiago de Compostela se produjo al traer de la próxima ciudad de la Coruña, unos comerciantes de libros, ejemplares de *La nouvelle Sapho ou histoire de la Secte Anandryne*, *Le coq d'or*, *Les amours de Zoroas* y la *Geografía matemática, física y política de todas las partes del mundo*, fué verdaderamente extraordinaria: no en balde el Consejo de Castilla, a instancia de su ministro D. Antonio Ignacio de Cortarrabia, había denunciado y prohibido tales obras; pero como el malestar seguía en Santiago, pues algunos de los que las habían leído propagaban su contenido, buscóse antidoto contra el daño, y así aparecieron las *Cartas sobre la nobleza o el Emilio desengañado; sobre la naturaleza, el rango, la dignidad y la necesidad de la nobleza en cada país; sobre el origen de sus tierras, de sus títulos, de sus dominios y de sus posesiones. Ceguedad deplorable sobre este orden. Animosidad de los facciosos para destruirle. Sistema desolador que trastorna el mundo. Origen fecundo de calamidades para los pueblos & & &*. Santiago, imprenta de don Juan Francisco Montero, 1814. Convenientemente encuadernadas se ofrecieron ejemplares al señor arzobispo, autoridades y eclesiásticos, pues de la encuadernación, en sencilla y fuerte pasta española, se encargó el Rector del Seminario, según atestigua la etiqueta del ejemplar que de la obra poseo: «OBRADOR DE ENCUADERNACIÓN DEL GRAN SEMINARIO, Santiago».

El ejemplar que D. Nicasio Camilo Jover, con dedicatoria autógrafa, entregó al insigne repúblico D. Emilio Castelar, del libro *Las fragatas insurrectas y el bombardeo de Alicante, reseña de los sucesos ocurridos en esta ciudad...* Alicante, imprenta de Gossart y Seva, 1873; vestido en chagrín rojo, plancha en oro en gran relieve

con recuadros y óvalo central, está «Encuadernado. BAEZA. Comisión General de Libros».

La encuadernación de los *Ejercicios de piedad cristiana que practica la Reina Nuestra Señora doña María Cristina de Borbón*: Madrid, por Aguado, impresor de Cámara, 1831, es verdaderamente espléndida. Sobre tafilete rojo, lucen las galas de entonado mosaico en amarillo, gris y azul, siluetados con hierros en oro de diferentes tonalidades y otros estampados en plata, modalidad esta última rara vez empleada por los encuadernadores, tanto españoles como extranjeros; las contratapas son también de tafilete rojo con hierros y ruedas en *gaufré* filetes y pequeños hierros en oro. Firma la obra con su etiqueta «ALEGRÍA, librero encuadernador, calle de Carretas, 8, Madrid».

José Martín Alegría sobresale sin duda sobre todos los artistas de su clase por el gusto y limpieza que da a las obras de su mano y porque ninguno sabe como él el secreto de aplicar el oro, conservándole unas veces su color propio con sumo brillo y matizándole otras de diversos colores. Hasta que llegó de París no se sabía ejecutar el mosaico, y el primer ensayo de esta clase fué el libro de *Memorias de la Reina Nuestra Señora*, ejecutado con sumo gusto y mérito. Pero el mayor de este artista consiste en dar a sus encuadernaciones toda la solidez de la costura española, sin ninguno de sus inconvenientes. Por tales méritos y circunstancias en la Exposición pública de industrias que se celebró en Madrid el año 1831 se le adjudicó medalla de plata, haciendo las declaraciones que antecedan, como motivo del galardón que se le adjudica.

A su muerte, ocurrida hacia 1840, estaba establecido en la calle de las Huertas, 15, cuarto bajo.

Un ejemplar del *Misal romano*, que en 1803 imprimiera en Madrid la Sociedad de Impresores, encuadernado en terciopelo de seda rojo, con guarnición de cantoneras, manecillas y centros de plata de gusto rococó, lleva la etiqueta que justifica ser obra de «MARCOS ANTONIO VARANGOS, fabricante de Naypes, hace libros en blanco y pone en pasta con todo primor. Vive en la calle Mayor en Pamplona». El *Misal* lleva como apéndice las misas propias de los santos de la diócesis e iglesia de Pamplona.

En rojo tafilete, con ruedas en oro en las tapas, lomo con hierros sueltos y contratapas en piel roja y verde con ruedas en oro, está

encuadernada la *Historia compendiada del Reino de Navarra*, por D. José Yanguas y Miranda. San Sebastián, imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1832. El autor de la encuadernación, según la etiqueta, es D. Florencio Blanco (número 5): «Taller de encuadernaciones, objetos de escritorio, libros en blanco y rayados de FLORENCIO BLANCO, calle de Carnicerías, número 8. Tudela».

El ejemplar del libro de D. Pedro de la Escalera Guevara, *Origen de los Monteros de Espinosa...* Madrid, Lorenzo Francisco Mojados, 1735, está bellamente encuadernado en tafilete rojo, ruedas de estilización y hierros en oro en las tapas y lomo también con hierros en oro. El encuadernador «JUAN ANGEL [el italiano], Encuadernador de libros de todas clases, en Jaén, calle Maestra». Esta etiqueta es de las contadas del siglo XVIII (número 6).

En piel verde, plancha «Catedral» estampada en oro, es como encuadernó D. F. Ojeda el baile histórico intitulado *Pizarro o la conquista del Perú*, que se ejecutó por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe el día 10 de marzo de 1843, y en el que fueron primeras partes la señora Monplaisir en el papel de Finea, hija de Atahualpa, y el Sr. Bartholomin en el de Pizarro. La etiqueta del encuadernador dice: «F. OJEDA. Encuadernador. Plaza de Isabel II, número 3. Madrid».

La *Carta Pastoral* de D. Rodrigo Antonio de Orellana, obispo de Avila, dirigida a su clero y diocesanos para que se precavan de las falsas opiniones que han promulgado algunos preladados regulares inferiores en la misma ciudad de Avila y en otros muchos pueblos, como falsas e injuriosas a la dignidad episcopal, 1820, está discretamente encuadernada en tafilete rojo, ruedas en oro en las tapas y «Se halla de venta en la LIBRERÍA DE EDUCACIÓN. Calle de Andrín, 20. Avila. Encuadernación».

Manifiesto o Memoria de las desgracias ocurridas en el día 25 de febrero de este año de 1788 y de las Reales órdenes y providencias tomadas en beneficio del vecindario de la ciudad de Valladolid, reparación de sus edificios arruinados y aspecto público deformado con la extraordinaria creciente del río Esgueva... Tafilete rojo, ruedas y hierros sueltos en lomo y tapas. Etiqueta: «Discípulo y sucesor de Bassó. Oficina de encuadernación de MARIANO DÍAZ. Orates, 24, Valladolid» (número 7).

José Basó fué un buen encuadernador de Valladolid, a quien
Ayuntamiento de Madrid

sucedió en el arte su hijo Antonio, de quien se declara discípulo Mariano Díaz, así como sucesor, pues Antonio Basó fué uno de los que en 1814 derribaron en Valladolid la lápida de la Constitución y persiguió encarnizadamente a los liberales; vino a Madrid, y Fernando VII premió sus servicios nombrándole juez del Tribunal de Policía de Echebarri, del que pasó como adjunto al de Arjona, y condecorado luego con el empleo de secretario del rey.

Las primeras juntas de los realistas en Madrid en el año 1820 para conspirar contra la Constitución tuvieron lugar en su casa, y allí se resolvió la fuga de Fernando VII para que no prestase el juramento ante el Congreso Nacional.

Del uso peculiar y privado de la infanta María Teresa de Borbón es el ejemplar de la *Noticia de los Cuadros que se hallan colocados en la Galería del Museo del Rey Nuestro Señor sito en el Prado de esta Corte*. Madrid, 1828; encuadernado en tafilete rojo, ruedas en gaufré, hilos en oro, y en los centros de ambas tapas sus iniciales coronadas con la de infante; es obra del encuadernador madrileño Pedro «PASTOR, discípulo de Martín. Encuadernador de Cámara de S. S. M. M. y A. A. lo encuadernó, calle del Espejo, n.º 11. Madrid» (número 8). Declara su obra y el agradecimiento al maestro, del que publica su nombre como el mejor galardón de su arte. *El Eco del Turia, poesías a la aclamación augusta de Doña Isabel Segunda, Reina de las Españas*. Valencia, Ildefonso Mompié de Monteagudo, 1834, luce las galas de una suntuosa encuadernación romántica en tafilete rojo con mosaico verde, hierros y ruedas en oro finamente dispuestas, que determinan un conjunto agradable y de acierto pleno por la ejecución y el dibujo. Su autor firma con la etiqueta: «CIFUENTES, lo encuadernó, calle de Preciados. Madrid».

Francisco Cifuentes es uno de los mejores encuadernadores de la escuela madrileña durante la primera mitad del siglo XIX, autor de una magnífica encuadernación del *Quijote* grande de la Academia Española (cuatro tomos), realizada con acierto y lujo, que se valoró en 1833 en seis mil reales. La Academia de la Historia utilizó sus servicios, y para ella encuadernó, entre otras obras, *Los opúsculos legales del Rey Sabio*, de las que hizo varias en distintas clases y pieles, por las que se le pagaron en 1836 mil quinientos ochenta y tres reales de vellón, y el *Tesoro de la Numismática*, 1838, por el que, con otras de diferentes libros, se le abonan doscientos doce reales.

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

•MARTÍN. Encuadernador de Cámara de SS. MM. y AA. Lo encuadernó, calle del Espejo, n.º 11. Madrid», atestigua la etiqueta de mi ejemplar de *El Paraiso perdido, de J. Milton. Poema inglés, traducido al castellano por el Excmo. Señor D. Benito Ramón de Hermida y dado a luz por su hija la Marquesa de Santa Coloma*. Madrid, imprenta de Ibarra, 1814. Dos volúmenes, lindamente impresos y encuadernados bella y sobriamente en tafilete azul con ornamentación de ruedas en las tapas y hierros en el lomo, decorados en oro.

De Santiago Martín es tal vez del encuadernador que se conservan más obras en la Biblioteca de Palacio; sólo en el primer semestre del año 1819, hay cuenta detallada por valor de mil seiscientos ochenta y cuatro reales, en la que no se comprenden otras muchas existentes en la referida Biblioteca. Es típico de este artista madrileño, del que lo copia su discípulo Pastor, y dato para distinguir sus encuadernaciones no firmadas, la singularidad del modo como corta el papel o seda de las guardas de las contratapas. Cubre con aquéllas el plano de éstas, pero al llegar a los ángulos que unen la guarda con la primera o la última hoja del libro, según sea la contratapa anterior o la posterior, corta con la dicha guarda el contracanto en línea diagonal que busca la dimensión mayor del libro, en vez de seguir horizontalmente, como ejecutan los demás encuadernadores.

Sen Vicent. Poema en valenciá, lo seu autor en Benet Altet y Ruate. Valencia, José Ferrer de Orga, 1855, encuadernado en papel de oro cincelado, lo está en el «Taller de encuadernaciones de todas clases. J. RIBA. Rambla de San Juan, nº 76. Tarragona».

En tafilete rojo de grano grueso, plancha en seco, hierros y filetes en oro en las tapas, de conjunto agradable, está encuadernado *El lenguaje de las flores, y el de las frutas, con algunos emblemas de las piedras y los colores... el lenguaje del pañuelo y el del abanico...* Barcelona, Damián Vilarnau, 1878. La obra de ligatoria del libro está realizada en «Las Palmas de la Gran Canaria. Imprenta y encuadernación de J. MIRANDA» (número 9).

Las románticas. Poetas de don Juan Bautista Alonso, individuo del Colegio de Abogados de Madrid. Madrid, imprenta de don Tomás Jordán, 1834, con señalados elogios recibidas por D. Eugenio de Ochoa desde las columnas de *El Artista*, en el que hace resaltar

•estos cuatro bellísimos versos, que encierran un sublime pensamiento»:

La libertad generosa,
Consuelo de nobles almas,
Que cuando vence perdona,
Que ni oprimida es esclava...

Están, como cuadra a su contenido y época, encuadernadas en tafilete negro, ruedas en frío, finamente estampadas, acreditando a D. Juan Bautista Gilabert, autor de ella. La etiqueta de su firma dice: «Almacén de papel. Taller de encuadernaciones. Libros rayados para el Comercio y Oficinas. Estuches, petacas, targeteros, & &. J. B. GILABERT. Calle Nueva, 58. Málaga.»

El Real Despacho del Título de Conde de Sánchez Ocaña de 10 abril de 1890. Manuscrito en vitela finamente miniado con bellas orlas y capitales, está encuadernado en tafilete rojo, con rica ornamentación de hierros y ruedas en oro, por Menard, del que lleva en el lomo señalado su apellido, y a la vuelta de la guarda anterior la etiqueta que dice: «Especialidad de encuadernaciones francesas, se ponen cifras, escudos y adornos en chagrín, terciopelo, & &. Se habla francés, inglés y alemán.»

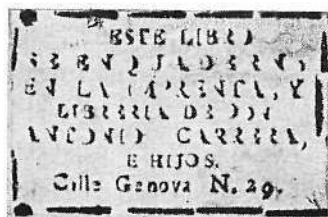
Fué D. Antonio Menard, natural de Francia, creo que de París, ejerciendo durante muchos años su profesión en Madrid (1870-1914). Hombre de ideas políticas avanzadas en los primeros años de su juventud, tomó parte directa en la Comuna de París; durante la represión del movimiento fué apresado y condenado a muerte. Ejecutado en pelotón sobre las tapias del cementerio del Padre Lachaise, tuvo la suerte de que no llegaran a herirle las balas, y haciéndose el muerto, estuvo entre un montón de cadáveres todo el día, hasta que por la noche logró huir, llegando a España después de mil peripecias.

Entró como oficial dorador en el taller de encuadernación que en Madrid tenía Miguel Ginesta, nieto del fundador de la casa, razón por la cual las encuadernaciones del último tiempo de Ginesta se confunden con las de Menard fácilmente. Al desaparecer el taller de Ginesta, en el que trabajó con Victorio Arias, éste pasó al taller

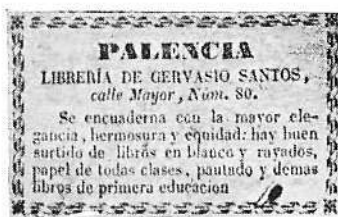
de Carlos García y Menard al de Durand, francés como él y uno de los de mayor crédito en Madrid por el año de 1880; pronto se separó de Durand y asociado con su buen amigo Arias, pusieron taller de encuadernación en la calle de Cervantes, número 15. Hombre de carácter un poco intransigente, se separó de Arias a los tres años de establecidos, quedándose solo al frente de su industria, a la que dió gran impulso y trasladó, ampliándola, al paseo del Prado, número 22 en donde alcanzó los tiempos de su mayor prosperidad; descolló, aparte del dorado en la decoración de los libros, por la preparación de ellos y su prensado, el que lograba por el uso del cilindro, lo que si bien le permitía alisar las hojas y reducir el grosor de los volúmenes, en algunas ocasiones la fuerte presión perjudicó la consistencia de las hojas. Con el transcurso de los años decayó la importancia de su taller, y retirado del ejercicio de su profesión, vivió en la calle de la Madera, número 3, piso bajo izquierda, de donde enfermo y achacoso pasó al Hospital de San Luis de los Franceses de Madrid. Falleció hacia el año 1914.

El *Almanaque religioso, astronómico, histórico y estadístico de Segovia y su provincia, dispuesto para el año 1868, dedicado a la Diputación de la provincia para utilidad de los Establecimientos de Beneficencia*. Segovia, imprenta de D. Pedro Ondero, 1867, está encuadernado en chagrín azul, con estampación de una bella plancha en *gaufre* y oro, que acredita el buen gusto del «Especial obrador de Encuadernaciones de M. ORCERO. Tudescos, 29, Madrid. Lujo, Economía, prontitud y Esmero» (número 11). Así debía ser, pero es significativo, que lo de *prontitud* lo pone con minúscula, y sería, de ser cierto todo lo consignado, el primer encuadernador *acelerado*.

«GREGORIO BATRES. Fabricante de libros rayados y en blanco. Obrador de encuadernaciones, calle de San Martín, n.º 4. Madrid», es quien acertadamente encuaderna en tafilete marrón, cantoneras de plancha e hilos en oro y en el centro escudo de armas reales de España (título grande), el *Plan general para el alumbrado marítimo de las costas y puertos de España e islas adyacentes*. Madrid, Imprenta Nacional, 1847. La obra de D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, considerados en sus principios fundamentales*. Madrid, La Publicidad, 1851, lo encuadernó Juan Pellanne, en magnífico tafilete verde con centros, cantoneras y hierros en oro, brillante



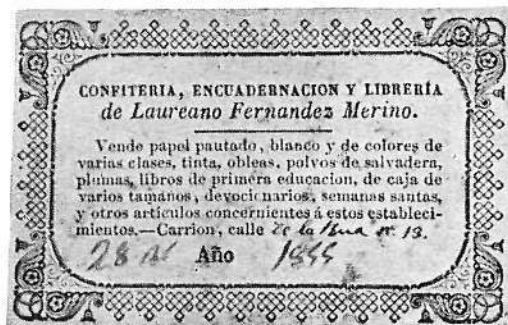
1



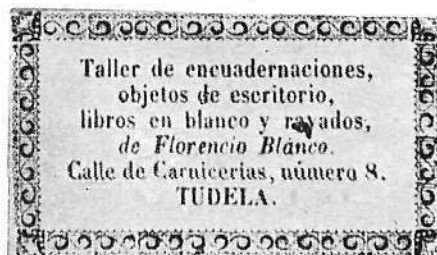
2



3



4



5



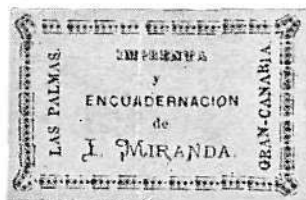
6



7



8



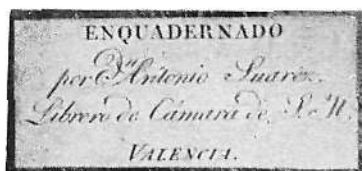
9



10



11



12

y patinado, de excelente visualidad; su etiqueta dice: «Encuadernaciones de J.^N PELLANNE. Carmen, 57 y Preciados, 44».

El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, sucesos de su vida, contados por Francisco Navarro y Ledesma. Madrid, Imprenta Alemana, 1905, está vestido en fino pergamino, con rueda en oro en las tapas, obra del taller de encuadernación de la Viuda de Ferreras; su etiqueta dice así: «Paz, 10, V.D.^A DE FERRERAS. Encuadernaciones. Madrid». Es la única que poseo y he visto que acredite a una mujer al frente de un taller de encuadernación, y aunque en el día son varias las que en el oficio trabajan como aficionadas, destaco la rareza que envuelve el caso.

En finísima vitela pintada, con delicadas ruedas en oro bellamente estampadas, articulación pronunciadísima a la romana, lomo con pequeños hierros en oro y ruedas sobre dobles tejuelos de piel marrón, está irreprochablemente encuadernado el suplemento de *El Viajero Universal*. Madrid, imprenta de Villalpando, 1801, por Vicente Beneito; su etiqueta dice: «V.^{TE} BENEITO lo encuadernó en Valencia».

El arte de la encuadernación en España, como tantas otras industrias, sufrió el régimen de los gobiernos paternales; las medidas dictadas como protectoras, tasando los precios a que habían de venderse los productos elaborados, dieron al traste con la iniciativa personal y el estímulo, que es el acicate productor de las acabadas obras de arte.

Recuérdese, entre otras disposiciones, la *Tassa de los precios a que se han de vender las mercaderías...* Madrid, Juan González, 1628, y en sus numerosas disposiciones se encontrará, traducido en reales y medios reales, el esfuerzo del encuadernador que adorna la tapa con dos hilos de oro, distinto del que pone además unas florecitas y del que anuda las cubiertas de pergamino con cintas de baldrés. Todo ello llevó a la realidad de que quienes deseaban lograr para sus libros una encuadernación no ordenancista y de decoración legalmente reglada, tuvieran que encargarla al extranjero, con el indudable daño para la industria nacional del libro y las similares que con ella cooperan.

Así lo reconoció la Real Cédula de 2 de junio de 1778, prohibiendo absolutamente la introducción en España de todos los libros encuadernados fuera de ella, a petición de los encuadernadores de

Madrid, por los considerables daños que sufrían en su arte, por traerse del extranjero «la mayor parte de los libros que en el día se gastan encuadernados, de cuyo abuso resultaba que los Encuadernadores y sus oficiales no tenían que trabajar y sentían igualmente la misma escasez de trabajo muchos Oficios que suministran materiales a los encuadernadores, atrasándose por esta causa la industria nacional; porque como no tenían los géneros consumo, abandonaban las manufacturas de Tafílete, Becerrillo, Cabritilla, Pergamino, Cartones, papel blanco y jaspeado, hilo, cuerdas y demás menudencias...»

La prohibición de importar libros encuadernados, cumplida con extraordinario rigor, comenzó bien pronto a dar sazonados frutos: Padilla, Marín y más tarde D. Antonio Sancha, hallan en la disposición protectora y su natural afición y gusto por las artes del libro, medios para que renazca en España el arte de la encuadernación, y logran bien cumplidas muestras que compiten ventajosamente con las similares del extranjero.

Si esto ocurría en Madrid, en Valencia los hermanos Beneito hacían evolucionar el arte de la encuadernación, dentro de los derroteros del arte más bellamente sentido y ejecutado. Fué Vicente Beneito y Rico discípulo de Mateo Mallen, a quien aventajó; por sus disposiciones y aciertos desempeñó el cargo de encuadernador de la Academia de San Carlos de Valencia y de la Universidad, en la que su rector D. Vicente Blasco, admirador de su arte, le entregó para encuadernar los ejemplares que dicho centro literario ofrece en la corte a los reyes y personas distinguidas. Para la Biblioteca de la Universidad valentina vistió espléndidamente las *Observaciones acerca del Reino de Valencia*, de D. José Antonio Cavanilles, y en la Nacional de Madrid existen varias encuadernaciones de las que hizo para la biblioteca del marqués de la Romana. D. Vicente Salvá dedica grandes elogios a este encuadernador, que es casi seguro quien inventó el teñido de las pieles en la forma conocida con el nombre de pasta valenciana; se distingue por la sencillez y finura de los hierros que emplea y la riqueza de las pieles que usa, las que decora empleando sus dotes de pintor de las mismas. Su hermano José trabaja asociado con su hermano político Juan Carsi y Vidal; tienen el taller en la calle de Campaneros, de Valencia, a las cuatro esquinas de dicha calle, tal vez en el mismo local que hasta su muerte ocupó Mateo Mallen, de quien continúan la tradición francesa en

el arte de la encuadernación, en la que logran obras muy interesantes, pero menos perfectas que las de Vicente Beneito. Algunas encuadernaciones de las realizadas por ellos llevan al pie del lomo sus iniciales dispuestas en forma bien curiosa: J. B. C. entrelazadas; la J, inicial del nombre de los dos cuñados; la B, del apellido Beneito, y la C, del de Carsi.

Por «El Madrileño» está encuadernada, en buen tafilete rojo, la *Contestación al Manifiesto que dió a la Nación D. José María Fuente, ex Jefe Político Superior de Galicia*, por el Dr. D. Santiago Pastoriza Taboada y Martínez, cura párroco de Santa María de Urdile. Santiago, imprenta de Juan Francisco Montero, 1822; la etiqueta dice: «EL MADRILEÑO. Obrador de Encuadernaciones. Hospicio. Coruña».

El ejemplar, que fué propiedad de D. Julián Romea, según atestigua una inscripción en la tapa, del *Catálogo de los cuadros que existen en el Museo de Pinturas establecido en el convento del Carmen de esta Capital*, 1850. Valencia, imprenta de D. Benito Monfort, está por D. Luis García encuadernado en tafilete marrón, mosaico rojo y verde, plancha central y en las cantoneras hierros en oro; en la etiqueta se lee: «Las B. B. B. Taller de Encuadernación. L. GARCÍA». El poema compuesto por D. M. Razvael, dedicado a la *Sucinta descripción en verso de los dos terremotos que sufrió la ciudad de Santiago de Cuba en los días 20 y 21 de agosto de 1852*. Madrid, Norberto Llorencí, 1852, aparece discreta y acertadamente encuadernado en tafilete rojo, con ornamentación de plancha y ruedas en oro; el autor de ella lo declara la etiqueta en estos términos: «Encuadernación de JUAN RUFART Y DEWITTE. Plaza de Sta. Ana, N.º».

Dolorosos recuerdos y pintura lastimosa que se hace en cincuenta y dos octavas del estrago que ocasionó el incendio acaecido en la Plaza Mayor de esta Corte la noche de el 16 de Agosto de este año de 1790, la escribía Aniceto Valiente, cuya lectura produce más doloroso recuerdo, pero dedicado al numen del Sr. Valiente, está encuadernado en tafilete rojo con mosaico verde central en óvalo, en el que se lee: «Soy de Isidra Rubio»; completar la ornamentación hierros y ruedas en oro, imitando el grabado de éstas las empleadas por Vicente Beneito en Valencia. Es obra de Santiago Thevín, encuadernador francés, que se estableció en Madrid; la etiqueta dice: «✠ Se halla en casa de SANTIAGO THEVÍN, Librero-Encuadernador,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

calle de Alcalá. Núm. 14, frente al Buen Suceso. Madrid». También de esta villa es la encuadernación en tafilete rojo, con ruedas en oro, y en lo mismo el escudo central coronado de la Orden carmelitana, con que está vestida la *Novena de la Sacratísima Virgen del Carmen...*, por el reverendo padre maestro fray Angel Moreno, sacristán mayor del convento del Carmen Calzado de esta Corte. Madrid, imprenta de Espinosa, 1829, y procede del «Obrador de Encuadernación de D. JUAN DE ALBA. Plaza Mayor, 28».

De pleno acierto en el dibujo y ejecución es la realizada por don Antonio Suárez para el ejemplar de *Pablo y Virginia, por Jacobo Bernardino Enrique de Saint-Pierre*. Nueva edición, adornada con seis láminas finas, a imitación de la que el autor publicó en París. Valencia, Ildelfonso Mompié, 1816, en tafilete rojo, mosaico verde y marrón de bellas tonalidades, finamente combinadas con la disposición de los hierros, y siguiendo su singular costumbre, única entre los encuadernadores españoles, es distinta la ornamentación y dibujos de cada una de las tapas del libro, alarde de depurado dibujante y de facultades artísticas no igualadas por ningún otro maestro. Su etiqueta dice: «Enquadrado por ANTONIO SUÁREZ. Librero de Cámara de S. M. Valencia» (número 12). Fué hijo del platero orfebre del mismo nombre, natural de Valencia (1748-1808), de quien aprendió el cincelado de los metales que, con las naturales modificaciones de procedimiento, empleó en las pieles de las encuadernaciones, especialmente en las llamadas de *cortina*, nacidas a impulsos de su inventiva, con amplios elementos decorativos, entre otros, el teñido de pieles con irisaciones metálicas, de las que nadie logró la fórmula de realizarlas; el teñido de las pieles que emplea en los mosaicos lo logra de manera desigual en distintos tonos, creando un modo tan especial de hacer, que en la historia de la encuadernación española D. Antonio Suárez crea un tipo especial, original y propio, que está pidiendo sea imitado para formar escuela a la que dé su nombre. Trasladada su residencia a Madrid, estableció su taller en la calle de los Abades, número 18.

Estas etiquetas, escogidas entre otras muchas, que figuran en los libros de mi biblioteca, demuestran que los españoles, en este sutil y bello arte de la encuadernación, ocuparon relevante lugar, y si en los tratados y libros que de la materia versan no ocupan el que les corresponde, es culpa de quienes olvidaron su recuerdo y los aciertos de su difícil profesión, pues conviene no olvidar que, como

acertadamente dice Juan Bonhome, «El matrimonio en los hombres, les produce los mismos efectos que la encuadernación a los libros: los completa, pero contadas veces los mejora. En cambio, una encuadernación mal hecha pierde a un buen ejemplar, como un matrimonio poco meditado inutiliza a los hombres. Y ambas cosas son de las que tienen muy difícil remedio».

VICENTE CASTAÑEDA.

EL OPERETISTA MANUEL GARCÍA EN LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE MADRID

Una de las personalidades más destacadas en las escenas líricas europeas durante los primeros decenios del siglo XIX fué Manuel del Pópulo Vicente García, cantante, compositor y padre de otros tres artistas famosos en la práctica y enseñanza del canto: Manuel (nacido en Madrid el 17 de marzo de 1805, inventor del laringoscopio, y fallecido, ya centenario, en Londres, el 1 de julio de 1906), María Malibrán y Paula Viardot. De estas cuatro personalidades dan noticias los diccionarios biográficos, y del primero se hallan diversas obras en la Biblioteca Municipal de Madrid, pues Manuel del Pópulo Vicente García actuó en los teatros madrileños bajo el doble aspecto de compositor y cantante, durante varios años, antes de abandonar nuestro país para siempre y obtener fuera de él incesantes muestras de admiración efusiva.

Tracemos brevemente su biografía. Nació Manuel García en Sevilla el 21 de enero de 1775, y falleció en París el 9 de junio de 1832. Estuvo trabajando con éxito en el Coliseo de Cádiz, y de aquí pasó a los de Madrid en 1798, con su primera mujer, Manuela de Morales, que ya había actuado en la capital, y que volvía ahora como cuarta dama de cantado. Estrena en este año su tonadilla a dúo *El majo y la maja* (cuyo texto musical, por cierto muy amplio y muy típico, publiqué en el tercer volumen de mi obra *La tonadilla escénica*). Aunque ocupa García entonces un lugar secundario, bien pronto Madrid reconoció sus méritos, y ascendió rápidamente, produciendo algunas operetas que él mismo representaba con habilidad superior. Abandona nuestro país por las causas que al por menor expone don

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Emilio Cotarelo en su obra *Isidoro Máiquez*, e instalado en París el año 1808, obtiene al punto una reputación mundial, no sólo como cantante de ópera, sino también como productor de este género de composiciones, ascendiendo a diez y ocho las que tienen texto español, y a veintiuna y ocho, respectivamente, las compuestas sobre libretos italianos y franceses, sin contar otras obras, como tonadillas, bailes e incluso una cantata, según informan sus biógrafos.

Una de esas expresiones que, en desacuerdo con la verdad histórica, adquieren rápida fortuna y feliz arraigo, dice, con respecto a Manuel García, que fué «el último tonadillero», cuando lo positivo es que tal denominación le cuadra, mejor que a nadie, al veterano compositor D. Blas de Laserna, y así lo designó con plausible acierto Julio Gómez en la extensa biografía que este musicógrafo dedicara al referido artista navarro en la REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid (años 1925 y 1926). En cambio, el título que en nuestro país merece con justicia indiscutible Manuel García es el de «el primer operetista». Claro que la tonadilla venía brillando como producto netamente nacional, en tanto que la opereta constituía un artículo de importación; mas en todo caso, García cultivó este género de composiciones introduciendo en él páginas netamente folklóricas de un andalucismo impecable, aunque, por lo demás, no lograrse nacionalizar la opereta. Procedente ésta de Francia, llegó a nuestro país, con libretos vertidos a nuestro idioma, cuando la tonadilla se hallaba en franca decadencia y la zarzuela parecía olvidada o poco menos. Su prosperidad no fué muy grande, pero el público la soportaba, sin embargo, «debido principalmente a la esmerada ejecución con que en el teatro de los Caños la ofrecen el famoso tenor Manuel García, secundado por las dos hermanas Lorenza y Laureana Correa, las dos Briones, María López, la Michelet, Rosario García y otros varios», como dice Cotarelo y Mori en el prólogo de la citada obra.

Hemos visto que García debutó en Madrid como cantante tonadillero el año 1798. Al siguiente año obtiene un ascenso y se le confían empresas de mayor fuste, como lo eran las de interpretar óperas, iniciando este nuevo aspecto el 1 de mayo, con la *Nina*, de Paisiello. Con él cantaron entonces esta obra Antonia de Prado (la esposa de Máiquez), Vicenta Laporta y Vicente Sánchez, conocido por *Camas*. Muy pocos meses antes, García había obtenido un éxito de primera

magnitud cantando oratorios sacros en el teatro de la Cruz durante la cuaresma.

En ese año de 1799 se crea la Junta de reforma de teatros, cuya tempestuosa existencia y catastrófico final referí al por mayor en las páginas de esta misma REVISTA (número de enero de 1932). La Junta prohíbe por centenares las comedias españolas, alcanzando la censura a las más famosas de Calderón, Tirso, Rojas, Ruiz de Alarcón y Diamante; y en su lugar representa obras nuevas que son rechazadas por el público, o traducciones del francés que, según ha referido Moratín —el presidente de aquella Junta—, necesitaban traducción a su vez. Y es desde entonces cuando la opereta francesa cobra fugaz arraigo e inspira imitaciones en Madrid. El 9 de julio de 1801 se estrena la opereta en un acto *La casa en venta*, con libreto de Alejandro Duval y música de Nicolás Dalayrac, teniendo mucho éxito la traducción de D. Félix Enciso Castrillón, a la cual hubieron de seguir otras traducciones o arreglos de obras muy aplaudidas en París. Caída la Junta de reforma en enero de 1802, y confiadas las representaciones de los tres coliseos madrileños —Príncipe, Cruz y Caños— al empresario Melchor Ronzi, que había sido violinista y director de orquesta en los Caños, éste obtuvo nuevamente el concurso de Manuel García, quien excluido de nómina por la Junta de reforma, había cantado en Málaga, mientras Máiquez lo hacía a veces en Madrid, compartiendo este aspecto de su actividad artística con el que tanta gloria le diera en la declamación.

El 16 de septiembre de 1802 se estrena la opereta en un acto, con música de Manuel García, titulada *El seductor arrepentido*, de la que dice Cotarelo: «La obra es francesa; primero estuvo en dos actos como drama, y de esta versión con supresiones y atajos se hizo la opereta en uno. La pieza es mediana, llorona y algo cursi. También se imprimió, traducida en tres actos y en prosa, por D. Antonio Marqués y Espejo, en Valencia, 1819, 8.º, 61 págs., con el título *La filantropía o la reparación de un delito*. Esta traducción es todavía peor que las anteriores. Marqués cambió los nombres y el lugar de la acción, que puso en España.» Transcribimos este juicio para que se adviertan la insignificante personalidad y el menguado valor literario de las operetas, puesto que, bajo esa doble faz, *El seductor arrepentido* no es precisamente una excepción. En el reparto el papel de protagonista correspondió a Manuel García, como era natural;

y con él colaboraron en la representación la Briones, Laureana Correa, Cristiani y otros.

El 25 de septiembre de ese mismo año de 1802 se representó otra obra del mismo García, con el título *El reloj de madera*, cuyo libreto y música se hallan, manuscritos, en la Biblioteca Municipal. Trátase de una opereta, como consigna Fétis, y no de una tonadilla, aunque así lo ha dicho Pedrell. El libreto que conserva la Biblioteca Municipal tiene el título *El reloj de palo*; pero esta última palabra está superpuesta sobre la palabra *madera*. Y contiene, además, las correspondientes censuras, fechadas en septiembre de aquel año. El vicario eclesiástico dió licencia para que «la antecedente ópera en un acto titulada *El reloj de madera* se pueda representar». Y el censor de los teatros públicos de Madrid, D. Santos Díez González, no halló reparo en que se representase «la adjunta pieza en un acto intitulada *El reloj de madera*». Así, pues, mientras el primero de dichos censores consideraba que aquella producción era una ópera, el otro la calificó con el nombre genérico de «pieza», tal vez viendo en ella una «pieza de música», según denominación por entonces usual para calificar algunas producciones que no eran declamadas tan sólo, sino cantadas también.

La escena de esta obrita se desarrollaba en un pueblo de la raya de Francia, representando un aposento de una casa rural. «A la izquierda, un gran reloj de palo, con una caja en la cual debe haber una persona», según advierte el libreto. En ese reloj se esconde un soldado francés, huído tras una batalla entre españoles y franceses; pero una torpeza suya lo delata, y cuando se halla en trance peligrosísimo, por habérsele descubierto, llega la noticia de haberse concertado una tregua entre los ejércitos beligerantes. En el texto literario hemos espigado algunas frases no exentas de interés. Un viejo soldado inválido declara que de los hechos de armas sacó honor, lo cual es una «excelente letra de cambio que la posteridad pagará a la vista», y también afirma textualmente que «la devoción y el dinero pocas veces son compatibles con mi profesión». Su esposa censura el proceder del inválido consorte, pues «estos militares ancianos todo el ardor lo tienen por la gloria; pero por el amor, nada». Al aparecer un criado, «sale tocando el aire del Malbruik (sic., por Malborough o Mambrú), que la orquesta tocará piano». Asoman en este libreto algunos galicismos, como «la péndula» del reloj, en vez de «el pén-

dulo». Los números musicales tienen textos literarios ajenos al espíritu predominante en las tonadillas de las anteriores décadas. Las mismas formas métricas, con predominio de versos eneasílabos, acreditan el alejamiento voluntario de una tradición que estaba extinguiéndose a la sazón.

La obra comienza con un dúo. En la escena cuarta, cantaba una vecina sentenciosamente contra la vida matrimonial. Las «coplitas» entonadas por el criado en la escena séptima, ofrecen un mustio reflejo de aquellas «coplas» satíricas caracterizadas por su vivacidad en el caudal tonadillesco:

Ningún ladrón hay en España.
Los desterró la integridad.
El mercader perdió su maña,
y el alguacil su iniquidad.
El vendedor no sisa nada.
Da el tahonero el pan cabal.
La probidad está entablada.
Si alguno roba, no es para mal.

Además el libretista introdujo sendas canciones en las escenas octava y duodécima, así como también un quinteto en la quince. Después de un parlante, el soldado descubierto canta una letra angustiosa. Y la obra termina con un himno a la paz, cuyos últimos versos dicen así:

Ya la paz consoladora
nos mostró la verde oliva.
¡Viva España! ¡Viva Francia
en feliz eterna unión!

Carmena y Millán cita esta opereta de García entre las representadas en 1803, pero omite su mención al dar la lista de las funciones correspondientes al año en que se la había estrenado.

En el otoño de 1802 canta Manuel García, entre otras producciones, la ópera en dos actos *Las tramas burladas*, con música de

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Cimarosa, y la opereta para dos personajes *El capítulo segundo*, con música de Solié, sobre un libreto de Manuel Dupaty, cuyo original francés databa de 1799 y cuya versión española se calificó entonces como «comedia en un acto y en prosa, intermediada de música». En esta representación colaboró con García la gran Laureana Correa.

En ese mismo otoño se estrena la «opereta en prosa en un acto» (como dice la portada del «primer apunte» existente en la Biblioteca Municipal) titulada *Quien porfia mucho, alcanza*. Ello acaeció el 12 de noviembre. Y la misma obra, según expone la portada del referido apunte, se representó el 5 de mayo de 1803 y el 7 de abril de 1804. Carmena y Millán manifiesta que dicha producción se representó el 4 de febrero de 1803. *Quien porfia mucho, alcanza* tiene un asunto amoroso, desarrollándose la acción en un castillo, del cual era alcaide un capitán. ¿Quién escribió la música? El mismo Manuel García, que habría de interpretar con tanto éxito esta obra repetidas veces. ¿Y quién escribió el libreto? Lo ignoramos, aunque bien pudiera ser el desconocido traductor de *El reloj de madera*. Compárense las semejanzas formales de algunos versos citados anteriormente con las del primer número musical de esta obra, que es una opereta, y no una tonadilla, aunque así lo proclamara Pedrell extraviadamente. Este número dice como sigue:

Hoy la esquivéz de las doncellas,
 más que esquivéz, es vanidad;
 pero el porqué lo callan ellas
 bajo el color de honestidad.
 Son muy taimadas y muy astutas.
 Todo su anhelo es engañar.
 Yo las comprendo y no hago caso
 porque conviene disimular.
 Conozco yo a una señorita
 que no se sabe santiguar;
 pero hacer señas y dar citas,
 lo sabe hacer con propiedad.
 ¡A qué buen tiempo hemos llegado!
 ¡Padres y madres, no descuidar!
 Yo sé un remedio, mas no lo digo,
 porque conviene disimular.

El segundo número es un dúo de la señorita y la criada, donde hay versos sumamente prosaicos. En el tercer número, el cadete, entre bastidores, canta una estrofa. Otro número musical, a cargo de la criada, comienza así:

Cuando es necesario
soy tan reservada,
que no soy criada
en mi proceder.

Es un terceto el número siguiente. Tras él viene otro, cantado con acompañamiento de guitarra, que es una copla de tirana con su estribillo. «No olvidó García colocar en dicha obra unas seguidillas suyas, que cantó, acompañadas por él mismo a la guitarra, las cuales creo que aún hoy gustarían mucho», según expuso en *Gaceta Musical* (1856) D. José Álvarez García, con referencia a esta producción, de la cual dijo, por cierto, que era una opereta, y la primera opereta de Manuel García, aunque está comprobado que cuando la compuso ya había estrenado otras dos.

Los restantes números de *Quien mucho porfía, alcanza* son un dúo, un cuarteto, una canción a solo y un número denominado «Coro final», si bien se trata de un concertante, pues sólo intervenían en el mismo los cuatro personajes de la obra. Su letra dice:

Hija. Cuando menos se pensaba,
entre dichas y favores,
goza ya de mis amores
por una casualidad.
Todos. Quien porfía mucho, alcanza,
aunque sea necesidad.

A continuación el cadete repetía los versos que antes había cantado la hija: «Cuando menos se pensaba...», y en seguida «Todos» repetían el estribillo «Quien porfía mucho, alcanza».

Esta obra tuvo el siguiente reparto: *Cadete*, Manuel García; *Capitán*, Cristiani; *Su Hija*, Laureana Correa; *Criada*, señora Briones.

En los meses sucesivos, Manuel García siguió representando óperas y operetas extranjeras, alternando con ellas otras operetas más para las cuales escribió él mismo la música. Entre aquellas recordaremos *Elisa o el viaje al monte de San Bernardo*, con música de Cherubini. Estrenada esta obra el 10 de febrero de 1803, sólo obtuvo dos representaciones, pues desagradó al público.

Al inaugurarse el año teatral de 1803 el domingo de Pascua de Resurrección, 10 de abril, se representó en los Caños, tras el *Otelo*, a cargo de Máiquez, la opereta *El preso*, a cargo de Manuel García. Eran entonces estos artistas los intérpretes más destacados de la compañía teatral, distinguiéndose aquél tanto en la declamación como éste en el canto. Bajo el título *El preso* existen varias obras en la Biblioteca Municipal. Una de ellas, titulada *El preso o el parecido*, es una ópera en un acto, impresa en 1800. Como se la había traducido del francés, agregándosele unos versos para que se los cantase, por este motivo fué calificada entonces como pieza «en un acto intermediado de música». Sobre la firma de Eugenio de Tapia, su traductor, declara el correspondiente libreto que «esta letra no es a la que Manuel García puso música». Y, cosa curiosa, más adelante, en 1805, el mismo Manuel García hubo de poner música también a otra producción titulada asimismo *El preso*, la cual fué calificada como «unipersonal en un acto», según veremos más adelante.

Aunque escrita en 1802, no se estrenó hasta el 30 de mayo de 1803 otra opereta, vertida del francés por D. F. D. P. M., con el título *El luto fingido*. Era una pieza en un acto y en prosa, cuya letra y música guarda la Biblioteca Municipal. La portada la califica de «comedia», pero sobre esta palabra se superpuso la palabra «ópera». Sin embargo, el vicario eclesiástico la denominaba «comedia» al dar la correspondiente licencia para la representación. Por otra parte, el censor general por S. M. de los teatros, D. Santos Díez González, la consideraba como «zarzuela», pues escribió: «He examinado la adjunta zarzuela en un acto... y me parece que puede cantarse.» Por cierto que esta última palabra se superpuso sobre la palabra «representarse», la cual está en parte borrada. Hállanse acotados algunos trozos del manuscrito, y sobre ellos se lee en grandes caracteres caligráficos: «Canta» o «Cantan». En la misma Biblioteca existe además otro ejemplar completo, que incluye los cantables. ¿Quién puso la música a *El luto fingido* en esta versión castellana? D. Emilio Co-

tarelo sospecha que fué el mismo García. La obra consta de siete números musicales, cuyo estilo poético recuerda algo el de las operetas citadas anteriormente. Así, por ejemplo, en el segundo número la criada canta:

Pues bien, no más temor.
Veréis mi diligencia.
Confiad en mi saber
y en mi gran experiencia.
Yo sé, yo sé burlar,
un viejo engañar,
engañar un tutor,
y yo haré que por mí,
por mí logréis su amor.

El coro final es un número de despedida, con versos de nueve y diez sílabas, repartidos simétricamente, donde se glosa el clásico «Perdonad sus muchas faltas».

No tarda Manuel García en producir una opereta, que habría de tener celebridad, y en la cual introdujo un «polo» que todavía hoy se puede oír en los conciertos de música seria como expresión genuina de arte popular español. *El criado fingido*, que es así como se titula esta opereta, fué sometida a la censura en enero de 1804, con motivo de su estreno, debiendo sufrir otra nueva revisión censoria en abril de 1815, como lo acredita el manuscrito existente en la Biblioteca Municipal. También en este caso, como en otros ya citados, surgieron vacilaciones y contradicciones al pretender fijar el carácter genérico de la nueva producción. Según la portada del manuscrito, es *El criado fingido* una «ópera en prosa en un acto». También la denominaba ópera el censor eclesiástico en 1804; pero a continuación el censor político, que era el famoso D. Santos Díez González, la calificaba de «zarzuela». No fueron tan severos ambos censores como habría de serlo un colega suyo once años más tarde, pues en 1815 se prohíben unas frases puestas en boca de un personaje. Decía éste «que se había casado dos meses antes de concluir el estudio de la gramática y que en diez y nueve años de matrimonio no logró acabar ese estudio»; pero tal afirmación debió de parecer

ahora peligrosa, por cuanto fué suprimida. *El criado fingido* volvió a representarse en 1832, según se deduce por el reparto correspondiente a este año, que figura en el citado manuscrito. También nos es desconocido el nombre de su libretista. Este proporcionó al compositor materias de lucimiento, pues entre los números existen diversas arias, dúos, un «terceto» y un «sexteto», más el inevitable «coro final», que era un concertante y no un coro precisamente. Cierta número, rotulado «coplas», representa, por su falta de gracia, la antítesis más absoluta con las «coplas» del género tonadillesco, pues dice lo que aquí transcribimos en parte:

La condición de las mujeres
es muy extraña en verdad.
La solterita se incomoda
cuando de bodas oye hablar
y la casada sólo siente
haber sentido su mocedad...
¿En qué consiste?
(*Hablado.*) No lo entiendo.
(*Cantado.*) No la sabemos contentar.

El «polo» tan popular de esta opereta forma parte de una escena donde el protagonista refiere sus aventuras, y cuyo texto íntegro, en parte declamado, en parte acompañado con la orquesta y en parte acompañado por la guitarra, comienza con un «aria» a la que sigue un «recitado», y con éste empalman las «coplas» (es decir, el «polo»), terminando todo ello con otras tres estrofas más. La letra del «polo» dice así:

Coplas (las del polo)

Cuerpo güeno, alma gitana
que de fatigas me llenas;
despierta si estás dormía,
y explícame aquellas señas.
Mira que si no me muero
la pena negra me acaba,

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

y con sólo ver tus clisos,
 mi dolencia se aliviara.
 ¡Ay, ay, mi morenal
 ¡Ay, ay! ¿A qué aguardas?¹

Termina esta obra con un «coro final» o concertante, cuyo molde métrico sigue normas usuales a la sazón.

Carmena y Millán no menciona *El criado fingido* en la lista de las siete óperas españolas (incluyéndose bajo esta denominación las operetas) que se habían cantado durante el año 1804.

En 27 de julio de este mismo año solicitó Manuel García, a la sazón «Director de música del teatro de los Caños», permiso para dar algunas funciones en Cádiz, con su mujer y otros cantantes, durante el disfrute de la licencia ya concedida y que habría de extenderse desde el 15 de agosto al 30 de septiembre. Durante este año teatral se estrenaron, con texto vertido al español, varias operetas cuya música iba firmada por Isouard, Bertón y Dalayrac.

Cuando se aproximaba el año teatral 1805, negóse García a firmar su contrato como miembro de la compañía organizada por la Superioridad para que actuase en el coliseo de la Cruz, y con tal motivo fué encarcelado, mas bien pronto recobró la libertad y pisó de nuevo la escena. Representó entonces varias operetas nuevas, entre ellas una, con música de Méhul, que se titulaba en su versión española *El tesoro fingido o los peligros de la curiosidad indiscreta*, y otra cuya música había compuesto él mismo, a saber, *El poeta calculista*. Esta última se estrenó el 28 de abril, según Cotarelo, o el 29 de abril, según informa Carmena y Millán, y conserva su celebridad aún, por hallarse en ella el famoso «polo» del «Contrabandista», que todavía se canta hoy y que ha sido llevado a diversas producciones por muy variados autores, incluso en nuestros días. Eduardo Ocón insertó en su obra *Cantos de España* este polo de García.

Habiéndosele concedido a García licencia para trabajar en el lugar que eligiese, fué por aquellos meses a Zaragoza. Pidió que se

¹ En mi biblioteca poseo un papel manuscrito con la música de este polo para *forte piano*, cuya letra es una variante de la existente en el libreto de la Biblioteca Municipal.

le entregasen copias de varias óperas y operetas, y obtuvo, tras algunos contratiempos, las de *Una travesura* y de *El poeta calculista*.

También se estrenó en ese mismo año teatral de 1805-1806, y según Carmena y Millán ello sucedió el 1 de enero de 1806, el «unipersonal nuevo en verso y música» (según la calificación que aparece en un libreto manuscrito de la Biblioteca Municipal), titulado *El preso*. Otro manuscrito de la misma obra, existente asimismo en dicha Biblioteca, titula esta obra *El prisionero por amor*. Este unipersonal fué escrito para el Sr. M. G., es decir, para Manuel García, quien lo representó, después de haberle puesto música, según lo atestigua un recibo fechado en Madrid el 10 de enero de 1806, habiendo percibido por la composición musical de la obra 500 reales vellón. *El preso* había sido objeto ya de varias versiones literariomusicales, y una de ellas, en 1800, con música del compositor D. Pablo del Moral. En la versión de García, pasó el libreto por la censura de D. Casiano Pellicer —hijo del ilustrador del *Quijote*—, que había obtenido ese cargo al fallecer D. Santos Díez González en julio de 1804. Y D. Casiano expuso literalmente: «Como Censor general de teatros nombrado por S. M., he reconocido este drama-unipersonal, intitulado: *El preso*, y he visto que por no contener cosa absurda, ni que se oponga a las leyes del reyno, ni a las buenas costumbres, puede representarse en los teatros; omitiendo precisamente lo rayado por mí y precediendo indispensablemente la licencia del Ilmo. Sr. Gobernador Interino del Consejo. Madrid y Octubre 10 de 1805.»

No es *El preso* precisamente un «melólogo», es decir, una de aquellas obras en que la música, exclusivamente instrumental, se limitaba a comentar las situaciones, sino una opereta para un solo personaje, el cual intercalaba en su discurso diversas canciones. También *El preso* difiere por su métrica de los melólogos, pues éstos utilizaban el endecasílabo con exclusión de cualquier otra medida, en tanto que aquí predomina el octosílabo romanceado, incluyéndose, además, algunos fragmentos epistolares escritos en prosa. Comienza la obra con una «sinfonía» y tiene varias veces «música de descanso», como era usual en los melólogos. Entre las piezas vocales se ven, «recitado y aria grande», coplas, un himno y un final. A semejanza de lo usual en las operetas anteriores, las «coplas» están construidas sobre versos de nueve sílabas, y la primera dice así:

En el estado en que me veo
todo es sentir, todo es penar.
Jamás se logra mi deseo.
¡Oh, qué tormento tan fatal!
Ni de mi amada la hermosura
yo tengo el gusto de mirar.
Aquesto sí que a una locura
al fin, al fin me ha de llevar.

Los primeros versos del «himno» son como sigue:

¡Oh, amor, amor! ¡Cuánto discurre!
A tu poder nada se opone.
Ni la prisión ni la ausencia
pudieron impedir tu presencia.

Y en los versos siguientes la métrica irregular hace suponer que se quiso amoldar el texto literario a una música trazada previamente. Como en otras obras de García, introdúcese aquí un número con acompañamiento de guitarra, para que pudiera lucirse este músico bajo el doble aspecto de intérprete y cantante. La letra del referido número está vaciada en un molde octosílabo, y su última estrofa recuerda la intención satírica del género tonadillesco.

Otro aspecto curioso de esta obra es el relacionado con la coreografía, pues cita el actor en su monólogo varios bailes, marcando los pasos correspondientes, y entretanto —según declara el manuscrito—, «la música deberá ir tomando los diferentes aires que requieren los bailes que citan las letras». Esos bailes son contradanza, minuet, «minuet afandangado» y alemanda. Con todo ello quiere el prisionero mitigar el dolor de su soledad, aunque en realidad todo esto fué inspirado por el propósito de introducir unos diseños coreográficos para evitar la fatiga de tan extenso monólogo.

En diciembre de 1805 se estrenó otra opereta de Manuel García con el título *El cautiverio aparente*. Ello acaeció el día 14, según Cotarelo y Mori, mas según Carmena y Millán, el estreno se verificó cinco días más tarde. Si hemos de creer a la portada del libreto ma-

nuscrito, conservado en la Biblioteca Municipal, se trata de una «ópera original, en verso, en un acto», sin que figure el nombre del libretista. La música, existente, como la de otras anteriormente citadas, en la misma Biblioteca, tiene partichelas de violines, violas, flautas, oboes (*sic*), clarinetes, trompa, fagotes, timbales y bajo, además de las partes de canto. Por la composición de esta opereta obtuvo García quinientos reales, según recibo firmado el 22 de diciembre de dicho año. Con Manuel García colaboraron en la representación María López, la Briones, Cristiani, Justo Mas y otros. La música tiene un coro inaugural, canciones, recitados, arias, un dúo, un terceto, una «pieza concertante» y una «Pieza grande, Final». El número introductivo requería tamboril y pandereta con «música alegre», en tanto que el coro cantaba:

Tocar, tocar. — Bailar, brindar.
Comer, saltar. — Llevad compás.
Cantad, cantad. — Bien va, bien va.
Contento tal — no tiene igual.

También se organiza allí un festejo en el que habría su «zalame-laja, alcuz, cuz, guir, guir, gar, gar, gar», como dice un criado, para poner a tono el espectáculo, puesto que la trama se hacía a base de un rapto efectuado por fingidos cosarios argelinos. El número posterior introduce canto y baile sobre la letra «guir, guir, gar, gar, gar», e imitaciones onomatopéyicas del «tambor», «pandereta» y «vandolf» o «pitillos», con la particularidad de que el final primitivo fué sustituido por otro. Los últimos versos, cantados por todos, recuerdan los del número final en las tonadillas escénicas correspondientes al último decenio del siglo anterior.

Manuel García estrena el 12 de agosto de 1806 una «ópera nueva en un acto», según la denominación acogida en la portada del libreto manuscrito existente en la Biblioteca Municipal. Titulábase *Los lacónicos o la trampa descubierta*. El libreto, escrito en prosa, es de Enciso, pero no se menciona al autor de la música. Su lectura inspiró contradictorias opiniones a las personas encargadas del dictamen, pues si el censor eclesiástico vió en ella una «ópera», se trataba de una «opereta» según el censor político, cargo que a la sazón

desempeñaba el poeta D. Manuel José Quintana, porque Pellicer había fallecido el 1 de febrero de aquel mismo año. Dicha Biblioteca tiene, además, el correspondiente guión con los versos cantables, bajo el epígrafe «Parte de la música de la opereta *Los lacónicos o la trampa descubierta*». De modo que el desacuerdo mostrado por los censores es análogo a la divergencia manifestada también entre el libreto, donde se consideraba «ópera» a la nueva producción, y el guión para el canto, donde se la consideraba «opereta.» En la lista de personas figuraban Don Carlos y los criados, con la siguiente indicación marginal: «Estos, si se quiere, pueden cantar el final, pero si no, no hace falta.» La obra tenía canciones, coplas, un cuarteto y un «coro» epilogal. El primer número, que es una canción de enamorado, comienza así:

Amor, en estas dudas,
será mi norte, mi consuelo y guía.
En su favor mi pecho se confía.
¡Mas ah, cuán necio soy, si a él me entrego!
¡Muy mala guía es un niño ciego!

Para festejar el nombramiento de almirante con que habían favorecido a Godoy, los dos teatros madrileños hicieron sendas funciones de gala, en los días 18 y 19 de enero de 1807, estrenándose entonces otra opereta con música de Manuel García, bajo el título *Los ripios del maestro Adán*. Era el libreto una traducción, hecha por Enciso, de *Les chevilles de Maître Adam*. La obra está en prosa, excepto los cantables, y tanto el manuscrito literario como el musical se hallan en la Biblioteca Municipal de Madrid. La representó Manuel García con el concurso de Laureana Correa, la Briones, Cristiani y otros cantantes. Y, como en obras anteriores, introdujo también aquí García una canción que se acompañaba con la guitarra. Esta canción era una trova amorosa desprovista de toda intención picaresca, pues dice así:

Al instante que la aurora
nos anuncia el claro día,
mi cariño, amada mía,
voy al punto a renovar.
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

Es en vano que la aurora
nos ostente sus colores,
pues los tuyos son mejores
y mayor es tu beldad.

Tal melodía, según la ficción del libreto, había sido compuesta por el padre del enamorado galán, pero con otra letra de carácter báquico, y no amoroso, que el vejete cantaba a continuación para poner las cosas en su punto, mientras empuñaba una botella. La primitiva letra, según esta rectificación de carácter cómico, era la siguiente:

Al instante que la aurora
nos anuncia el nuevo día,
la botella, amada mía,
voy al punto a visitar.

Tiene esta opereta números musicales a sólo y para varias voces, entre ellos un sexteto, donde cada uno de los personajes cantaba de acuerdo con su propia situación, y otro sexteto final de carácter epitalámico.

Los rípios del maestro Adán fué la última opereta compuesta en España por Manuel García. En ella, como en otras anteriores, el libreto estaba desprovisto de todo carácter hispánico, y por otra parte, las poesías correspondientes debían de ofrecer grandes dificultades para ser puestas en música, dado no sólo el empleo de metros ajenos al espíritu tradicional (rico en seguidillas y octosílabos), sino también el prosaísmo de los vates que suministraban esos textos literarios (1).

¹ Cuando corrijo las pruebas del presente artículo llega a mis manos una carta que me dirige desde Barcelona D. Alfonso Par, autor de la erudita obra en dos volúmenes publicada recientemente bajo el título *Shakespeare en la literatura española*, quien, además, prepara otro estudio complementario del referido, bajo el epígrafe *Representaciones shakespearianas en España*. Y esa carta encierra una sugestión, relacionada con Manuel García bajo su aspecto de operetista, que juzgo discreto reproducir literalmente.

Díceme así el Sr. Par en dicha carta: «El célebre tenor, profesor y compositor Manuel (del Populo-Vicente) García —el padre de la Malibrán— estrenó en Madrid una opereta llamada *Romeo y Julieta*. Existe el texto de la parte recitada en la Biblioteca Municipal de ésta; yo tengo fotocopias. No existe ahí la partitura; supongo el porqué, como verá. Ha sido imposible hallar fecha alguna de la representación, en periódico ni documento;

Pocas semanas después, con motivo de la cuaresma, se cerraron los teatros, según costumbre, y, según costumbre también, se cantaron entonces algunos oratorios, entre ellos el titulado *Jerusalén destruida por Nabuco*, que era un drama sacro en tres actos, con música del advenedizo José María Francesconi. Se había estrenado el 5 de marzo del año anterior por María López—esposa de este Francesconi y excelentísima tiple, a quien debió su marido el alto puesto que bien pronto ocupara, aunque no por largo tiempo, en la vida musical madrileña—, Manuel García y otros. Y el 23 de febrero de 1807 se repitió este mismo oratorio con el concurso de Manuel García, siendo esa obra española de un compositor italiano la última producción que en hispánico suelo cantara Manuel García, pues en seguida se puso o se fingió enfermo, y antes de que comenzase el nuevo año teatral, coincidiendo con la Pascua de Resurrección, abandonó Madrid para siempre.

Camino de Francia, detúvose Manuel García en Valladolid para dar algunas representaciones, según se deduce por un documento del Archivo Municipal de dicha población, que D. Narciso Alonso Cortés copia en su libro *El teatro en Valladolid*, editado en 1923. Por ese documento se ve que el marqués de Fuente-Hijar había oficiado al corregidor de Valladolid respecto a la queja formulada por el empresario Francisco Alonso, quien manifestaba que el cantor Manuel García tenía mayor asignación de la acostumbrada, con

pero tal falta no es insólita. Estoy seguro de que se cantó, porque el reparto se aviene con una de las compañías de un año determinado, y he logrado por la participación de un actor de la otra compañía el fijar el mes en que sólo pudo, y, en consecuencia, debió ser representada.

»Ahora bien, en 1826 García representó en New-York un *Romeo y Julieta* de su composición. Concluyo de ello que la ópera representada en Madrid era la misma representada en New-York, o sea que fué compuesta por el mismo García. Por esto la partitura no está en Madrid y en cambio está el texto que no necesitaba, pues García la cantó en América en italiano, como lo habría también hecho ahí, si las óperas en dicha lengua no hubiesen sido prohibidas. ¿Qué le parece de mis inducciones? ¿Sabe V. por casualidad algo de García y de su *Romeo*? Por supuesto, he pedido datos a un mi amigo de New-York.»

Estos datos que debo al Sr. Par y que confío amplíe con su concienzudo espíritu de investigador, tienen interés más que suficiente para que desde ahora, y como anuncio anticipado de una pesquisa histórica en marcha, los consigne en un artículo destinado a presentar la personalidad del gran Manuel García desde esa faceta de operetista por la que, después de cerca de siglo y medio, está casi olvidado, y no lo está en absoluto merced a sus populares «polos» de *El criado fingido* y *El poeta calculista*, es decir, merced a dos piezas de raigambre folklórica que imprimen un sello peculiar dentro de una manifiesta impersonalidad nacionalista.

- llo y Belén, núms. 12 ant. y 18 mod., manzana 326 (1810-1852), XXIX.
- 124.—Casa, calle de la Sal, con vuelta a la de Postas, números 10 ant. y 42 mod., manzana 195 (1848), XXIX.
- 125.—Casa, calle del Siete de Julio, núm. 24 ant., manzana 193 (1828), XXIX.
- 126.—Casa, calle del Siete de Julio, núm. 23 ant., manzana 193 (1829-1866), XXIX.
- 127.—Casa, calle del Sordo, números 6 ant. y 27 mod., manzana 271 (1852), XXIX.
- 128.—Casa, calle de las Tabernillas, núm. 11 mod., manzana 105 (1590-1860), XXIX.
- 129.—Casa, calle de Toledo, números 1 ant. y 139 mod., manzana 100 (1859-1861), XXIX.
- 130.—Casa, calle de Toledo, números 21 ant. y 143 mod., manzana 100 (1827-1867), XXIX.
- 131.—Casa, calle de Toledo, número 172, llamada de Pabellones, manzana 113 (1670-1885), XXX.
- 132.—Casa, calle de Toledo, número 174 mod. (1827-1861), XXX.
- 133.—Casa, calle de Toledo, números 10, 11 y 12 ants., esquina a la de la Arganzuela (1814), XXX.
- 134.—Casa, calle de las Tres Cruces y plazuela del Carmen, núm. 26 ant. (1821), XXX.
- 135.—Casa, calle de Tudescos, núm. 11 ant. (1777-1781), XXX.
- 136.—Casa, Cuesta de la Vega, núms. 6 ant. y 4 mod. (1864/5), XXX.
- 137.—Casa, mitad del solar de la Cuesta de la Vega, números 4 ant. y 3 mod. (1864), XXX.
- 138.—Casa-botillería de la Florida, Puerta de San Vicente (1723), XXX.
- 139.—Casa, calle del Viento, números 3 ant. 5 y mod., con vuelta a la de los Autores (1864-1870), XXX.
- 140.—Casa, travesía de las Vistillas, núms. 6, 7, 8 y 9 ants., y 6 mod. (1864), XXX.
- 141.—Casa, travesía de las Vistillas, núms. 10 y 11 ants. y 8 y 10 mods. (1863), XXX.
- 142.—Casa, camino de Yeseros, núm. 1 (≈ 1861-1864), XXX.
- 143.—Casa, camino de Yeseros, afueras de la Puerta de Atocha (1856/7), XXX.
- 144.—Casa, calle de Yeseros, números 3 ant. y 4 mod. (1865-1869), XXX.
- 145.—Casa, camino de Yeseros, afueras de la Puerta de Atocha (1856/8), XXX.

- 146.—Casa, calle del Conde Duque, núms. 10 ant. y 32 mod. (1870-1885), XXX.
- 147.—Casa, afueras de la Puerta de Atocha, núm. 5, camino de los Campos Santos (1862), XXX.
- 148.—Casa, calle de Isabel la Católica, núm. 26 (1867), XXX.
- 149.—Casa, calle de Preciados, núms. 17 ant. y 47 moderno, manzana 396 (1865-1872), XXX.
- 150.—Casa, calle de Preciados, núms. 86 mod. y 35 ant., manzana 379 (1866), XXX.
- 151.—Casa, calle de Preciados, núms. 51 y 53 (1866/8), XXX.
- 152.—Casa, calle de Juanelo, números 10 ant. y 1 mod., manzana 55 (1873), XXX.
- 153.—Casa, calle del Saúco, número 14 mod., antes 6 moderno y también 4 y 5 antiguos, manzana 286 (1873), XXX.
- 154.—Casa, calle de la Cabeza, núms. 7 ant. y 3 mod., manzana 413 (1878), XXX.
- 155.—Casa, calle de la Morería, núms. 12 ant., 22 mod. y 12 novísimo, manzana 139 (1878), XXX.
- 156.—Casa, calle del Cardenal Cisneros, con vuelta a la de Albuquerque, núm. 7 antiguo, manzana 92 del Ensanche (1873), XXX.
- 157.—Huerta de los Tersos (1879), XXX.
- 158.—Casa, Carrera de San Jerónimo, núm. 23 mod., con accesoria a la de Sevilla, núm. 5 mod., manzana 265 (1879), XXX.
- 159.—Afueras de la Puerta de Atocha, tercer cuartel (1878), XXX.
- 160.—Casa, calle de Sevilla, números 6 y 7 ants. y 17 y 19 mods., con vuelta a la de Alcalá, núm. 34 mod., manzana 266 (1879), XXX.
- 161.—Casa, calle de Sevilla, números 17 ant. y 3 mod., manzana 267 (1879), XXX.
- 162.—General (≈ 1238-1844), XXX.

Grupo XIII.—Fincas rústicas

- 1.—Soto de los Abades (1427-1766), XXXI.
- 2.—Tierras en el arroyo Abroñigal (1495-1895), XXXI.
- 3.—Tierras en el arroyo de Aceiteros (1781-1894), XXXI.
- 4.—Tierras en las afueras de la Puerta de Alcalá (≈ 1579-1890), XXXI.
- 5.—Tierras en el lugar de Alcobendas (1458-1838), XXXI.
- 6.—Tierras en el camino de Alcorcón (1788), XXXI.

- 7.—Tierras en el lugar de Alcorcón (1628-1857), XXXI.
- 8.—Tierras en Prado Caballos y Algarroba (1777-1781), XXXI.
- 9.—Tierras en Prado Almenara (1777), XXXI.
- 10.—Tierras en el Cerro Almódovar (1772-1872), XXXI.
- 11.—Tierras en el arroyo de Aluche (1480-1867), XXXI.
- 12.—Dehesa de Amaniel y tierras de Santa Ana (1457-1896), XXXI.
- 13.—Tierras en el lugar de Ambrós (1495-1818), XXXI.
- 14.—Afueras de la Puerta de Segovia y tierras del Ángel (1536-1889), XXXI.
- 15.—Tierras en los lugares de Aravaca y Pozuelo (1480-1754), XXXI.
- 16.—Soto del Arenal (1636), XXXI.
- 17.—Bosquecillo del Arenal (1797-1882), XXXI.
- 18.—Tierras en Arganda (1582-1849), XXXI.
- 19.—Dehesa de la Arganzuela (≈ 1492-1890), XXXI.
- 20.—Tierras en las afueras de la Puerta de Atocha y camino de Yeseros (1479-1893), XXXI.
- 21.—Tierras en el paseo de las Delicias (1779-1835), XXXI.
- 22.—Tierras en el lugar de Barajas (1504-1864), XXXI.
- 23.—Tierras en las afueras de la Puerta de Santa Bárbara (1598-1885), XXXI.
- 24.—Dehesa de los Barrancos (1442-1862), XXXI.
- 25.—Tierras en el arroyo de Bayones y Cochineros (1774-1867), XXXII.
- 26.—Tierras en el camino de San Bernardino y afueras del Portillo de este nombre (1673-1810), XXXII.
- 27.—Tierras en la Fuente del Berro (1792-1884), XXXII.
- 28.—Soto del Berruero (1381-1565), XXXII.
- 29.—Tierras en las afueras de la Puerta de Bilbao (1761-1885), XXXII.
- 30.—Tierras en el Cerrillo de San Blas (1703-1867), XXXII.
- 31.—Tierras en el término de Boadilla y Romanillos (1480-1790), XXXII.
- 32.—Dehesa de Bolaños (1476-1841), XXXII.
- 33.—Tierras en el lugar de Brunete (1658-1774), XXXII.
- 34.—Tierras en el monte de Bumberos, Carrascal, Pozuela y Palomero (1485-1770), XXXII.
- 35.—Tierras en el término de Fuente el Fresno y Villanueva de Burrillo (1486-1871), XXXII.

- 36.—Tierras en las Cambronerías (1843), XXXII. te Castellana (1567-1875), XXXII.
- 37.—Tierras en la Casa de Campo (1726-1750), XXXII. 52.—Tierras en el camino de Castilla (1817-1863), XLXIII.
- 38.—Tierras en el Canal y molino de la China (1797-1888), XXXII. 53.—Dehesa de la Cepeda (1655-1876), XXXIII.
- 39.—Tierras inmediatas al Canal (1591-1887), XXXII. 54.—Tierras en el lugar de Colmenar Viejo (1612-1882), XXXIII.
- 40.—Canal del Manzanares (1770-1891), XXXII. 55.—Tierras en las afueras del Portillo del Conde Duque (1736-1887), XXXIII.
- 41.—Tierras en el lugar de Canillas (1607-1857), XXXII. 56.—Soto del Congosto (≈ 1495-1875), XXXIII.
- 42.—Tierras en el lugar de Canillejas (1540-1862), XXXII. 57.—Tierras en el término de Torrecillas y Corralejos (1513-1719), XXXIII.
- 43.—Prado de Cantarranas (1554-1797), XXXII. 58.—Pradera del Corregidor (≈ 1663-1896), XXXIII.
- 44.—Tierras en Caño Gordo (1816-1829), XXXII. 59.—Tierras en el lugar de Coslada (1454-1818), XXXIII.
- 45.—Tierras en Prado Caraque (1784), XXXII. 60.—Tierras del Cuarto de Palacio (≈ 1608-1805), XXXIII.
- 46.—Tierras en el camino de Carabanchel (1806-1884), XXXII. 61.—Sotos de Cuevas, Orillos y tierra de los Tomillares en Velilla de San Antonio (≈ 1480-1884), XXXIII.
- 47.—Tierras en el arroyo que baja de Carabanchel (1778), XXXII. 62.—Despoblado de Cunebles (1629-1803), XXXIII.
- 48.—Tierras en el lugar de Carabanchel (1537-1889), XXXII. 63.—Tierras en el Arroyo de Curtidores (1757-1777), XXXIII.
- 49.—Dehesa o cañada de los Carabancheles y arroyo de las Piqueñas (1551-1881), XXXII. 64.—Tierras entre la Puerta de Toledo y el Portillo de Embajadores, (1692-1887), XXXIII.
- 50.—Tierras en Casa-Puerta (1696-1862), XXXII.
- 51.—Tierras en las afueras de la Puerta de Recoletos y Fuen-

- 65.—Tierras en la Venta del Espíritu Santo (1791-1831), XXXIII.
- 66.—Tierras en el éxido de Francos (1643), XXXIII.
- 67.—Tierras en las afueras de la Puerta de Fuencarral (1736-1864), XXXIII.
- 68.—Tierras en el lugar de Fuencarral (\approx 1458-1862), XXXIII.
- 69.—Tierras en el lugar de Fuenlabrada (1493-1769), XXXIII.
- 70.—Tierras en el lugar de Getafe (\approx 1453-1861), XXXIII.
- 71.—Tierras en el camino de Getafe (1781-1842), XXXIII.
- 72.—Tierras en el Prado de San Jerónimo y sitio llamado El Tívoli (hoy paseo del Prado) (1536-1634), XXXIII.
- 73.—Tierras en las afueras del Portillo de Gil Imón (1818-1887), XXXIV.
- 74.—Tierras entre el Portillo de Gil Imón y la Puerta de Toledo (1663-1865), XXXIV.
- 75.—Tierras en la Pradera de Guardias (1842-1889), XXXIV.
- 76.—Tierras en la Huerta de Guerra (1781-1783), XXXIV.
- 77.—Soto del Henar (1644), XXXIV.
- 78.—Tierras en la Huerta de Herrera (1792/3), XXXIV.
- 79.—Dehesa de Prado Herrero (1768-1867), XXXIV.
- 80.—Prado Hormiguera o Juncalejo (1625), XXXIV.
- 81.—Tierras en el lugar de Hortaleza (1642/3), XXXIV.
- 82.—Tierras en el lugar de Húmera (1802-1855), XXXIV.
- 83.—Tierras en el término de Humarejos (\approx 1545-1869), XXXIV.
- 84.—Tierras en el lugar de Chamartín (1683-1862), XXXIV.
- 85.—Tierras en Chamberí (1840-1875), XXXIV.
- 86.—Tierras en la cuesta y prado de San Isidro (1642-1882), XXXIV.
- 87.—Isla del Manzanares (1774-1856), XXXIV.
- 88.—Tierras en la ribera del Jarama (1629-1701), XXXIV.
- 89.—Dehesas de Vallehermoso y las Jarillas (\approx 1480-1866), XXXIV.
- 90.—Tierras en el lugar de Leganés (1437-1857), XXXIV.
- 91.—Tierras en las fuentes de Leganitos (1569-1781), XXXIV.
- 92.—Tierras en la Huerta de Loínaz (1791-1868), XXXIV.
- 93.—Tierras en Pradolongo (1736-1860), XXXIV.
- 94.—Soto del Luzón (1673-1791), XXXIV.
- 95.—Tierras en el lugar de Majadahonda (1486-1789), XXXIV.

- 96.—Tierras en la ribera del Manzanares (1511-1891), XXXIV.
- 97.—Real y río Manzanares (≈ 1152-1893), XXXV.
- 98.—Soto de la Matilla (≈ 1530-1850), XXXV.
- 99.—Dehesa de la Melgareja (1485-1515), XXXV.
- 100.—Soto de Migas Calientes y posesión de Porteci (1427-1894) XXXV.
- 101.—Tierras en prado en Molinos de Mohet (1421), XXXV.
- 102.—Tierras en el término de Navamuelas (1614), XXXV.
- 103.—Sotos del Negrlejo y Povar (1481-1875), XXXV.
- 104.—Tierras en los Nlares (1508-1564), XXXV.
- 105.—Tierras en Novillana (1617), XXXV.
- 106.—Tierras en los pueblos de Odón y La Veguilla (1495), XXXV.
- 107.—Sotos del Porcal y Pajares (≈ 1433-1869), XXXV.
- 108.—Tierras en el término de El Pardo, frente a la Huerta de los Cipreses (1720-1892), XXXV.
- 109.—Tierras del Real Sitio de El Pardo (1345-1840), XXXVI.
- 110.—Tierras de Paracuellos (≈ 1483-1844), XXXVI.
- 111.—Tierras del Pañuelo (1849), XXXVI.
- 112.—Tierras en el lugar de Parla (1685-1869), XXXVI.
- 113.—Tierras en la Vega de las Parras o los Toriles (1782-1802), XXXVI.
- 114.—Tierras en el lugar de Perales (1480-1792), XXXVI.
- 115.—Tierras en el lugar de Pinto (1536-1803), XXXVI.
- 116.—Tierras en el arroyo del Piojo (1777/97), XXXVI.
- 117.—Soto del Piul (1300-1850), XXXVI.
- 118.—Tierras en la Huerta de Pozacho (1530-1541), XXXVI.
- 119.—Tierras denominadas Pulgas y Toros (1845-1888), XXXVI.
- 120.—Tierras en la Fuente de la Reina (1680-1813), XXXVI.
- 121.—Tierras en el lugar de Rejas (1544-1650), XXXVI.
- 122.—Tierras en el lugar de Rivas (≈ 1480-1825), XXXVI.
- 123.—Tierras en el lugar de Las Rozas (≈ 1442-1862), XXXVI.
- 124.—Soto de Salmedina (≈ 1392-1875), XXXVI.
- 125.—Tierras en el lugar de San Sebastián de los Reyes (1492-1871), XXXVI.
- 126.—Dehesa de La Serena (1766-1879), XXXVI.

- 127.—Tierras junto a la Fuente de la Teja (1826-1887), XXXVII.
- 128.—Tierras en La Tela (1590-1866), XXXVII.
- 129.—Tierras en las afueras de la Puerta de Toledo (1526-1894), XXXVII.
- 130.—Tierras en las afueras de la Puerta de Toledo, al sitio de la Arganzuela (1867-1892), XXXVII.
- 131.—Tierras en el lugar de Torrejón de la Ribera (1607-1695), XXXVII.
- 132.—Tierras en el lugar de Torrejón de Velasco (1488-1597), XXXVII.
- 133.—Tierras en el lugar de Torrejón de la Calzada (\approx 1536-1628), XXXVII.
- 134.—Tierras en el lugar de Torrejoncillo (1481-1696), XXXVII.
- 135.—Tierras en el arroyo Trofa (1554-1726), XXXVII.
- 136.—Tierras en el término de Vaciamadrid (\approx 1327-1855), XXXVII.
- 137.—Tierras en el arroyo de Vellido (1503-1558), XXXVII.
- 138.—Tierras en Valdemarín (1712), XXXVII.
- 139.—Tierras en las afueras del Portillo de Valencia (1779-1882), XXXVII.
- 140.—Tierras en el término de Valfrío (1769-1861), XXXVII.
- 141.—Tierras en el lugar de Vallengas (1479-1862), XXXVII.
- 142.—Tierras en el lugar de Vicálvaro (\approx 1400-1886), XXXVII.
- 143.—Tierras en el término de Vicálvaro (1828-1893), XXXVII.
- 144.—Tierras en el camino de Villaverde (1773), XXXVII.
- 145.—Tierras en el camino de Villaverde al de Aranjuez (1783-1894), XXXVII.
- 146.—Tierras en el lugar de Villaverde (1495-1884), XXXVII.
- 147.—Tierras en la Virgen del Puerto (1779-1882), XXXVII.
- 148.—Tierras en el Puente de Viveros (1616-1783), XXXVII.
- 149.—Tierras en las afueras de la Puerta de San Vicente (1855-1888), XXXVII.
- 150.—Dehesa de la Zarzuela (1493-1830), XXXVII.
- 151.—General (\approx 1152-1893), XXXVIII.

Grupo XIV.—Higiene pública

- 1.—Aguas fecales (1818-1895), XXXVIII.

- 2.—Alimentos.—Reconocimiento de toda clase de (1825-1897), XXXVIII.
- 3.—Aprovechamiento y extinción de animales muertos (1791-1896), XXXVIII.
- 4.—Cementerios municipales (1868-1896), XXXVIII.
- 5.—Cordones sanitarios y lazaretos (1529-1883), XXXIX.
- 6.—Establecimientos insalubres y peligrosos (1600-1898), XXXIX.
- 7.—Disposiciones contra la hidrofobia (1801-1895), XXXIX.
- 8.—Laboratorio químico municipal (1839-1896), XXXIX.
- 9.—Disposiciones de policía y buen gobierno (1222-1898), XXXIX.
- 10.—Limpieza de pozos negros (1785-1895), XL.
- 11.—Saneamientos y fumigaciones (1607-1896), XL.
- 12.—General (1493-1902), XL.
- 4.—Donativos a centros de enseñanza (1614 (?) -1895), XL.
- 5.—Escuelas para la educación primaria de ambos sexos, costeadas por Madrid (≈1662-1896), XLI.
- 6.—Escuelas de niños (1840-1897), XLI.
- 7.—Escuelas de niñas (1844-1897), XLI.
- 8.—Colegio de Farmacia (1850-1887), XLII.
- 9.—Escuela de Gramática, costeada por Madrid (1346-1892), XLII.
- 10.—Escuelas de párvulos (1839-1894), XLII.
- 11.—Sociedad Económica Matritense (1775-1892), XLII.
- 12.—Colegio de Veterinaria (1802-1891), XLII.
- 13.—General (1500-1896), XLII.

Grupo XVI.—Obras municipales

Grupo XV.—Instrucción pública

- 1.—Academias y Museos (1760-1895), XL.
- 2.—Exámenes de agrimensores del reino (1783-1882), XL.
- 3.—Colegio de San Carlos y estudio nacional de Medicina (1598-1892), XL.
- 1.—Aceras (1612-1896), XLII.
- 2.—Alcantarillas (1613-1840), XLII (1836-1897), XLIII.
- 3.—Obras en el Real Alcázar o Palacio de Madrid (1612-1893), XLIII.
- 4.—Almeación de calles y plazas e Intendencia de planos (1614-1898), XLIII.

- 5.—Apertura, ensanche y cierre de calles y plazas (\approx 1466-1875), XLIV (1875-1897), XLV.
- 6.—Paseos, caminos y arbolado (\approx 1493-1848), XLV (1849-1897), XLVI.
- 7.—Puertas, cercas y murallas (\approx 1385-1898), XLVII.
- 8.—Cuarteles y cuerpos de guardia (1629-1895), XLVII.
- 9.—Cuarto de Palacio y Jardín de la Priora (\approx 1608-1668), XLVII.
- 10.—Empedrado y nivelaciones en la vía pública (\approx 1503-1848), XLVII (1849-1897), XLVIII.
- 11.—Hundimientos en la vía pública (1626-1897), XLVIII.
- 12.—Jardines en las plazuelas (1873-1896), XLVIII.
- 13.—Monumentos y cenizas de personas ilustres (\approx 1445 (?)-1895), XLVIII.
- 14.—Nivelaciones y rasantes (1541-1896), XLIX.
- 15.—Norias (1736-1890), XLIX.
- 16.—Numeración de casas y manzanas (1761-1894), XLIX.
- 17.—Obras del Buen Retiro y Cuarto de San Jerónimo (1632-1808), XLIX.
- 18.—Parque de Madrid (1817-1897), XLIX.
- 19.—Puentes (\approx 1339-1672), XLIX (1673-1895), L.
- 20.—Relojes (1539-1894), L.
- 21.—Rotulación de calles y plazas (1753-1902), L.
- 22.—Jardines del Buen Retiro (1871-1896), L.
- 23.—General (\approx 1500-1896), L.

E. VARELA HERVÍAS.

(Continuad.)

MISCELÁNEAS

Documentos para la biografía de don Francisco de Moncada

En el Archivo de Estado de Nápoles, entre los papeles de la Secretaría particular de los virreyes, existen varios documentos relacionados con la biografía de don Francisco de Moncada. Claro es que estos documentos, por ser de índole exclusivamente económica, no ilustran las obras ni la personalidad del autor de la *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Son, sin embargo, bastante inaccesibles para cualquier investigador que no sea italiano, y pueden tener algún interés para la historia de la ilustre casa de Moncada.

Antes de haber cumplido los diez y ocho años, aparece don Francisco con un entretenimiento en el reino de Nápoles de ochenta escudos al mes:

Illustre duque, etc. ¹ Por quanto es nuestra voluntad que el entretenimiento que como saueys tiene don Francisco de Moncada de ochenta escudos al mes, se le libre mes por mes, os encargo y mando proueays y deys orden a don Baltasar, etc., ² para que le pague conforme a vuestras libranzas de los dineros, etc., ³ que haziéndose assí se le rescibirá y passará siempre en quenta sin otra nuestra pólíça particular. Fecho en Nápoles a 12 de ottubre 1604. — El conde de Benaúente. Baltasar de Torres ⁴.

¹ Hay que suplir las palabras «de Vietri, del Consejo de Su Magestad y su Escribano de Racion en este Reyno».

² Añádanse las palabras «Acquauíua y Aragón, del Consejo de Su Magestad y su Thesorero General en este Reyno».

³ Las palabras suprimidas: «que están a su cargo».

⁴ Archivio di Stato a Napoli, *Segreteria particolare dei Viceré, Mandatorum*, volumen 2477, fol. 188 v.

Un año y medio después, pide que se le paguen ciertos dineros de la renta de su difunta abuela, la marquesa de Aytona:

Al presidente don Diego de Vera, por don Francisco de Moncada. Muy magnifico señor: Por parte de don Francisco de Moncada se ha pedido mandasse pagarle mil trescientos treinta y seis ducados que se le deuen de la renta que tiene assiñada sobre essa Regia Aduana, assí por lo que se quedó deuiendo della a mi señora la marquesa de Aytona, su aguela difunta, como por lo corrido desde que él la goza por orden de su magestad, y porque es mi voluntad que se paguen luego os encargo, señor, que en rreciuiendo ésta, deys orden que no obstante qualquier otra se haga este pagamento a la persona nombrada para ello del dinero más pronto que huiiere, conforme a los recaudos que para ello se presentaran y no embarcante que no se presenten las cautelas de la herençia de la dicha su aguela, porque a mí me consta que es el heredero, y auisarmey, señor, de que se haya hecho con breuedad, que holgaré de entenderlo. Guarde Nuestro Señor vuestra muy magnífica persona, etc. De Nápoles a 18 de mayo 1606.—El Conde de Benauente. A lo que, señor, mandáredes ¹.

En 1607 pide don Francisco un anticipo de lo que se le debe de su entretenimiento:

Illustre duque, etc. Por quanto es nuestra voluntad que a don Francisco de Moncada se le libre un año adelantado del entretenimiento que como saueys tiene, que se contará desde el día que espiró o espirare el último año que assimismo le concedimos en adelante, dando primero fianças en caso de muerte, por tanto dareys orden a don Baltasar, etc., que de los dineros, etc., pague al dicho don Francisco de Moncada o a su procurador lo que por vuestra libranza fuere declarado que importare el dicho año adelantado del dicho su entretenimiento, que con la misma interuención, etc. ² Fecho en Napoles a 30 de enero 1607. Firmatum ut supra ³.

Se salta después al año 1620, en que Moncada pide se le pague lo corrido de una pensión concedida por el rey unos años antes:

Illustre duque de Vietri, etc. Por parte de don Francisco de Moncada se nos ha presentado vna cédula de su magestad del tenor siguiente: El rey. Illustre duque, primo, nuestro visorrey, lugarteniente y capitán general. Por parte de don Francisco de Moncada,

¹ Ibidem *Diversorum*, vol. 1419, fol. 203.

² Hay que añadir: «sóla se le recibirá y passará en quenta sin otra nuestra pólica particular».

³ Arch. Sta. Nap., *Segr. part. dei Vic., Mandatorum*, vol. 2483, fol. 205.

conde de Ossona, me ha sido presentado vn memorial del tenor siguiente: Señor: Don Francisco de Moncada, conde de Ossona, dice que el año pasado le hizo vuestra majestad merced de concederle su real carta para el virrey de Napoles, mandándole que le hiciese pagar todo lo corrido de la renta de por vida que allí tiene por merced de vuestra magestad, y porque en la dicha carta no se dixo espresamente que se le pagase la cantidad que hauiá renunciado, por esto no la pudo cobrar. Supplica a vuestra magestad sea seruido hacerle merced de concederle otra real carta para el dicho virrey de Nápoles en que se le ordene que haga pagar al dicho conde de Ossona lo renunciado de su renta como se ha mandado pagar al marqués de Aytona su padre la cantidad que renunció de la que hallí tiene, que lo recibirá a muy singular de la real mano de vuestra magestad. Y porque es muy justo y conforme a razón que cada vno haya y cobre lo que de derecho constare que le perteneçe, os encargo y mando proueays y deys orden que aueriguado lo que justamente constare deuerse al supPLICANTE de la pensión que por merced mía goça en este (*sic*) reyno, assi de la parte de lo corrido y renunciado, como de lo que despues acá se le huuiere quedado deuiendo, se le pague y satisfaga con toda breuedad y effecto, conforme a las órdenes que sobre esto están dadas, que tal es mi voluntad. La presente reste al presentante. Datta en Madrid a IX de abril M.DC.XVIII. Yo el Rey. Con señal del conde de Lemos. Vidit Comes thesaurarius Generalis. Vidit Caimus Regens. Vidit Montoya de Cardona, Regens. Vidit de Canizaro, Regens. Vidit Quintana Dueña, Regens. Vidit Carolus de Tapia, Regens. Vidit Don Philipus de Haro, Regens. Lopez Secretarius. Carlenum unum. Monroy pro taxatore. In partium Neap. XX, fol. CCL.XXXVIII. Y en cumplimiento de lo que su magestad manda nos ha parecido que al dicho don Francisco de Moncada se le libre todo lo que se le deue de lo corrido de la pensión que tiene como lo que constare huuiere renunciado de lo corrido della en beneficio de la Real hacienda, y para execuçión desto dareys orden a Juan Battista Capeche Galeoto, del Consejo de su magestad y su thessorero general en este dicho reyno para que le pague, o a su legitimo procurador, lo que por vuestra librança fuere declarado que importare lo corrido de la dicha pensión y renunçia, de los dineros de su cargo con asistencia de los oficiales sólitos, que con la misma se le recibirá y passara en quenta con (*sic*) otra nuestra poliça particular, y la Rueda de Quantas tome la razón de la libranza. Dattum en Napoles a 29 de octubre 1620. El cardenal, etc. ¹. Vidit Constantinus, Regens. Vidit Valenzuela, Regens. Vidit Ursinus, Regens. don Diego Saavedra ². OTIS H. GREEN.

¹ Se han suprimido las palabras: «de Borja y Velasco».

² Es don Diego de Saavedra Fajardo, autor de *La República Literaria*, como consta por otros documentos del mismo Archivo. El documento copiado se encuentra en Arch. Sta. Nap., *Segr. parl. del Vic., Mandatorum*, vol. 2527, fols. 67-68.

Algunos sellos de la Villa de Madrid

Hace algún tiempo se publicó en estas páginas ¹ una noticia sobre un sello céreo del Concejo y Ayuntamiento de Madrid, el más antiguo conocido, que muestra cuáles eran las armas de la Villa en aquella época. Su diferencia con las actuales es patente, no habiéndose dado a conocer hasta la fecha la evolución experimentada.

Con motivo de un artículo *Sobre las armas de Valladolid* ² consignábamos que una de las fuentes donde con más seguridad pueden adquirirse noticias sobre los escudos de armas de las villas y ciudades son los sellos de los respectivos Concejos, pues siendo utilizados para dar máxima garantía a los documentos que los ostentan, deben ofrecérsela también en cuanto a las representaciones que llevan como distintivo propio y característico de dichas poblaciones.

Y así ha podido comprobarse, siguiendo este criterio, qué cambios ofrecen sucesivamente las armas de Madrid. Es indudable que su Concejo ha utilizado sellos cuyo número y clase no puede determinarse con exactitud; pero en la pesquisa realizada para el acopio de materiales referentes a sellos españoles de placa hemos hallado varios documentos procedentes del Ayuntamiento madrileño que conservan todavía los suyos.

Los documentos en cuestión se conservan en el tan desgraciado y desatendido cuan rico en fondos Archivo de Simancas.

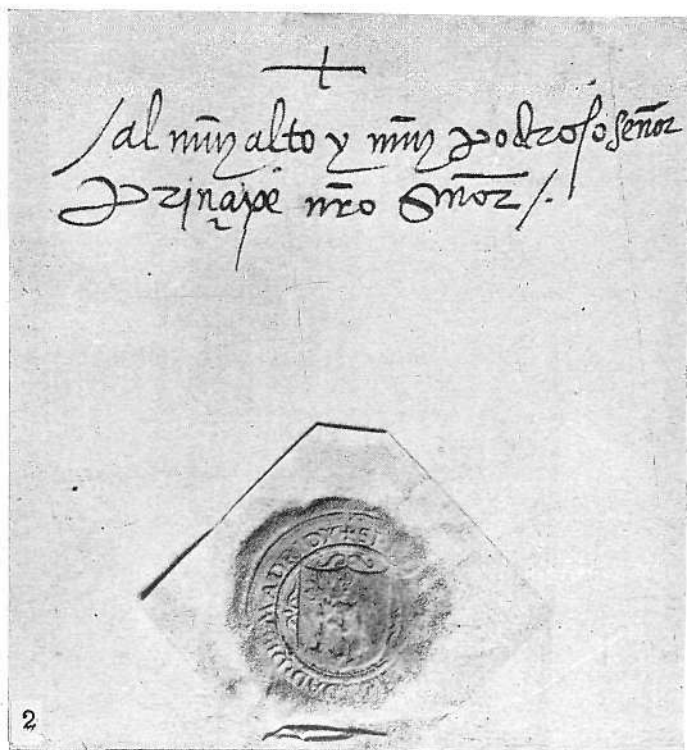
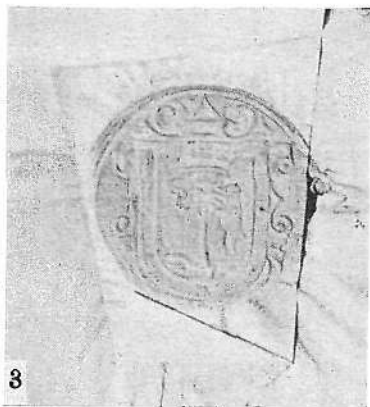
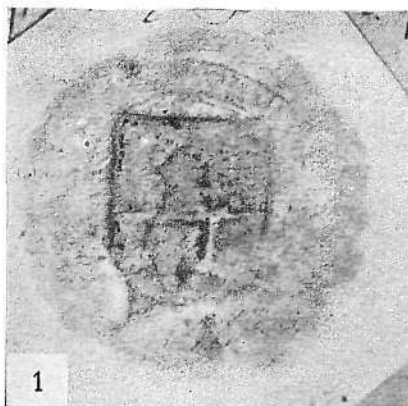
Es el primero, cronológicamente, una carta de poder y procuración otorgada en 20 de marzo de 1498 por el «concejo de la noble villa de Madrid estando ayuntado en la sala q'es ençima del portal de la yglesia de san Çalvador», siendo corregidor D. Juan de Deza, a favor de los regidores Pero Çapata y Francisco de Luzón, para que asistiesen representándola a las Cortes de Toledo ³.

Al pie de la carta va aplicado el sello, no anunciado en el texto de aquélla, de unos 43 milímetros de módulo. Su mala conservación impide por completo transcribir la leyenda y dificulta la descripción del tipo. Va éste dentro de un escudo, apreciándose claramente un oso en pie hacia su izquierda, apoyado posiblemente en un árbol (número 1).

¹ Tomo IX, pág. 7.

² *Boletín de la Academia de Bellas Artes de Valladolid*, tomo I, pág. 269.

³ A. G. S.—Patronato real, 7-1.



1. Sello de 1498. 2. Sello de 1544. 3. Sello de 1572 y 1606.

Se observa, pues, una notable diferencia comparado con el de cera del siglo xiv, puesto que el oso se ha levantado, dejando de ser pasante; una nueva fase de esta evolución puede notarse en el sello del segundo de los documentos citados.

En él (número 2) se distingue perfectamente el madroño en que se apoya el oso, pero ambas figuras están colocadas inversamente respecto del tipo anterior, es decir, el oso mira hacia su derecha; todo ello va dentro de un escudo colocado a su vez en el interior del anillo circular formado por la leyenda, entre dos gráficas continuas, de la cual puede leerse:

† SEL[LO] PR DAD DE MADRID

Este sello, de 28 milímetros de módulo, no garantiza documento como el anterior, sino que sirvió para cerrar una carta, su fecha el 21 de marzo de 1544, dirigida por la Villa al príncipe D. Felipe, comunicándole haber otorgado el servicio que demandaba, como más largamente le darían relación los procuradores de cortes. Firma dicha carta Gaspar Dávila, como escribano del Ayuntamiento ¹.

Dos ejemplares de fines del siglo xvi y principios del siguiente hemos hallado de un nuevo sello, anepígrafo, de 40 milímetros de módulo, que manifiesta un tipo idéntico al estudiado anteriormente, con dos variaciones: una, que el madroño va surmontado de una corona real; otra, la aparición de siete estrellas en bordura alrededor del escudo (número 3).

Los dos sirvieron para cerrar sendas cartas de la Villa de Madrid, la primera de 13 de octubre de 1572, en que contestando a otra de Felipe II le manifiesta los remedios que a su juicio podían evitar la falta que había «en el ejercicio de las armas y gente de cauallo» ². La segunda, fechada el 18 de enero de 1606, es en respuesta a otra de Felipe III, de 13 de agosto del año anterior, sobre averiguación de la moneda de vellón, y en ella solicita se consumiese toda la moneda nueva y parte de la vieja, ya que por su abundancia se ha perjudicado el comercio y «no se halla vn real de plata» ³.

Finalmente, el último documento de que damos cuenta es la traducción hecha por Francisco Castañer de un acta en latín, de asunto particular referente a la familia Vonden Hoeff, alguno de cuyos miembros debían vivir en Madrid, expedida en Dalem a 7 de febrero

¹ A. G. S.—Estado, 65-102.

² A. G. S.—Diversos de Castilla, 25-1.

³ A. G. S.—Diversos de Castilla, 48-16.

de 1608. Pues bien, al pie de la traducción va una diligencia de legalización y conocimiento del traductor, puesta por Francisco Testa, escribano del número y mayor del Ayuntamiento de la Villa, en 13 de diciembre de 1625, a la cual pertenece la fórmula siguiente: «Y para que dello conste di el presste sellado con el sello de las armas d'esta ui.^a que para este efeto está en mi poder.» Su claridad nos explica la procedencia y fin del sello ¹.

Como todos ellos, es circular; su módulo, mayor que el de los anteriores, llega a 48 milímetros, y su tipo, igual en cuanto a la colocación de las figuras principales del blasón, presenta dos nuevas variantes en su conjunto: la corona real no va sobre el madroño y dentro del escudo, sino encima de él; la bordura tiene en el espacio que ha dejado libre la corona una estrella más; ocho en total. También tiene leyenda en letra capital cuadrada que dice:

† LA NOBLE VILLA DE MADRID

No poseemos datos de sellos de los siglos XVIII y XIX; sin embargo, por lo que toca a Madrid, queda ya bastante explicada la evolución de su escudo con pruebas documentales. Nos place haber contestado y resuelto las preguntas con que terminaba el artículo sobre esta materia, citado al comienzo de estas líneas.—F. ARRIBAS.

Dos nuevos documentos en el Archivo de Villa

El Archivo Municipal ha acrecentado su rica colección diplomática con la incorporación de dos cédulas de Isabel la Católica adquiridas recientemente. El tratar de asuntos puramente privados de la reina les da mayor interés, aparte el referirse a dos personajes tan próximos a su persona.

Conciernen ambas a Beatriz Galindo y Francisco de Madrid, su marido, una y otro íntimos servidores de la Reina Católica. En alguna ocasión se habrá de volver sobre el tema de la Galindo y su marido, sobre la fundación del convento de La Latina y sobre el testamento de la docta señora que le dió nombre, conservado en el Archivo Municipal en diversas copias. Por hoy baste con dar a luz estos documentos y llamar la atención del lector sobre el hecho de que lo

¹ A. G. S.—Secretarías provinciales, 1813.

mismo el relativo a Francisco de Madrid como el de La Latina están valorizados con las firmas de ellos, autógrafas, y la del primero al pie de un texto estampado indiscutiblemente por su propia mano.

DOCUMENTO NÚMERO 1

† La Reyna.—Sancho de Paredes, mi camarero: Yo vos mando que de los quinientos ducados que vos por mi mandado rreçebistes del contador Hernand Gómez, dedes e paguedes luego a Beatriz Galindo, mi criada, quinze mill maravedís. E tomad su carta de pago, con la qual e con esta mi çédula mando que vos sean rreçebidos e tomados en cuenta los dichos quinze mill maravedís. E non fagades ende al. Fecha en la villa de Madrid, a XXI días del mes de mayo de noventa y nueve años.—Yo la Reyna.—Por mandado de la Reyna, Gaspar de Grizio.

Al pie: Para que se den a Beatriz Galindo quince mill maravedís.

Al respaldo, la carta de pago aludida: Yo, Beatriz Galindo conosco que rresçibí de vos ¹, Sancho de Paredes, camarero de la Reyna nuestra señora, los quinze mill maravedís en esta çédula destotra parte contenidos. Y porque es verdad que yo rresçibí los dichos quinze mill maravedís, os di éste firmado de mi nonbre. En Madrid, fecho a XVII de mayo, año de mill y quatroçientos y noventa y nueve años.—Beatriz Galyndo ².

DOCUMENTO NÚMERO 2

† La Reyna.—Sancho de Paredes, mi camarero. Yo vos mando que de qualesquier maravedís que por mi mandado aveys rreçebido o rreçibiéredes en^a qualquier manera, dedes a Francisco de Madrid, mi secretario, veynte mill maravedís, que mi merçed e voluntad es de ge los mandar dar para ayuda de su costa. E tomad su carta de pago, con la qual e con esta mi çédula mando a los mis contadores mayores de las mis cuentas que vos rresçiban e pasen en cuenta los dichos veynte mill maravedís. Fecha en la villa de Madrid a diez e ocho días del mes de abril de noventa e nueve años.—Yo la Reyna. Por mandado de la Reyna, Gaspar de Grizio.

En el respaldo, de mano de Francisco de Madrid, texto y firma: Conosco yo Francisco de Madrid que rrecibí de vos, Sancho de Paredes, veynte mill maravedís que la Reyna nuestra Señora me mandó dar para ayuda de mi costa e mantenimiento. Fecha XVIII.^o dias del mes de abril de XCIX años.—Francisco de Madrid —JENARO ARTILES.

¹ Entre líneas.

² Firma autógrafa.

Algunas estrofas de Jorge Manrique en un memorial del siglo xvi

Como nota curiosa, y con el valor de un pequeño detalle, perdido entre tantas cosas importantes, ofrecemos esta noticia, que quizás pueda ser utilizada por alguien que se ocupe en el estudio de la difusión que Jorge Manrique alcanzó en la España de 1500¹. Se trata, más que de un memorial, de una «advertencia» dirigida a don Juan de Acuña, corregidor de Madrid hacia el comedio del siglo xvi, en ocasión de su nombramiento de visitador de la Audiencia de Granada. Se señalan los vicios de aquel tribunal y le pone en antecedentes para que procure su remedio. Esta parte carece de estilo —es descompuesto y torpe— que denuncie a una persona culta; la misma forma de la letra tampoco dice nada, salvo que recuerda, a pesar de cierto artificiosismo, al modo de escribir usado por los escribanos. El autor no se descubre como persona letrada, pero sorprende que, al final, invite al lector a meditar sobre la poquedad de esta vida y sea, precisamente, el texto propuesto para esa reflexión las «Coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre». Esto sí que es peregrino, porque entre los cientos de memoriales, advertencias y avisos que nosotros poseemos no existe ninguno con esta extraña traza; cuando más el autor hace unas triviales consideraciones morales o filosóficas, aduciendo algún trillado texto sagrado o un latín de los que Cervantes se mofaba. En la «advertencia», escrita en torno del año 1548, se incluyen las coplas I y II completas, de la V y VI la primera parte y transcribe íntegra la VII, seleccionando tan sólo aquellos versos que le cuadraban mejor a su fin².

¹ Una bibliografía sobre este punto se encuentra en el *Cancionero de Jorge Manrique*, por Augusto Cortina. Madrid, 1929. (Muchas indicaciones hay que tomarlas con alguna reserva.)

² Existe en un cartapacio del Archivo de Villa que se titula *Manuscritos del siglo XV, XVI, XVII, útiles sólo para la lectura*.

II

AL BUEN CAVALLEIRO EL DOTOR DON JUAN DE ACUÑA, OYDOR DEL CONSEJO DE SU Magestad, VISITADOR DE LA AUDENÇIA REAL DE GRANADA

Dios, nuestro Señor, fué seruido de poner en el ánimo a Su Magestad de que, para el remedio destos rreynos, vuestra merced fué escogido para ello, y pues así es notorio, por amor de nuestro Señor, vuestra merçed se dexe tratar de pobres, que la mayor parte destos son los atormentados y querellosos los de casa los despiden. Certifico a vuestra merçed que, si antes que vuestra merçed viniera esta-ua mala la audiençia y los ofiçiales della rrobauan, lo hazen agora mejor, sin ningún temor de Dios lo hazen. Dicen que no ay visita para ellos en la tierra ni temen en la que a de venir del cielo, no lo rremedian presidente, ni oydores, ni alcaldes; no se trata verdad, ni ley, ni ordenança, ni aranzel, es gran lástima de como vá, el mal buela y el bien suena por amor de Dios. Vuestra merçed lo auerigue con testigos, procesos, no lo rremitiendo más que a vuestra merçed, dexando hablar todos con vuestra merçed, rreçibiendo de todos sus demandas y querellas, comprovándolo todo con testigos y processos; así lo hizo el deán de Toledo, que vino por visitador el año 1548. Considere vuestra merçed, siendo, como es, tan prinçipal cauallero y tan buen cristiano, que si los malos agora, que ay tan buen aparejo, no hay especial castigo y exemplo, que en adelante verná en tanta disolución, que en el rreyno, ni en la audiençia no se podrá biuir, y cada día yrán muchas querellas a Su Magestad, que se enoje de no quedar con castigo en lo presente. Por amor de nuestro Señor lo considere, mirando lo de abaxo escrito para ver lo del çielo, que el que avisa quiere a vuestra merçed con su vida y ánima.

I

Recuerde el alma dormida,
y aviue el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

Quán presto se va el plazer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
qual tiempo pasado
fué mejor.

II

y pues vemos lo presente
como en vn punto es ydo
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo venido
por pasado
no se engañe, no,
pensando que a de durar
lo que sespera
mas que duró lo que vió,
porque todo a de pasar
por tal manera.

V

este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin herrar.

VI

este mundo bueno fué
si bien vsásemos dél
como devemos,
porque, según nuestra fée,
es para ganar aquél
que atendemos.

VII

Ved de qu  n poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que este mundo traydor
aún primero que muramos
las perdemos.
Dellas desaze la hedad,
dellas casos desastrados
que acae  en,
dellas, que por su calidad
en los mas altos estados
desfallecen.

Sea Dios, mi Señor, bendito.

E. V. H.

RESEÑAS

VINDEL, FRANCISCO. — *Origen de la imprenta en España*. Con caracteres xilográficos, inventados en Sevilla, se imprimió el primer libro en España. Madrid, Góngora, 1935; 21 páginas + 51 láms., fol.

En la magnífica colección de antigüedades que posee en Madrid D. José de Lázaro Galdiano, figura un ejemplar incunable del *Sacramental*, de Clemente Sánchez Vercial, impreso en caracteres xilográficos y sin ninguna clase de indicaciones tipográficas. El librero D. Francisco Vindel, ventajosamente conocido en el mundo erudito por su *Manual gráfico descriptivo del bibliófilo hispano-americano* (1475-1850), Madrid, 1930 y siguientes (12 tomos en fol.), ha partido del estudio del incunable en cuestión para formular algunas hipótesis, que vamos a examinar brevemente, tocante a los orígenes de la imprenta en nuestra patria. En 1477 tres españoles, llamados Antonio Martínez, Alfonso del Puerto y Bartolomé Segura, publican en Sevilla el *Repertorium*, de Díaz de Montalvo, y declaran en su colofón ser ellos los primeros artífices a quienes «olim» vió la ciudad del Betis en el ejercicio del noble arte. Prescindiendo de la significación equívoca, cuando menos, del adverbio «olim», no negamos la posibilidad de que los tres compañeros españoles imprimiesen antes de 1477. Esta posibilidad es certeza para el Sr. Vindel. «Hacia 1470 —escribe, página 11—, en Sevilla, con los conocimientos y noticias que venían por las naos que desde Alemania hacían derrotero desde sus puertos, a rendir viaje en el de Sevilla, de que en la misma un hijo preclaro de ella había descubierto el procedimiento de fabricar tipos de letras sueltos o movibles, y con ellos se imprimían libros, y siendo Sevilla el mayor emporio de la ciencia española, sintieron la necesidad de emplear este método de difusión para multiplicar sus códigos

los amanuenses y calígrafos andaluces Antonio Martínez, Bartolomé del Puerto y Alfonso Segura, *decidiendo inventar la imprenta*, para lo cual encargaron se les cortasen unas regletas de madera muy dura, y en cuyo borde más estrecho escribieron muchísimos abecedarios, y una vez hecho esto fueron a un entallador y le dijeron dejase las letras en relieve; cuando esto fué ejecutado,... fraccionaron las regletas en forma de que en cada trozo quedaba en su parte superior una letra, y por este procedimiento obtuvieron una caja tipográfica, con la que imprimieron su primer libro en caracteres xilográficos, que es el *Sacramental*, de Sánchez Vercial... ¿Pruebas? No acertamos a verlas en las páginas del libro del Sr. Vindel. La fecha en que él supone impreso el ejemplar de la colección Lázaro, o sea hacia 1470, no se apoya ni justifica con ningún argumento serio. La atribución del curioso libro a los prototipógrafos sevillanos, tampoco. Y aquí es donde nos parece que el Sr. Vindel ha procedido con alguna precipitación, ya que en definitiva la prueba que por él se aduce (pág. 17) para graduar de sevillano el incunable del *Sacramental* sería, si no definitiva, por lo menos de indudable interés. Nos referimos a la comparación del impreso que nos ocupa y del *Repertorium* de 1477 con las mayúsculas góticas de un códice de los *Proverbios*, de Séneca, perteneciente asimismo al Sr. Lázaro Galdiano, y del cual se reproducen tres páginas por el Sr. Vindel. «Las láminas 49 a 51 son —leemos— de un códice sevillano escrito hacia 1465, viéndose que las letras mayores de los epígrafes son exactamente las mismas que emplearon los primeros impresores de España en el *Repertorium*, de Díaz de Montalvo. La S mayúscula de principio de la línea 20 es una réplica de la empleada en el *Sacramental* xilográfico.»

El argumento, como se ve, reducido, en lo que al *Sacramental* concierne, a la semejanza de una sola letra, no parece muy decisivo. Pero el códice de los *Proverbios*, de Séneca, ¿es realmente sevillano? En el estado actual de nuestros conocimientos paleográficos no creemos que sea fácil distribuir por localidades, y basándose sólo en el examen de su escritura, los códices del siglo xv. A lo sumo puede afirmarse que la escritura en Aragón, Cataluña y Valencia difiere en su «ductus» y en algunos caracteres muy típicos de la del resto de España. Y examinando detenidamente la caligrafía del códice de los *Proverbios*, llegamos a la conclusión, que enunciamos como segura, de que se trata de un manuscrito aragonés, como de consuno lo están indicando la dirección de la escritura, forma de la letra *r* minúscula y, por si fuera poco, el lenguaje de la traducción en él contenida, que revela su condición aragonesa en formas como *car* y *senyor*.

Esto por lo que concierne a la parte central del trabajo del señor Vindel. Queremos, para terminar, hacer notar que en cuestiones de detalle hubiera sido conveniente proceder con mayor cautela. El Sr. Vindel, que tan apasionado se muestra de la existencia entre nosotros de una imprenta inventada o reinventada por españoles, parece considerar como productos indígenas aquellos libros en que no figuran ni signaturas ni colofones. Si este criterio se admitiese, cambiaría por completo lo que sabemos de la historia tipográfica en algunas localidades, por ejemplo, Zaragoza... «Hasta 1484 — escribe Vindel, pág. 8— se imprimen en esta ciudad varios libros en que no consta quiénes fueron sus impresores; algunos de ellos no tienen signaturas y otros ostentan grabados en madera; todos estos libros... no están impresos por los alemanes, pues no es admisible que sean obra de Pablo Hurus, que en 1475 pone colofón y signaturas a un libro en Barcelona y que no usa la xilografía hasta muchísimo más tarde. En Zaragoza llegaron los españoles que empleaban la xilografía e imprimían libros en castellano, y no ponían signaturas ni colofones sistemáticamente, como hacían los alemanes...»

No sabemos si el Sr. Vindel habrá leído el estudio que con el título de *Les origines de l'imprimerie à Saragosse (1473-1485)* publicó en 1915 el P. A. Lambert en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Después de ese trabajo no puede hablarse en bloque de las impresiones incunables zaragozanas. Es sabido que en 22 de octubre de 1476, según consta en documento —descubierto por Serrano y Sanz—, pactaron en Zaragoza los impresores Pablo Hurus y Enrique Botel, ambos alemanes, la obligación de imprimir un ejemplar de los *Fueros*, seguido de los *Autos*. Este descubrimiento permite fechar en 1476, o mejor a principios de 1477, la edición de los *Fori*, obra alemana, sin signaturas ni colofón, y no española, como supone Vindel, sin aducir prueba alguna. Y lo que es más: de ese taller salió el *Eusebius*, que tiene las mismas singularidades tipográficas. Por otra parte, el mismo Lambert ha agrupado, basándose en sus semejanzas, unos cuantos incunables, de los cuales el más importante es el *Turrecremata*, de 1482; entre los demás se cuentan la *Vita Christi*, de Mendoza; la *Officii Missae... Expositio*, de Gruner, y el *Psalterium cum canticis* (1481). Vindel, sin darse cuenta de la contradicción en que incurre, considera de impresor español estos libros, a pesar de que exhiben signaturas y dos de ellos colofón. También los tienen, por lo demás, el *Repertorium*, de Montalvo, obra española, según sabemos, y en cambio hay ausencia total de esos detalles en las *Sinodales segovianas*, obra de tipógrafo español, en opinión de Vindel, y que habría que atribuir mejor a Juan Parix de Heidel-

berg, según hipótesis razonada del propio Lambert en trabajo más reciente.

Confesemos, para terminar, que no se nos alcanza bien la finalidad perseguida por el Sr. Vindel con la publicación de su obra; agradezcámosle, no obstante, el haber puesto, en reproducciones primorosas, al alcance de los estudiosos, lo más saliente de la producción tipográfica de España en el siglo xv y un grupo, importante por su escritura y contenido, de manuscritos de la misma centuria. — *Agustín Millares Carlo.*

SCHULTZE, WERNER. — *Aus deutschen Chroniken.* — *Bibliographisches Institut.* A. B. Leipzig, 1934.

En este breve tomo —sólo consta de cincuenta páginas— se expone sistemática y claramente la historia gráfica medieval alemana. En estos manuales casi siempre lo de menos es el texto, adquiriendo, por el contrario, un plano preeminente la ilustración que los decora. En este caso, el texto está concebido con rigurosidad científica, y ofrece a un lector no especializado un cuadro somero, pero exacto de los jalones fundamentales de la evolución de la crónica alemana. En un principio estas aportaciones históricas apenas si rebasan el ámbito monástico; luego, hacia la mitad del siglo xi, se amplía su contenido particular para dar paso e incorporar otros aspectos más jugosos de la vida civil, cuyo carácter caballeresco es su acento peculiar, y, por último, un avance más atrevido define a la crónica con caracteres históricos más complejos en el siglo xv; la naturaleza misma de los hechos hace que el relato del cronista incorpore las hazañas y hechos reales más sobresalientes de las pequeñas cortes germánicas. En esta época es cuando la ilustración decorativa de las crónicas adquiere mayor finura y elegancia, siendo sus miniaturas representaciones casi libres de arcaísmos.

El autor hace hincapié en mostrar el doble valor de estos manuscritos, pues de un lado ellos ofrecen la notificación histórica de los hechos, y por otro las miniaturas y viñetas, muchas de ellas de tipo descriptivo, ofrecen un ambiente popular y cálido que permite reconstruir con mucha seguridad aspectos de la historia del traje, costumbres populares, etc. Precisamente este complejo de datos no tiene cabida en el texto histórico, cuyo estilo no desciende por lo

común a estos detalles, completándose, de esta manera, ambas partes para formar un todo sumamente apreciable para la investigación histórica más exacta.

La ilustración de este tomo no puede ser más bella. Las láminas reproducidas a todo color tienen una finura y calidad notables; merecen destacarse sobre todas las miniaturas de la *Vita-Mathildi, comitissae, Gregorii VII amicae auctore Donizone, presbytero et monacho Canusino, carmine hexametro et plerumque leonino scripta*; Historia Welforum; la crónica de Petrus de Ebulo, *Carmen de motibus Siculis et rebus inter Henricum VI, Rom. imp. et Tancredum sec. XII gestis 1189-1195*; *Codex Balduini Trevirensis*, y la crónica de Diebold Schillings.—*María Pilar Lámarche*.

GONZÁLEZ DE LA CALLE, PEDRO URBANO.—*Oposiciones a cátedras en la Universidad de Salamanca durante el primer decenio de la segunda mitad del siglo XVI (1550 a 1560)*. Madrid, Victoriano Suárez, 1934; 281 págs., 4.º

Trátase de una nueva contribución del Sr. González de la Calle a la historia de la Universidad de Salamanca, contribución valiosísima y llevada a término con la escrupulosidad y riqueza de información a que nos tiene habituados el ilustre profesor de la Universidad Central. Su trabajo, como ha escrito recientemente el Sr. Ibarra (*Las oposiciones a cátedras en la Universidad de Salamanca en el siglo XVI*, en *Anales de la Universidad de Madrid*, Letras, IV, 1935, páginas 135-136), es tan denso y sustancioso «que no es tarea fácil extractarlo, porque para eso casi sería forzoso reproducirlo». El futuro historiador de las universidades españolas no podrá prescindir de la atenta lectura de estas páginas, nutridas de datos, llenas de sugerencias del mayor interés.

En la época más remota a que pueda remontarse en la vida del famoso estudio salmantino, la provisión de sus cátedras debió de verificarse sin sujeción a normas precisas y constantes. Trató Benedicto XIII con sus «Constitutiones» de 1411 de reglamentar dicho extremo, y sus disposiciones pasaron, en gran parte, con ligeras diferencias y adiciones, a las formuladas en 1422 por el pontífice Martín V. Los textos legales a que acabamos de aludir no afirman ni

niegan la intervención estudiantil en la provisión de las cátedras universitarias. En cambio, la utilización de los Estatutos de 1538, los más antiguos de que se tiene noticia, y los de 1595, permiten al autor evocar la larga serie de disposiciones legales que regulaban el trámite objeto de su investigación. La votación de los estudiantes, el cómputo de los sufragios, la sentencia del proceso, la provisión de la vacante y hasta la prohibición de festejar los triunfos, y aun los fracasos, se hallan contenidas en los mencionados Estatutos. Para mostrarnos las corrupciones y sobornos a que se prestaba la primera etapa de la oposición, consistente sólo en la publicación de la vacante, acude González de la Calle a una abundante documentación extraída de los procesos de cátedra. Estos exponen, asimismo, los principios que regulaban las pruebas selectivas del profesorado: asignación de puntos para leer de oposición, días y horas en que debían celebrarse los ejercicios y persona —generalmente un paje del rector— encargada de abrir por tres sitios la obra elegida. El capítulo dedicado a tratar de las excepciones es el más extenso y rico de documentación. Cuanto el autor afirma aquí acerca de las excepciones formuladas por quebrantamiento del voto o de la clausura, soborno, falta de residencia del votante y tantos otros motivos, se basa en el examen de un número realmente extraordinario de casos particulares. Los últimos capítulos tratan de la serie de actos y requisitos integrantes de las etapas de la votación, escrutinio y regulación de los boletines de sufragio. No ha sido muy numerosa la información de que el autor ha podido disponer en este último punto, pero la agudeza y rigor de sus razonamientos y deducciones permiten al Sr. González de la Calle, con presencia de los datos recogidos del «proceso de la Cátedra de Instituta que vacó del licenciado Antonio de Covarrubias. Mayo de 1560», formular una explicación sobre la manera como el rector y consiliarios llevaban a cabo el cómputo y clasificación de los sufragios, extraídos previamente por el primero y ensartados por cada uno de los segundos en su aguja correspondiente.

El rápido análisis que de la última monografía de González de la Calle acabamos de hacer, apenas bastará a dar idea de su enorme interés. Gracias al ilustre maestro de la Central sabemos de cierto en qué consiste la provisión de cátedras por votos estudiantiles en el estudio salmantino durante la segunda mitad de la décimosexta centuria.—A. M. C.

PAR, ALFONSO.—*Shakespeare en la literatura española*. Madrid, Victoriano Suárez, 1935; dos tomos, 359 y 319 págs.

Decir Alfonso Par es nombrar al más docto y sugestivo de los comentaristas shakespirianos de habla española. Y al sentar la antecedente afirmación no nos olvidamos de ninguno de cuantos, antes y ahora, han dedicado sus esfuerzos a interpretar, traducir y biografiar al poeta genial de Stratford. No siendo Par, realmente nadie caló a fondo en su emocionante teatro de selección. Algunos aportaron, en efecto, briznas de erudición y de imaginación; pero ésta es de vuelos cortos y aquélla *muy de segunda* mano. Otros novelaron, y no poco, con la novelesca vida del estupendo William; pero la novelería trasciende demasiado un tufillo de adaptación de novelorías extranjeras. Unicamente Alfonso Par logra poner armonía en los desordenados intentos que hasta ahora frutecieron y dejar *en limpio* cuanto de aprovechable hay en ellos. Dos obras antecedentes del gran crítico catalán, *Vida de Shakespeare* y *Contribución a la bibliografía española de Shakespeare*, hacían presumir esta otra definitiva, de excepcional trascendencia, que acaba de publicar.

Asombra la labor de Alfonso Par en estos dos gruesos volúmenes. Ni el más insignificante movimiento español que, de cerca o lejos, se refiera al dramaturgo inglés escapa a su sagacidad de erudito y a su sutileza de comentarista. Y para que su obra rebose de noble empaque, no se encontrará a lo largo *ni a lo hondo* de las setecientas páginas ni una alusión agria, ni una crítica aceda, ni un comentario destemplado contra cuantos le precedieron en España en estudios similares.

El tomo primero lo dedica Par a los inicios del culto shakespiriano en la península, desde las referencias que pudieran tener Villamediana, el condestable Fernández de Velasco y el conde de Gondomar, hasta los albores del naturalismo —1850 a 1860—, pasando, claro está, por los muy notables intentos de Moratín, Ramón de la Cruz y Ducis.

El tomo segundo comprende desde 1850 hasta la actualidad. Shakespeare en el naturalismo español, en el neorromanticismo, en el neotranscendentalismo. Shakespeare en Castilla, en Cataluña, en Galicia. Shakespeare *visto* por centenares de escritores españoles: Molins, Menéndez Pelayo, Alarcón, Pardo Bazán, Armas, Navarro

Ledesma, Maragall, Navarro Lamarca, Ortega y Gasset, Astrana Marín...

Admirable obra la de Alfonso Par. Amena, docta, completa. ¿Qué podemos ignorar, después de leerla, de Shakespeare enraizado en España? El mejor elogio que logramos hacer de ella es asegurar que... ¡será copiada, plagiada, descompuesta, vuelta del envés, por cuantos presumen de comentaristas del poeta maravilloso de Stratford!—*Federico Carlos Sáinz de Robles.*

PAGNIN, BENIAMINO.—*Il più antico codice della Biblioteca Universitaria di Padova.* Venecia, 1934; 7 págs. + 1 lám. (Atti del Reale Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti. Anno accademico 1933-934, tomo XCIII, parte secondi.)

Contiene este artículo el estudio paleográfico minucioso del códice 1.117 de la Biblioteca Universitaria de Padua. Como consecuencia de un detenido análisis, llega el autor a conclusiones interesantes acerca de la edad y procedencia del notable manuscrito. Varias manos, poco diversas entre sí, intervinieron en su confección. La forma de las letras y el sistema abreviativo autorizan a pensar que el manuscrito fué copiado en algún monasterio del Norte de Italia. La escritura carolingia que sus folios exhiben no se presta, por lo menos en el estado actual de nuestros conocimientos, a aventurar conclusiones definitivas sobre escuelas caligráficas. No obstante, la comparación del grafismo del códice 1.117 con el de algunos manuscritos, indudablemente procedentes de Bobbio, permite al autor de la monografía que nos ocupa comprobar en los caracteres un «ductus» semejante, una forma análoga de las letras *a*, *y*, *r*, *x*, el uso común de las capitales rústicas en los títulos y, a veces, en medio de palabra y un idéntico sistema abreviativo con influjos irlandeses, que tanto se dejaron sentir en Bobbio, como es bien sabido. «Si può dunque osservare —concluye Pagnin— che il nostro codice uscì probabilmente da uno scrittorio che operava sotto l'influenza di Bobbio.» En cuanto a su fecha, cree el autor que pueda atribuirse a las postrimerías del siglo *ix* o, en todo caso, a los comienzos del *x*.

No queremos terminar esta breve nota sin reproducir literalmente, por juzgarlas exactas, unas palabras del Sr. Pagnin, referentes a

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

la diversidad de manos en los códices medievales: «Mutazioni apparenti di caratteri si presentano spesso a chi sfoglia antichi manoscritti, ed è talvolta difficile distinguere quando davvero muti l'amanuense e quando mutino le disposizioni dell'amanuense stesso, acquistando egli durante la stesura del codice un diverso atteggiamento che poi abbandona, riprendendo a poco a poco la forma abituale.»—A. M. C.

SCHEFFER, THASSILO D. — *Die Kultur der Griechen*. — Grosse Illustrierte Fhaidon-Ausgabe. Leipzig, 1935.

Manual excelente que ofrece una visión de conjunto perfectamente ordenada de la cultura griega. La literatura sobre estos complejos temas de la actividad espiritual helénica es amplísima y presenta—cuando se quiere ceñir a un esquema—grandes dificultades. El libro clásico de Jacob Burckhardt, *Griechische Kulturgeschichte*, le ha hecho viejo, en muchas de sus partes esenciales, la investigación moderna. (Coincide ahora la publicación de la versión castellana de aquel libro, retrasado llega; pero esto es frecuente en nuestra semidormida producción editorial). El valor preeminente del libro de von Scheffer estriba en el movimiento y concentración de los diversos núcleos de la cultura griega—cuyo encaje ordenado es difícil—conseguido con un tacto muy seguro y, sobre todo, con la incorporación de los resultados más finos logrados por las últimas investigaciones. Este tipo de libro—tan frecuente en Alemania—es muy difícil que alcance el grado de originalidad necesaria para singularizarse. El doble juego del hecho cultural e histórico adquiere, en el libro citado, un raro valor, que le hace sumamente útil a toda persona que se interese por estas cuestiones. Precisión, claridad y orden son las calidades más sobresalientes. Es, además, guía provechosa, puesto que nos ofrece una amplia bibliografía que llega hasta el año 1934. Ahora bien, hay que observar que von Scheffer rehuye citar a la literatura no alemana, cosa que consideramos como desafortunada tendencia. Complementan al texto doscientas treinta y tres bellísimas reproducciones en limpio huecograbado, que hacen más sugestivo y atrayente el volumen.—E. Varela Hervías.

MILLARES CARLO, AGUSTÍN.—*Los códices visigóticos de la catedral toledana*. Discurso recepción en la Academia de la Historia. Madrid, 1935.

Fecundo en resultados y en sugerencias acerca de los orígenes de la cursiva visigótica es este trabajo, ofrecido a la Academia por Millares en el día de su recepción, reconocimiento oficial de las excelencias de una labor certera y ya ingente, como es la realizada por el ilustre erudito medievalista.

Millares enumera y describe minuciosamente los 29 manuscritos visigóticos de la Biblioteca Capitular de Toledo, 13 de los cuales se hallan actualmente en la Biblioteca Nacional. Estos manuscritos son de distintas procedencias: andaluces, toledanos, leoneses, castellanos y uno producido en algún *scriptorium* del N. E.

El examen de las particularidades gráficas, que ofrecen algunos de ellos, y su cotejo con otros manuscritos visigóticos, le llevan a conclusiones del mayor interés acerca de la localización de los más antiguos códices en que aparece la escritura cursiva visigótica. Hállase aquí la parte más interesante del discurso.

La semejanza entre la cursiva que ocupa los cuatro últimos folios del legionensis 22, denominado «Códice de Samuel», y cuyo origen cordobés es indudable, con la cursiva que aparece en varios folios del códice misceláneo escurialense R. II. 18, corrientemente llamado «codex ovetensis», hace suponer que ambas provienen de un mismo centro y consiente a Millares una doble afirmación: «De un lado, y teniendo en cuenta que las páginas cursivas del ovetense son posteriores al año 779 y anteriores al 882, en que se redactó el catálogo inserto en su final y escritas, con arreglo a lo que conjeturamos como probable, hacia los promedios de la centuria novena, permiten atribuir fecha análoga a los cuatro últimos folios del Codex Samuelis; de otro, sitúan en Córdoba y no en Toledo el lugar de origen del R. II. 18, como ya sospeché, con intuición genial, Gómez Moreno.»

De aquí parte Millares para localizar, o al menos relacionar, con la cultura mozárabe andaluza una serie de manuscritos que presentan notas, generalmente marginales, en cursiva visigótica del mismo tipo o muy parecido, según muestra el análisis paleográfico.

La enumeración de la serie conocida por el autor ocupa las páginas 86-94.

El toledano 15, 16, actual matritense 10041, que contiene la *Collectio Conciliorum*, es uno de los que ofrecen mayor abundancia de notas cursivas. Habría sido transcrito en Córdoba y en 1034, según reza la suscripción final de un códice conciliar, hoy perdido, pero que Ambrosio de Morales vió en San Zoilo de Carrión. La nota cronológica del comienzo, correspondiente al 19 de enero del año 948, pertenece a este último y fué incluida en la transcripción. Queda ahora aclarado el problema que planteaba tan enorme espacio de tiempo, tratándose de un manuscrito cuya ejecución fué obra de un solo copista.

Respecto al origen de los manuscritos que integran la mencionada serie, Millares opina que «ambas escrituras, la del texto y las notas, salieron de escritorios andaluces, cordobeses a juzgar por lo que arroja de sí el examen del *seúdo ovetensis*, del *Codex Samuëlis* y del que, en nuestra opinión, debería denominarse *Conciliorum Cordubensis*». No cabe, en efecto, pensar en centro alguno de la zona libre, porque tal cursiva no se halla en códices de procedencia astur-leonesa, ni castellana, ni riojana, y, además, tal origen no resulta contradicho por indicio alguno. Sería, por otra parte, innecesario suponer que la escritura del texto hubiese sido ejecutada en algún *scriptorium* no cordobés y elaboradas las notas cursivas en Córdoba o fuera de ella, por lectores mozárabes cordobeses, ya que incluso la ocurrencia de notas cursivas en dos manuscritos pirenaicos, el toledano 99, 30 del siglo ix y el rivipullensis 168 de fines del siglo x, o mejor del siglo xi, se explicaría por el hecho de haber sido enviados a algún centro cultural mozárabe. Las numerosas comunicaciones, habidas entre Cataluña y Córdoba durante y con posterioridad al califato de Alhaquen II, justifican este intercambio de manuscritos.

Millares sintetiza su pensamiento de este modo: «La escritura cursiva visigoda, así la usada en la zona libre como la practicada entre los mozárabes andaluces, tiene sus raíces en el tiempo anterior a la invasión musulmana. Las diferencias que hemos señalado entre la cursiva del Sur y la que aparece en los diplomas astur-leoneses obedecerían a una evolución independiente, o al hecho, hoy por hoy imposible de comprobar, de la existencia ya en la época visigótica de variedades gráficas de carácter local. Finalmente, la escritura del pueblo invasor no parece haber tenido sobre la cursiva española primitiva ninguna influencia probada.»

El discurso, ilustrado con buen número de facsímiles, constituye una valiosa contribución al difícil intento de repartir por escuelas los manuscritos de letra visigótica.—A. Gómez Iglesias.

ODRIOZOLA, ANTONIO.—*Nota bibliográfica sobre los libros impresos en Bilbao por Matías Mares*. San Sebastián, Imprenta de la Diputación Vasca, 1934; 51 págs. (Tirada aparte de la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, tomo XXV, número 1. Enero-marzo 1934.)

Dos impresores trabajaron en Bilbao en el transcurso del siglo xvi: Matías Mares y Pedro Colé de Ibarra. El primero fué un tipógrafo ambulante. Después de imprimir en Salamanca le vemos establecido en Bilbao hacia 1577; allí permaneció hasta 1587. En el año siguiente figura como vecino de Logroño, y en la misma fecha trabajó con una imprenta volante en Santo Domingo de la Calzada. Hacia 1592 trasladóse de Logroño a Irache, localidad que aparece en algunos libros de los años 1607 a 1609. Limitase el Sr. Odriozola en el folleto que comentamos a estudiar la producción tipográfica de Mares en Bilbao. Basándose en ciertos detalles de su primer libro, el *De Gloria*, de Jerónimo Osorio, fechado en 1578, sospecha que Mares procedía de Lyon. De todas las obras conocidas del impresor bilbaíno se inserta la reproducción de la portada, y en algún caso del colofón. Señalemos las noticias acerca del ejemplar único del *Examen de ingenios*, de Huarte de San Juan (1580), de la Biblioteca Nacional de París.

Al punto se echa de ver que el autor de esta *Nota* posee a fondo el tema de que trata y conoce bien la historia de la imprenta española en el siglo xvi, así como la bibliografía con ella relacionada. A cada paso hallamos datos precisos, rectificaciones acertadas, noticias acerca de ejemplares raros y por vez primera citados, como el de la segunda edición española de las *Piacevoli Notti*, de Carvagio (Granada, 1582-1583), traducidas por Francisco Truchado.

Las descripciones bibliográficas del Sr. Odriozola son exactas y completas. Es, en suma, la suya una preciosa monografía nutrida de datos de primera mano, y que los especialistas en estas cuestiones leerán con no poco provecho.—A. M. C.

SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.—*Elipando y San Beato de Liébana*. Col. *Biblioteca de la Cultura Española*, vol. II. Madrid, M. Aguilera, editor, 1935, 242 págs.

«Escritas, en páginas siguientes, con parecido fervor, las vidas de Elipando y de San Beato —antagonistas—, expuestas sus obras con fervores idénticos y comentadas sin pizca de partidismo, el lector podrá juzgar hasta qué punto el ambiente y el escenario han situado a uno y otro protagonista, y cómo la filosofía del contraste contribuye a que no desmerezca ninguno de los dos.» Esta frase del autor en uno de los primeros capítulos de su obra, encierra en sí todo el valor de una autocrítica. Beato y Elipando, unidos en tiempo y en volumen, tienen el sabor de un absoluto antagonismo en sus vidas que, opuestas, inspiran la filosofía del contraste a que su biógrafo alude.

El autor, en lo que él llama *comentario de comentario*, pudo haber intentado una interpretación teológica de las obras de Elipando, el varón combativo de agrio espíritu y acerada frase, y de San Beato de Liébana, el glosista sutil, pero ha preferido dar una adecuada vitalidad a las figuras de sus dos biografiados, en hábil trama de los escasos datos que se conservan, y que bien manejados dan la impresión de una copiosa gama.

Las efigies se han esfumado durante doce siglos y, sin embargo, el biógrafo ha sabido señalar aristas y perfiles y situar escenarios que alcanzan el valor de buena historia y de buena literatura en la evocación de Toledo, suntuoso y complejo, o en los trazos vigorosos que enmarcan al monje de la Liébana, digno de ser comentado, y en la obra del pobrecito de Asís.

Reflejan Beato y Elipando dos distintas interpretaciones de un mismo ambiente. Si los comentarios al Apocalipsis son un exponente de religiosidad insatisfecha, de importancia teológica y artística, tienen acaso más amplia emoción las furibundas epístolas de Elipando en que las herejías de su tiempo pasan, positiva o negativamente, en un afán de descubrir la verdad.

Para Elipando, la figura de Cristo es más que un tema teológico. Podría decirse que constituye la obsesión científica de hombre que, a nacer más tarde, hubiera dirigido su inquietud en otro sentido.

En este segundo volumen de la *Biblioteca de la Cultura Española* el autor ha logrado superar sus anteriores obras en cuanto a estilo y fino análisis; califica de *Hagiografía ortodoxa* la vida del Beato Liébana, y con sutil espíritu y blanda rebeldía ante el tópico, no vacila en denominar *Hagiografía heterodoxa* a su labor sobre Elipando, que, unido a su antagonista, ha adquirido con los comentarios de su más reciente biógrafo un nuevo destello de popularidad al acercarse al gran público en biblioteca ofrecida a todos, investigadores o curiosos.—*Luis de Sosa*.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DE VILLA

FUERO DE MADRID. Edición facsímil. Estudio preliminar de Galo Sánchez, edición paleográfica de Agustín Millares Carlo y glosario por Rafael Lapesa.

Precio: 100 pesetas.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE MADRID. Edición de Agustín Millares Carlo y Eulogio Varela. Tomo I, 1284-1406.

Precio: 25 pesetas.

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO MADRILEÑO. Edición de Agustín Millares Carlo y Jenaro Artiles. Tomo I, 1464-1485.

Precio: 75 pesetas.

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 450 páginas. Comprende estudios de bibliografía, historia de la civilización, lengua, literatura y folklore, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros, españoles y extranjeros, referente a la filología española.

Director: R. MENÉNDEZ PIDAL.

Precios de suscripción: España, 20 pesetas año. Extranjero, 22 pesetas año. Suscripción a la tirada aparte de la *Bibliografía*, 4 pesetas año. Número suelto: España, 5 pesetas. Extranjero, 5,50 pesetas. Colecciones completas y tomos sueltos, se venden al mismo precio de suscripción

Redacción y Administración: CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, Medinaceli, 4, Madrid.

HISPANIC REVIEW

A Quarterly Journal Devoted to Research in the Hispanic Languages and Literatures.

Editor: J. P. WICKERSHAM CRAWFORD.

Assistant Editors: M. ROMERA-NAVARRO, OTIS H. GREEN.

Associate Editors: Milton A. Buchanan, Alfred Coester, J. D. M. Ford, Joseph E. Gillet, Harry C. Heaton, Hayward Keniston, Rudolph Schevill, Antonio G. Solalinde, F. Courtney Tarr, Charles P. Wagner.

Subscription price, \$ 4.00 a year; single issue, \$ 1.25.

Address inquiries and orders to: Professor Edwin B. Williams, Business Manager College Hall, University of Pennsylvania, Philadelphia, Pa., U. S. A.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es